14 cm
R-43.570 (1)

EL HIJO

DEL

DIABLO.

Por M. F.

Tomo IV.

SEVILLA.
Imprenta de A. Morales, Venera número. 12.
Julio de 1846.

BIBLIOTECA · Granada · DE ANDALUCIA

Los tomos de esta interesante novela se venden en su imprenta á 4 rs. Tambien se encuadernan en pasta y á la holandesa á precios arreglados.

Parte tercera.

LA CASA DE GELDBERG.

CAPITULO I.

Las tres Llaves.

AL oir el nombre de Rodach los tres asociados saludaron y el jóven M. de Geldberg lo mismo que los demas.

=Si el señor baron hubiese tenido la bondad de decirnos su nombre en seguida, balbuceó.

=Mi jóven caballero, replicó Rodach, he visto muchos negociantes durante mi vida y me formalizo solamente en un salon ó en la calle.... no os molesteis en escusaros, puesto que la culpa es mia... Como os decia en mi carta, de la que, al parecer, conservais un recuerdo muy vago; he hecho durante un año todos los negocios de vuestro corresponsal y amigo Zacheeus Nesmer.. Aquel hombre honrado no tenia secreto para mi... conozco su vida presente y pasada, no ignoro las íntimas relaciones, y recargó sobre esta última frase, entre él estos dos señores y Moises de Geldberg.

La sonrisa de Reignauld se cambió de repente en un gesto: el mismo Mira no pudo contener una ligera contraccion en sus cejas.

=Todo lo sé, continuó Rodach, absolutamente todo, desde la muerte del conde Ulrich hasta la del mismo Nesmer.

La voz de Rodach tembló imperceptiblemente al nombrar al conde Ulrich de Blutthaupt; pero su fisonomía permaneció tranquila y firme.

=Lo que me falta, prosiguió, era saber lo que ha pasado en el año último.... He venido para informarme y saber... La casualidad me ha favorecido y he sabido lo que quizás hubiérais querido ocultarme, los serios peligros que amenazan á la casa de Geldberg.

=Señor baron, replicó Reinauld, esos pe-

ligros son mas aparentes que reales; en suma, la casa tiene esperanzas magníficas que no pueden menos de realizarse.

=Justamente deseaba interrogaros sobre eso.... pero nada de reservas, os lo ruego; sois los mayores deudores de la sucesion Nesmer y nuestro interés evidente es sosteneros; asi pues, miradme desde ahora como uno de vuestros sócios, y habladme como á un hombre cuyo bolsillo y persona están á vuestra disposicion.

Reignauld se lenvanntó en un acceso de repentina gratitud, y alargó la mano al baron que la tocó. Sintió la mano del baron fria y temblorosa, pero no le llamó la atencion y la apretó cordialmente.

Abel y Mira creyeron ver en aquel instante que una palidéz estraordinaria cubria el rostro de Rodach.

Señores; dijo Reignauld volviéndose á ellos, pienso que todos seremos del mismo parecer... el ofrecimiento que el señor baron nos hace con tanta franqueza, debemos aceptarlo del mismo modo.

=Esa es mi opinion, dijo el doctor Mira.

Habia en aquella conversacion muchas cosas que el jóven M. de Geldberg no comprendia, pero creyó que no debia manifestarlo y repitió inclinándose.

=Tambien es la mia, y por mi parte acepto con reconocimiento.

=Con esta ayuda inesperada que nuestra buena estrella nos envia, prosiguió M. de Reignauld, que volvió á sus bellas frases, saldremos de un paso dificil y lograremos cumplir con el heredero de nuestro corresponsal y amigo el patricio Nesmer. Puesto que estos señores me dan carta blanca, os contaré con desprecio el lado bello de nuestra situacion. Personalmente, mi posicion me promete un feliz porvenir: hé fundado fuera de casa varias empresas que prosperan maravillosamente: mi centralizacion de los alquileres del Temple sobre todo, obra á la vez filantrópica y comercial, da ya buenos beneficios, de los que estoy pronto á hacer partícipes á la Asociacion, mediante la conveniente indemnizacion. Estoy ademas en víspera de contraer un buen matrimonio: asi, como veis señor baron no tratais con mendigos y los adelantos que nos hagais, no corren ningun riesgo.

Rodach hizo con la mano un movimiento que queria decir *adelante*.

=En cuanto á la casa, por su cuenta continuó Reigna'd, tiene el empréstito argentino, que le asegura grandes entradas dentro de poco tiempo: la *Ceres*, banco general de los agricultores, cuyas acciones están en alza, como podreis ver en la Bolsa; y finalmente el negocio, el gran golpe que debe cambiar todo nuestro cobre en oro, el camino de hierro de Paris á''' compañía de Grandes Propietarios.

—Está organizada? preguntó Rodach.

=Aun no señor, esas cosas no se organizarán tan fácilmente como se piensa, hay sus dificultades... Los caminos de hierro están en bajo, y si es preciso decirlo, la falta de fondos nos tiene paralizado este negocio como otros muchos. Dios mio! necesario es que lo sepais, pues hablamos aqui con franqueza, sin la retirada de nuestro respetable amigo y asociado Moisés de Geldberg, la casa contaria hoy centenares de millones: y cuenta que no exagero, la prueba es que nuestro crédito es ilimitado.

=Es verdad, dijo Rodach, yo mismo...

—Querido caballero, interrumpió Reignauld, esa será nuestra salvacion, pero la verdad es que estamos casi arruinados...,. No me hagais señas, doctor, sé lo que digo y una franqueza sin igual es la que puede hacernos merecer la confianza del señor baron.

Abel hizo una señal de aprobacion.

El caballero continuó.

=La compañía de Grandes Propietarios tiene escelentes bases y debe hacernos subir al punto en que hemos descendido, descendido!..... por falta nuestra caballero, añadió Reignauld dando un gran suspiro; si la empresa sale adelante, como es probable, volvemos á dar á la casa una importancia europea y todos nuestros pecados quedan espiados. Creed que para esto hemos tomado

todas nuestras medidas: nada hemos olvidado: hemos gastado una parte de nuestro activo en dar esas pruebas de aprobacion que valen casi tanto como la opulencia misma, para la mayor parte de los hombres. Nunca Geldberg se manifestó mas suntuoso, mas grande, mas pródigo! nuestros dependientes gastan tanto como los hijos de las mejores familias: los periódicos hablan de nuestras fiestas, y nuestros salones no tienen rivales en Paris.

=El hecho es, dijo el jóven M. de Geldberg retorciendo su bigote con visible satisfaccion, el hecho es, señor baron, que somos los leones este año.

El doctor no tomaba parte en la conversacion, y parecia pensar profundamente. Su sombría mirada estaba siempre fija en M. de Rodach.

=Pero eso no basta, continuó diciendo el caballero Reignauld; por mas que se tire el dinero por la ventana, un baile es siempre un baile: ¡y hay tambien tantos! Para hacer algo nuevo en este género, seria necesario, creo, ir á bailar al Peré Lachais (1).

=¡Ah! dijo el baron; no concibo qué relaciones haya entre vuestros bailes....

Y la compañía de Grandes Propietarios, dijo Regnauld soltando una gran carcajada.

= — — =

(1) *Cementerio de Paris.*

=Bien se conoce que el señor baron no es de Paris, dijo Abel con ese tono orgullosamente modesto, del hombre que cree decir una gran cosa.

=¡Ah, querido señor, querido señor! continuó el caballero; no estamos aquí en vuestra virtuosa Alemania. Nuestros bailes son aquí el todo... Es un medio muy usado, todos lo dicen, pero todos caen en la trampa: hace cien años que se conoce este medicamento, y dentro de otro ciento se usará aun la misma receta. Como quiera que sea, hemos querido perfeccionar la invencion, inventar algo en este género, brillante sí, pero ya usado; dar, en fin, un golpe que admire y aturda. Hemos resuelto invitar á Paris á nuestro palacio del campo de Alemania.

—¿Al palacio de Bluthaupt? dijo el baron con enronquecida voz.

=M. de Geldberg, si permitís dijo Abel.

=Este será un medio, prosiguió el caballero de utilizar aquel inmueble que no nos produce casi nada por causa de la mala voluntad de los antiguos vasallos de Bluthaupt y que en difinitiva representa un inmenso capital. En esto puede decirse que nuestro antiguo amigo Moises de Geldberg ha contribuido por su parte á la decadencia de la casa; porque era propiedad de Bluthaupt, que hemos conservado contra el buen sentido, es el orígen de los créditos de que sois porta-

dor y de nuestras deudas á Yanos Gerorgi y Meinher Vam Praét. Pero en fin, no importa; en esta circunstancia nos servirá, daremos una fiesta que durará quince dias.

=Para eso, será neceraria una cantidad considerable, dijo el baron.

=Una suma enorme... enorme... mi querido caballero... pero será cosa asombrosa!

=Jamás se habrá visto otra semejante, dijo Abel frotándose las manos; bailes en el parque....

=Pescas de noche, como en Escocia....

=Cacerias con hachas, como el superintendente Fouquet....

—Torneos mas hermosos que los de lord Eglipgton....

—Paseos fantasmagóricos... Corridas de caballos....

—Y quiero que á la vuelta, dijo Reignauld en un instante de verdadero entusiasmo, todas las acciones, estén subscritas por nombrres que harán se nos conceda el camino de hierro.

El baron de Rodach, reflecionó un instante.

=Apruebo esa idea, dijo finalmente, os ayudaré.

—Sois nuestra providencia, dijo Reignauld, porque los fondos era lo que nos faltaba.

—Os ayudaré de buena gana, repitió Rodach, pero las palabras de vuestro cajero, no me inspiran la mayor confianza, y si habeis

de vaciar vuestra caja á medida qne yo la llene....

Contraeremos obligacion formal, empezó á decir Reignauld.

—Eso no basta, dijo el baron, necesito otras garantias.

—Cuales? preguntó Reignauld.

—Quiero que los tres me deis las llaves de la caja.

Los tres asociados iban á decir al mismo tiempo...

—Señores, les interumpió Rodach, con un tono de fria política, que acabeis de hablar sin rodeos, con lo que me habeis dicho y con lo que yo sabia, yo os conozco como si hubiésemos estado en relaciones veinte años. Me uno á vosotros de buena gana en este momento, y os sostengo con todas mis fuerzas. creedme, no reuseis....

—Seguramente, señor baron, empezó á decir el caballero Reignauld, tomando maneras diplomáticas....

—Admitis ó no, le interrumpió Rodach; finalmente, si quisiera emplear contra vosotros medios de rigor y perseguiros por las vias legales para el pago de mis letras, puede apostarse veinte contra uno á que la casa de Gelberg, no permitiria declararse en quiebra por tan poca cosa.

—Sin duda marmoteó Abel, pero. .

—Permitidme.. Sucede por el contrario que

no quiero aumentar los apuros de la casa: por el contrario, le ofrezco mi bolsa y cuanto valgo. Esto me dá algunos derechos y uso de ellos...

Sacó el reloj y miró la hora.

=Tengo aun muchas cosas que deciros y empieza á ser tarde. Decidíos, os ruego.

Los tres asociados se consultaron con la vista.

Contra lo que debia esperarse, el doctor José Mira fué el que se ejecutó el primero.

—Reflexionándolo bien, dijo pausadamente y con los ojos bajos, segun su costumbre, la peticion del señor baron me parece justa.

Abel y Reignauld se miraron sorprendidos.

El se levantó y entregó su llave á Rodach con un solemne saludo.

—Por vida mia, dijo el jóven de Geldberg, despues de un momento de silencio, puesto que el señor baron alimenta nuestra caja, bien puede tomar las llaves.

=Sea, añadió Reignauld: yo por mi parte tengo absoluta confianza en la lealtad del señor baron.

Acercóse á Rodach y al presentarle la llave, añadió muy bajo.

=Desearia tener algunos minutos de conversacion particular con el señor baron, y si no fuera abusar de su complacencia le rogaria que subiese á mi habitacion antes de salir de casa.

Rodach aceptó con una inclinacion de cabeza, y alargó la mano al jóven de Geldberg que se acercaba á él por el otro lado.

=Si el señor baron pudiese, dijo, concederme un instante de audiencia, me honraria mucho en recibirle cuando concluya aquí.

Rodach aceptó con igual inclinacion de cabeza.

En aquel momento llamaron suavemente á la puerta de la antesala, y el camarada de Klans entró, teniendo dos cartas en la mano.

Mientras que Abel y Reignauld se volvian hácia el criado, Rodach sintio que le tocaban ligeramente en el hombro, y José Mira le dijo al oido:

=Tendré el honor de hablaros desde que pueda hacerlo sin testigos....

Raignauld tomó las dos cartas de mano del criado.

La una era de París. Rodach reconoció de lejos en el sobre de la otra, con cierto sentimiento de inquietud que no dejó traslucir, el sello de Francfort-Mein.

Abel de Geldberg no tenia los mismos motivos que sus asociados para aceptar la intervencion forzada del baron de Rodach. Su vida anterior era sin culpa, y su conciencia no conservaba otro remordimiento mas que tal cual pecadillo, propio de ¡todos los hijos del comercio.

Sin embargo se pensaba ya en oponerse.

Las letras que Rodach tenia en su cartera eran por sí solas un arma suficiente. El joven de Geldberg adivinaba por otra parte que habia un secreto entre la casa y Rodach, que daba doble valor á aquel arma. Finalmente, el baron que hubiera podido atacarles se presentaba como un salvador. Abel veia en él un nuevo sócio que podria en adelante disminuir su parte de beneficios; pero que en el momento era una cosa á manera de providencia.

Lejos de alimentar pensamientos hostiles contra el recien llegado, Abel pensaba utilizarle por su propia cuenta, apoyándose en él como mejor pudiera.

Iguales ideas casi tenian Reignauld y el doctor: ademas conocia perfectamente su sujecion, y la importancia en que se hallaban de combatir con esperanza de triunfo.

Pareciales que el baron tenia absolutamente los mismos intereses que ellos, y esta era su sola esperanza.

El baron se presentaba en lugar del patricio Zachœus, antiguo asociado de la casa, y sus enemigos eran por consiguiente los del baron, y fuesen los que quiera sus sentimientos personales, para Geldberg no podia menos de ser un aliado.

El tiempo pasado que parecia conocer y que habia desflorado con sus aluciones, pertenecia á Zachœeus Nesmer como á Geldberg y

compañía: ambas fortunas tenian igual origen, y la misma posision del baron le hacia en cierto modo solidario de aquel pasado comun.

Faltaba saber hasta qué punto M. de Rodach era el verdadero representante de la sucesion Nesmer; de este hecho no presentaba mas prueba que su dicho y las letras que obraban en su poder. Los asociados no habian oido jamas hablar de aquel sobrino de Zachœus, cuyo tutor se decia el baron, pero es necesario convenir, que no era el momento oportuno para exigir rigorosamente unas esplicaciones, que no les ofrecian.

El baron tenia muchas ventajas, y ademas ofrecian la paz; no estaban en el caso de empezar ellos la guerra. Interin se trataba solamente de recibir su dinero, podian bien cerrar un poco los ojos, salvo á abrirlos mas tarde, en tiempo oportuno.

De todos modos si la presencia del baron escitaba un temor, traia al mismo tiempo esperanzas. Su conducta parecia anunciar un alma confiada y prodiga; cada uno de los asociados se prometia sondearle de solo á solo y hacer servir la casualidad de su llegada para su interes particular.

Por todas estas causas habria en aquella entrevista, cuyo principio anunciaba una batalla, una especie de cordialidad, estraña cuanto al resultado, esplicable cuanto á las causas.

Desde el poco tiempo que duraba los tres asociados habian adelantado mucho: no se veia en su rostro el menor vestigio, de aquel desprecio hostil con que habian acogido la entrada de Rodach, ni del miedo que sucedió á la sorpresa.

Las cosas se arreglaban, todo marchaba lo mejor posible.

Solamente el baron era siempre el mismo, su fisonomía no habia cambiado.

Igual se presentaba entonces, que podia decirse habia ganado la batalla, que al principio de la conversacion, siempre con su frente tranquila y llena de dignidad, con su mirada franca y firme.

Un segundo habia bastado para hacer desaparecer la ligera turbacion, que le causára la vista de una carta que tenia el sello del correo de Francfort-sur-le-Mein, ninguno de los asociados habia tenido tiempo para notar la nube que pasó rápidamente por sus facciones.

=Es de Bodin? dijo el jóven de Geldberg.

=Lo pienso, respondió Reignauld examinando el sobre. Si el señor baron lo permite, al instante lo sabremos.

Haced lo que querais, dijo Rodach.

Reignauld rompió con cierta precipitacion el sobre y leyó bajo: durante la lectura, se arrugaron sus cejas, y con sus hombros hizo un movimiento de despecho.

CAPITULO II.

La primera Carta

ES efectivamente, de Bodin, dijo Reignauld, el pobre muchacho es tan listo como siempre. La ondad con que nos trata el señor baron, le dá el derecho de conocer todos nuestros negocios, los grandes como los pequeños. Bodin, añadió con risueño semblante, volviéndose é Rodael, es uno de nuestros dependientes que hemos mandado á Geldberg, para vigilar los preparativos de nuestra famosa fiesta.

Debiendo pasar por Francfort-sur-le-Mein, le encargamos se informase qué habia sido de los tres bastardos de Bluthaupt en su prision.

=Ah! esclamó Rodach, exagerando sin pensar, su aire de indiferencia.

—Sí, respondió Reignauld, no es á vos señor baron á quien es necesario decir que esos tres aventureros son los enemigos mas encarnizados de la casa de Geldberg.

=Con efecto, dijo Rodach, hace mucho tiempo que oí hablar de eso por primera vez... á F.....: bien, ¿qué os dice vuestro dependiente?

—Nada, respondió Reignauld encogiéndose de hombros, se ha presentado en la carcel de Francfort y dice no han querido dejarle entrar.

—¿Eso es todo?

—Casi.... Añadió sin embargo que ha tomado noticias en la ciudad, y que la opinion comun es que esta vez, los bastardos no se escaparán.... Sabeis que han escalado ya casi todas las cárceles de Alemania.

—Asi dicen.

—Es un hecho.

—Parece, añadió el jóven de Geldberg, que son tres criaturas resueltas, á las que nada detiene.

—Asi dicen, repitió el baron. ¿Y qué mas dice vuestro dependiente?

—Que el carcelero de Francfort es un hombre hábil, que quiere mucho su empleo y vigila noche y dia á sus prisioneros.

—Blassius merece esos elogios ¿Y luego?

=Bodin no dice mas.

—Pero es, marmoteó entre dientes, y si quereis saber mucho mas, me pongo á vuestras órdenes.

El doctor Mira que habia vuelto á su sitio y conservaba segun su costumbre una actitud grave y como en silenciosa meditacion, levantó repentinamente los ojos y pareció escuchar con la mayor atencion.

=Conoceis á esos hombres? preguntaron al mismo tiempo Reignauld y Abel.

—Los conozco, y llego tambien de Francfort.

—Les habeis visto despues que están en la cárcel?

=Muchas veces, y aun menos tiempo que eso... No habreis dejado de oir decir, que uno de ellos, Otto, ha usado de la intima confianza de Zachœeus Nesmer, bajo el nombre de Urbano Klœob?

—Habiamos oido hablar de eso, pero solamente despues de la muerte de nuestro corresponsal Zachœus, y apena podiamos creerlo.

=Sin embargo es verdad; el supuesto Klab, habia adelantado tanto en la intimidad de nuestro comun patron, que sabia mucho mas que yo. Por esta causa hubo que verle de vez

en cuando á fin de obtener ciertas noticias que me faltaban, y cuyo conocimiento exigia mi nueva posicion. Al verle vi tambien á sus hermanos.

Habia diferentes emociones en los rostros de los asociados. Abel estaba pálido y su cara espresaba el terror. Reignauld y José Mira examinaban al baron con curiosa avidéz.

—Es verdad que se parecen muchísimo? preguntó Reignauld.

—Algo hay de eso, respondió Rodach; pero como sabeis se exagera mucho....

—Y se parecen al conde Ulrich su padre? preguntó el doctor, cuyos ojos estaban encendidos en aquel momento.

—No, respondió Rodach sin dudar.

—Y qué dicen? volvió á preguntar Reignauld.

—Dicen, que han muerto al patricio Zachœeus Nesmer uno de los asesinos de su padre.

Reignauld y Mira bajaron los ojos al mismo tiempo.

—Cómo! dijo el jóven de Geldber ¿lo confiesan?

—No delante de la justicia, pero si lo han hecho delante de mí.... diré mas... se glorian de ello.

—Son unos pícaros endurecidos; marmoteó el jóven.

—Son hombres resueltos, respondió el ba-

ron, fijando su fria mirada en los otros dos asociados, y que no cuentan mas que con su elocuencia.

=Sois amigo? Balbuceó Reignauld.

El baron frunció las cejas, y sus ojos altivos brillaron como un relámpago.

=Soy el baron de Rodach, dijo levantando la cabeza, su padre me rehusó en un tiempo la mano de su hermana Margarita que me amaba; detesto cuanto de cerca ó lejos tiene algo de la sangre de los Bluthaupts.

Estas palabras, pronunciadas con estraordinaria energía, hicieron aparecer de nuevo la sonrisa en los lábios del caballero Reignauld, y hasta la lúgubre figura del doctor Mira se tranquilizó un poco.

=Nos hablais de hace mucho tiempo, señor baron, dijo Reignauld; pero ahora que pienso, me parece en efecto haber oido contar esa historia; os rehusaron la mano de la jóven condesa Margarita para dársela al viejo Gunther el hechicero.

El baron tomó el aire de melancolía que traen consigo los recuerdos dolorosos evocados de repente.

=Era casi un niño! murmuró, cuando la ví partir, parecióme que el porvenir se cubria con un velo para mi, mi sangre se heló... Oh! si. . sufrí cruelmente... esta primera desgracia ha pesado sobre mí toda la vida.... Abandoné la Alemania: la vista del palacio

de Rothe me despedazaba el corazon. Veinte años han pasado, y desde entonces no he dormido una sola vez bajo el techo de mis padres.

Habia un profundo acento de verdad en aquellas palabras pronunciadas lenta y tristemente.

Mira suspiró como si su espíritu hubiese sido aliviado de un gran peso, serenóse su siniestra frente, y casi se sonrió.

—Y bien! señor baron, dijo Reignauld que alargó por segunda vez la mano á Rodach con espresion de júbilo: hé aquí una circunstancia que nos une mas que diez años de intimidad. Nosotros tambien detestamos á Blutbaupt y cuanto con él tiene relacion; tenemos para esto nuestras razones que conoceis en parte .. Pero volviendo á los bastardos malditos, estoy seguro de que hacen proyectos en su prision.

—Muchos, respondió Rodach.

—Qué esperan?

Evadirse lo primero.

Todos los presos piensan otro tanto, dijo Abel que se acostumbraba á la situacion y volvia á tomar su tono de empalagosa suficiencia. Pero bien pronto hará doce meses que están bajo de llave y eso prueba en favor de las paredes de la cárcel de Francfort.

—Pero suponiendo que se evadan, replicó Reignauld.

=No hacen un misterio de sus intenciones, respondió Rodach; su obra ha empezado y tienen la firme voluntad de concluirla, Meinher Fabricius Van-Praet será el primero.....

Abel abrió los ojos y los otros dos asociados, dejaron escapar una esclamacion.

Seguirá despues el madgyar Llanos Greorggi, continuó Rodach con la mayor frialdad; entonces habrán cumplido justamente con la mitad de su encargo.

El caballero hacia esfuerzos desesperados para sonreir; Mira estaba inmóvil como un mármol helado.

Rodach prosiguió; el resto se hará, á menos que la muerte no detenga á los bastardos en el camino. Empezando por la edad toca á Moisés de Geldberg.

=Mi padre, gritó Abel estupefacto, poniéndose en pié.

=Mi jóven amigo, dijo Rodach, si no conoceis la historia de vuestra familia, no seré yo el que me encargue de enseñárosla..... lo que no podeis ignorar es que vuestro palacio de Geldberg se llamaba Blutbaupt otras veces.

—Pero nosotros lo hemos comprado! rereplicó con viveza el jóven, y mi padre lo ha pagado!.....

—Como no soy yo el que hace cuenta de matar á vuestro padre, replicó el baron de

Rodach con tranquila sonrisa, es inútil vengais á abogar delante de mi por su causa; hablamos de los tres bastardos nuestros comunes enemigos y á peticion vuestra os he dicho lo que piensan hacer.

Abel se sentó y pasó la mano por su frente.

—Olvidaba, dijo, que hay buenas murallas entre los asesinos y mi pobre viejo padre.

=Despues de Moises de Geldberg, continuó Rodach, saludando con mucha política al doctor, vendrá vuestro turno probablemente, don José Mira.

La cara del portugués se puso lívida.

M. de Reignauld perdia la respiracion, sus ojos estaban fijos en el baron de Rodach y se veia en ellos un espanto indecible.

—Despues de don José Mira, prosiguió el baron, no habrá mas en donde escojer.

=Basta, basta, dijo el caballero con desfallecida voz.

El baron se calló al momento.

Siguióse un largo silencio, cada uno de los tres asociados combatia su turbacion á su modo, una penosa impresion pesaba sobre ellos, y los afectaba desigualmente. El jóven M. de Geldberg amaba mucho á su padre, pero se amaba mas á sí mismo y era el menos dificil de consolar.

Mira, gracias á la ventaja de su lúgubre fisonomía, hacia casi siempre la misma figura que de costumbre.

Callaban los tres, y sus bajos ojos parecia que huian unos de otros.

A la vista de aquella turbacion cuya causa inocente ó voluntaria era el baron de Rodach, este permanecia impasible. Sus ojos erraban indiferentes del uno al otro de los sócios, y sus facciones impasibles no indicaban placer ni pena.

Al cabo de pocos minutos, Reignauld sacudió con un esfuerzo visible el temor que le oprimia. El peligro anunciado no podia estar muy próximo, y Reignauld cuya cabeza era bastante inconstante sabia ser valiente cuando el peligro estaba lejos.

Tratábase de muerte, pero cuándo? Suponiendo que la amenaza se realizase, las circunstancias no le daban márgen por enconces.

Levantó bruscamente la cabeza y comenzó á reir á carcajada tendida.

¡Vive Dios! señor baron, vuestras noticias son de la mas fúnebre especie.

—Me habeis preguntado, señor de Reignauld y he creido deber responderos.

=Mil gracias, mi querido señor, pero otra vez antes de preguntaros lo miraremos dos veces.... Diantres! En lo que los bastardos se entretienen allá en su prision: pues bien, si la casualidad hace que se evadan no tendremos sobre aviso.

—Por eso es por lo que os he prevenido.

=Mil gracias, otra vez, mil gracias... Por lo demas los bastardos encontrarán mas dificultades de las que quizás creen... Meinher Van-Praet es listo... he visto en un tiempo al bravo madgyar Yanos que hubiera hecho de ellos seis mitades de hombres con su sable: tan fácilmente como mataríais vos una mosca, señor baron; ahora es un negociante tranquilo y respetable, pero debe tener su antigua lanza en algun rincon de su escritorio: en cuanto á nosotros nos defenderemos como mejor podamos. ¿No es verdad, doctor?

=Sí; respondió Mira.

—Y para empezar nos aprovecharemos de nuestro prógimo viage de Alemania, para recomendar á esos caballeros á la autoridad militar de Francfort y hacerlos custodiar con centinelas de vista como bestias raras.

—Buena idea dijo Abel.

El caballero habia vuelto á encontrar toda su alegria.

—Yo no tengo mas que ideas buenas, mi jóven amigo, y para prueba hé aquí otra que es escelente.

=Veámosla.

Pedir el apoyo del señor baron en caso de guerra, y celebrar con él contra los bastardos una verdadera liga ofensiva y defensiva.

=Bravo, gritó Geldberg.

=El señor baron, prosiguió Reignauld, llevando delante su idea, teniendo posibilidad

para mantener con esos señores relaciones casi amigables, puede teneros al corriente con anticipacion de sus proyectos y deshacer sus estratagemas. ¿Qué dice de esto el senor baron?

Rodach dudó al parecer.

—La cosa repugna quizás á su lealtad, dijo Reignaul, pero yo le haré observar que en buena moral todo es permitido contra asesinos.

La mirada del baron brilló.

—Todo es permitido contra asesinos respondió con voz lenta y grave.... Teneis razon M. de Reignauld y me decidis... Ademas vuestra ruina seria mi ruina, y asi para eso como para cualquiera otra cosa podeis contar conmigo.

El caballero se frotó las manos. Abel dió gracias en nombre de su padre, y don José medio entre dientes murmuró una especie de cumplido.

Dieron las tres: Abel y Reignauld se levantaron al mismo tiempo.

—El señor baron tendrá la bondad de escusarme, dijo el jóven de Geldberg, si me despido tan bruscamente, pero tengo una cita para nuestro gran negocio y ahora menos que nunca quisiera faltar á ella, puesto que la casa vá á recibir un nuevo impulso.

—En el mismo caso estoy yo, añadió Reignauld.

—Abel saludó y salió. El caballero quiso

hacer otro tanto; pero M. de Rodach, que no se habia opuesto á la salida del jóven, detuvo á Reignauld con un gesto.

—Señor caballero, le dijo, os pido aun dos minutos; hay una cuestion muy importante, que no he querido tocar por causa de la presencia de vuestro jóven sócio, que me parece ignora vuestros principales secretos.

=Estoy á vuestras órdenes, respondió Reignauld volviendo á sentarse.

=Trátase, continuó el baron, de aquel niño cuya existencia podria minar por los cimientos vuestra casa.

—¿Qué niño? dijo el caballero fingiendo no comprender y tomando asi tiempo para reflexionar.

—El niño que vino al mundo en la noche de Todos los Santos en el palacio de Bluthaupt.

Reignauld hizo como que se acordaba de repente, rióse mirando al portugués y dijo:

=El hijo del diablo?

—El hijo del diablo, murmuró el doctor.

=El hijo del diablo repitió M. de Rodach, si os agrada llamarle asi... Decidme os ruego lo que debemos temer de su parte.

CAPITULO II.

La segunda carta.

A la primer palabra del hijo del Diablo, el caballero Reignauld habia registrado su bolsillo maquinalmente, y como por instinto; en seguida se acordó de lo que buscaba.

=¡La carta! gritó; ¿qué he hecho de la carta?

—¿Qué carta? preguntó Mira.

El caballero continuó registrando sus bolsillos.

=Y con todo no ha sido un sueño, murmuró; habia dos cartas, una de Paris y la otra de

Francfort; una de Bodin y la otra de Verdier.

Buscaba siempre, y nada hallaba.

Al nombre de Verdier, se formó una imperceptible arruga en las cejas de M. de Rodach.

—No me he dado prisa á abrir la carta de Verdier, continuó Reignauld, porque sé ya cuanto pueda decirme.... Ha hecho un trabajo, y me reclamará el premio; eso es justo.

—Pero ¿y si no ha hecho mas que la mitad del trabajo? dijo el doctor, que empezó á buscar por su parte.

=Dejadme tranquilo, le contestó el caballero; si tengo ganas de encontrar esa carta, es porque no seria bueno dejar correr una misiva de esta clase, porque en cuanto á su contenido, no conservo ni aun sombra de duda: ¿Pero dónde diablos he podido meter ese pedazo de papel?

Habia vuelto al reves sus bolsillos uno á uno sin ningun resultado.

—El señor baron es la causa de esto, dijo ocultando su despecho bajo la apariencia de una broma; las noticias que esperaba de Francfort absorvieron primero mi atencion, y despues el señor de Rodach nos ha dicho cosas tan sumamente interesantes! que la maldita carta ha pasado desapercibida.

—Quisiera saber, le dijo M. de Rodach, que relacion tiene el jóven en cuestion con la carta perdida.

Reignauld sonrió con vanidad.

=Este es un golpe mio.

—Quisiera saber sobre todo, continuó el baron con el tono mas tranquilo, como es que el caballero de Reignaul y don José Mira, sin hablar del anciano M. de Geldberg, que al parecer no se mezcla ya en negocios, no han hallado aun el modo de enviar al hijo del diablo con su padre.

Esta broma banal estaba en desacuerdo con el acento y las maneras de M. de Rodach: tuvo sin embargo un suceso notable para con los dos asociados: Reignauld se rió prontamente y Mira hizo un gesto que indicaba en él la hilaridad.

=Escelente, baron, escelente, gritó el caballero, ah! ah! ese hijo del diablo á quien se envia con su padre es de lo mas lindo, con efecto, concibo que la existencia de ese jóven debe pareceros una cosa rara.

=Teniendo en consideracion ante todo vuestra conocida habilidad, replicó Rodach, primero que era mas fácil hacer desaparecer á ese niño, que al viejo Gunther de Buthaupt, y á su mujer Margarita.

—Hay su pró y su contra, dijo José Mira con el tono de un profundo conocedor.

=Efectivamente lo hay, dijo Reignauld: lo primero no sabiamos con quien nos las habiamos.

—Y luego, añadió el doctor con un suspiro de sentimiento, no estamos aqui en Alemania.

Ah! señor baron, que diferencia entre Paris y aquel antiguo lugarcillo, lleno de servidores estúpidos ó vendidos á quienes se hacia creer cuanto se queria.

—Aquí, replicó Reignauld, es preciso cambiar de maneras. Nuestro amigo Nesmer os ha contado sin duda los medios que empleamos con Gunther de Bluthaupt?

—Todo me lo ha contado, respondió Rodach, y he hallado la conducta de vosotros, todos los seis, tan cauta como atrevida.

Reignauld se envaneció, y el doctor tomó por un instante su aire de pedantismo.

—Pero en esta circunstancia, prosiguió el baron, habeis desmentido en parte la buena opinion que tenia de vuestro talento.

—Permitid.... dijo Reignauld interrumpiendo,

—Y veo bien, continuó diciendo el baron, que será necesario que yo os ayude, si se ha de acabar una vez con ese jóven, que amenaza continuamente el porvenir y la fortuna de todos nosotros.

El doctor sentia un verdadero goce al oir á Rodach espresarse en estos términos. Su cara desconfiada y cautelosa hacia un momento, dejaba ver una cosa como simpatía. Rodach daba un paso mas en su estimacion á cada palabra.

El caballero por el contrario sufria en su amor propio. Era muy sensible á la reconvencion de impotencia que contenian las últimas palabras de Rodach.

=Ciertamente, señor baron, dijo con aire picado, vuestra ayuda nos será siempre muy preciosa; pero en esta circunstancia, me veo obligado á deciroslo, llega un poco tarde.

=Cómo! esclamó Rodach, que logró dar á su fisonomía una espresion de alegre sorpresa, ese jóven estaria?...

=Con su señor padre, dijo Reignauld con aire de triunfo.

Rodach se frotó las manos, la máscara de frialdad que hasta entonces habia conservado formaba un singular contraste con aquel movimiento de alegría.

Mira le contemplaba con dicha, y Reignauld gozaba orgullosamente con aquel movimiento de alegría tan franca y tan viva, era una profesion de fé que no se podia poner en duda. Suponiendo que los dos asociados hubieran conservado algun átomo de desconfianza, y no sucedia así á Reignauld, debian tranquilizarse completamente con aquella prueba. El hombre era de los suyos y de su temple, no valia mas que ellos, y de ellos era.

Desde el principio habia motivos para creer que seria así; el confidente de Zachœus Nesmer no podia tener una conciencia muy escrupulosa, pero al fin podian nacer algunas dudas en aquellas almas, para las que la desconfianza era una necesidad. Ahora no mas temores! Rodach era una cosa algo mejor que un aventurero ordinario, tenia cuanto era necesario pa-

ra entrar vía y llanamente en la digna cofradía de los sócios de Geldberg.

Lo que acababa de pasar, era un exámen y Reignauld y Mira le discernian un diploma de lo íntimo de su corazon.

—¿Y mi cita? dijo alegremente el caballero: llegaré media hora mas tarde.... pero no puedo resistir al deseo de daros los informes mas completos, con respecto al jóven por quien manifestais tan vivo interés....

Reignauld guiñó los ojos; la nariz grave de Mira tuvo contorsiones de alegria, Rodach se inclinó sonriéndose.

—Si pudiese hallar esa pícara carta, dijo el caballero mirando por bajo de los sillones, lo que voy á deciros tendria aun el carácter mas auténtico; pero por el momento es preciso conformarnos.... Figuraos que ese picaruelo ha sido durante muchos años dependiente de la casa de Geldberg.

=¡De la casa de Geldberg! repitió Rodach con todas las señales de admiracion.

=Ciertamente... Le teniamos aquí bajo nuestra vista, comia nuestro pan, danzaba en nuestros bailes y no sospechábamos nada, absolutamente nada. Es una novela y á trueque de hacer esperar á mis hombres diez minutos mas, voy á contárosla en pocas palabras.

Sabeis que el primero de noviembre de 1824 en el momento en que esperábamos que todo estaba ya concluido, los bastardos de Ulrich

nos jugaron una buena, allá en Bluthaupt.

=Se llevaron el niño, dijo Rodach.

—Salieron de debajo de tierra, continuó el caballero, como demonios que son; habiamos velado toda la noche y hecho un trabajo que no deja tranquilo el espíritu, cuando les vimos colocados entre los cadáveres y la cuna, con sus grandes capas encarnadas; por vida mia, tuvimos miedo, el bravo Yanos dejó caer su sable y huyó gritando como un loco.... nosotros seguimos su ejemplo, y los bastardos tuvieron buen juego. No hay duda que si no hubiesen estado proscriptos en aquel tiempo, hubiéramos tenido una mala cuenta que ajustar con la justicia alemana....

Pero afortunadamente la policía les aborrecia tanto como nos queria á nosotros... No se atrevieron...

Contentáronse con llevarse el niño.

Era demasiado: tenian consigo á una criada y un paje, que podian en caso necesario, dar testimonio contra nosotros y causar á nuestra asociacion terribles embarazos.

=Escusadme si os interrumpo, dijo Rodach. Zachœus Nesmer me ha contado muchas veces esa parte de la historia: el paje y la criada se retiraron al otro lado de Heidelberg con el niño; los bastardos le daban dinero que sacaban no sé de donde...

—Del camino real probablemente, dijo el doctor.

=Quizás del camino real..... Buscásteis, hallasteis y lográsteis robar á vuestra vez al chico.

=Ese fué el madgyar, dijo Reignauld.

=Lo que ignoro es la suerte del nino desde que entró de nuevo en vuestro poder.

=Pues bien, el chico tenia cuatro ó cinco años en aquella época; quizás menos, porque hace quince que estamos en Paris, y no pensábamos aun entonces en salir de Alemania. Se le hizo pasar á Franc a.

Nuestro camarada Yanos ha tenido siempre delicadezas estúpidas. Quiso conservar absolutamente la vida al nino, y le confió á su llegada á Paris, á una muger que es vendedora en el Temple, y que entonces vendia pedazos de pano bajo los portales de la Halle; esta muger se llama Mme. Batailleur.

Rodach hizo un movimiento; Reignauld prosiguió sin hacer caso.

—El niño permaneció con ella dos ó tres años; despues se escapó el mejor dia, y la Batailleur que esperaba aun el primer tercio de la pension prometida no se tomó el trabajo de buscarle.

Lo que fué de él entonces, lo adivinareis sin que os lo digan; vagamundeó por la ciudad, ocupándose en lo que todos los chicos pobres y quizás pidiendo limosna.

Salia yo un dia de la bolsa con una cartera llena de billetes de banco y de valores.

Al subir en mi carruaje, me pareció oir la voz de un chico que me llamaba, pero creí que era un mendigo; tengo por costumbre no aumentar la pereza viciosa dando limosnas.

En esto estoy de acuerdo con los demócratas y los adeptos de la ciencia social, que dicen que la limosna degrada al hombre y que llevan la dignidad del mismo hasta rehusar un cuarto por esceso de respeto al desgraciado que les alarga la mano.

Mi carruaje iba al trote largo, y oía siempre detrás de mí la voz del chico, lo que me importaba poco, pues iba pensando en mil cosas á cual mas interesantes.

Al llegar á la esquina de la calle de Ville-l'-Evéque llegó á mi oido el último grito y me pareció que el que lo daba estaba aniquilado de fatiga.

Mi carruaje se detuvo al pié de la escalera, y al subir yo por ella, llevé la mano segun costumbre al bolsillo para asegurarme si estaba en su sitio mi cartera, registré precipitadamente mis bolsillos; estaban vacio.

Acordéme entonces de la voz que habia oido y volví atrás animado por una vaga esperanza.

No fuí muy lejos: en la esquina de la calle de Ville-l'-Evéque, en el mismo sitio en que habia oido el último grito, hallé á un muchacho vestido miserablemente, sentado en la acera y apretando con ambas manos su

alterado pecho; el sudor inundaba su rostro, y era tal su cansancio, que parecia no poder moverse.

En el momento en que me vió, dió un salto y se vino á mí agitando la cartera por cima de su cabeza.

Creedme, caballero, el jóven tenia una linda figura y yo queria mucho mis billetes de banco y á otros papeles que contenia la cartera y que podian perjudicarme mucho. Qué quereis! Hay momentos en que los mas sábios se vuelven idiotas. No hay mas que decir, me enternecí como un imbécil; puse al niño en una escuela y llegó á ser empleado de Geldberg.

—Ah! dijo Rodach, que habia recobrado toda su sangre fria; no os reconozco.

—Ciertamente replicó Reignauld procurando escusarse de buena fé: yo mismo me admiro cuando pienso en ello: pero repetiré que hay momentos que el mas listo no sabe lo que hace. Y quién sabe si esto no ha sido un bien? Si el niño hubiera permanecido en la calle, se habria criado fuera de nuestra vista, y una ocurrencia desgraciada podia ponerlo á nuestra presencia, interin que ahora...

—Es verdad, dijo Rodach, del mal el menos, ¿Pero cómo supisteis despues que era él?

=No fué en seguida: estaban muy contentos con él en el escritorio, trabajaba admi-

rablemente y yo me interesaba por él. Pero siempre he tenido suerte, y nueve veces de diez, cuando he hecho una majadería la casualidad se ha encargado de repararla. Hé aquí que nuestro jóven se enamora. ¿Y de quién? de la jóven con quien quiero yo casarme.

—De la señorita d' Audemer, dijo Rodach vivamente.

—Os la habia nombrado, preguntó el caballero: primeramente se enamoró de la señorita d' Audemer. Creo, Dios me perdone, que á ella no le disgustaba; era peligroso, y me guardé bien de hablar de ello á la vizcondesa, porque era muger tan simple, que les hubiera agarrado por la mano y les hubiera llevado al altar. Determiné, pues, obrar de distinto modo.

Habia colocacion para Frantz ó en casa de Van-Praet ó en la de nuestro camarada Yanos, y determiné alejarle de Paris.

Una tarde, despues que se concluyó en el escritorio, me dirigí á su casa, calle de Anion y aun no habia él entrado. La portera me dejó subir, y me introduje en su alcoba.

Frantz era jugador; su paga le aprovechaba poco, y su casa no tenia gran aspecto. Me senté para esperarle, y por entretenimiento me puse á hacer el inventario de sus muebles.

De repente se fijan mis miradas en un medallon del tamaño de una moneda de cinco

francos, que relucia colgada de la pared junto á su cama.

En él habia una pintura; que tomé al pronto por el retrato de la señorita d' Audemer. Me engañaba; cuando veais á Dionisia, si conservais el recuerdo de la condesa Margarita, comprendereis cuán fácil es equivocarse.

Dionisia tiene un rostro igual al de su tia y el retrato era de la condesa Margarita.

Reconocí al rededor de la pintura un rizo de cabellos rubios que no podian ser mas que de la condesa ó de su hermana Elena, porque, como sabeis ambas se parecian mucho cuando jóvenes.

—Como cuanto sale de la raza de los Bluthaupt, dijo el baron con tono indiferente; yo que desciendo por las mugeres de una condesa de Bluthaupt, casada con mi abuelo Alberto de Rodach, dicen que tengo algunos rasgos de la familia.

Admirablemente dijo el doctor, tanto que me ha presentado la idea de que...

Detúvose como sino se hubiese atrevido á concluir la frase.

—No encuentro mucha semejanza, dijo Reignauld entre el señor baron y los Bluthaupt, que yo he conocido. Pero lo cierto es que Frantz tenia todas las facciones de la condesa Margarita, y por consiguiente de la señorita de Audemer. No puedo comprender como esto no me llamó la atencion antes.

Volviendo á nuestro asunto; en lugar de esperar al jóven, bajé precipitadamente la escalera: mis ideas habian cambiado: no queria yo embiarle á Inglaterra ó á los Paises Bajos, sino mucho mas lejos.

=Le reconociteis solamente por la circunstancia del medallon? preguntó Rodach.

—Moralmente era todo lo que necesitaba y esto bastó para que cayese la benda que cubria mis ojos. Las facciones del jóven se presentaron á mi memoria, podia emplear un medio para convencerme de la verdad y usé de él.

La casualidad me hizo hallar en el Temple á donde tenia bastantes intereses á aquella muger Batailleur á quien nuestro amigo el madgyar habia confiado el niño catorce ó quince años antes.

Fuí aquella misma noche á su casa y la interrogué. Me dijo que el niño que le habian confiado se llamaba Franzt. Se acordaba del medallon y de tal modo, que me dijo habia vendido el cerco de oro y le habia sustituido con uno de cobre.

Al dia siguiente hice que el gefe del escritorio riñése con Frantz, y le despedí.

Os parecerá quizá imprudente esta conducta, pero todos los dias vienen aquí alemanes y una desgracia, la casualidad....

Ademas de que por haber salido de la casa no dejaba de estar bajo mi mano: aunque cambió de habitacion le hice vijilar de

cerca y conozco todos sus pasos..

Dios mio! el pobre muchacho llevaba tan buen paso que ninguna necesidad hubiera yo tenido de mezclarme en nada, á no haber recibido ciertos avisos alarmantes por el conducto de un buen hombre que hace mas negocios en el Temple.

Es cosa rara, señor baron, y que merece mencionarse; hay en el Temple toda una colonia formada de antiguos criados y vasallos de Bluthaupt...

—De veras? dijo Rodach.

=Hay por lo menos dos docenas, dijo el caballero para dar algo mas de importancia á la enécdota, y todos ellos son buena gente que aman á sus antignos señores, que los trataban como perros, y poseido de un odio estúpido contra los poseedores actuales. Es cierto que no pueden, pero si llegasen á encontrar al hijo de Gunther su mala voluntad adquiriria alguna importancia.

Actualmente lo creo dificil, pero entonces nuestro jóven estaba lleno de salud y vida.

Mi agente que es justamente como ellos un antiguo criado de Bluthaupt está encargado por mí en averiguar cuales son sus proyectos y sus esperanzas. Es un hombre muy listo y amigo de sus compatriotas, que me vende por poco dinero sus secretos.

=Y se llama? preguntó con indiferencia Rodach.

—Johann, respondió el caballero. Vive en la calle *Patite-Corderie*, y tiene con su muger la taberna de la *Girafa* en donde se bebe escelente vino tinto.... Si por casualidad deseais que vigilen á algun aleman; os recomiendo á Johann, quedareis contento de él...

=Gracias, replicó el baron; si la ocasion se presenta me serviré de ese buen hombre... Pero proseguid vuestra narracion, os lo ruego.

Por este mismo tiempo Johann debia cobrarme varias sumas de mis clientes del Temple, vino á mi casa y me dijo que corrian varios rumores entre los alemanes... que se decia que el hijo de Bluthaupt estaba en Paris, que se proponian buscarle, y en hallándole sostenerle con todas sus fuerzas.

No dejé ver la menor inquietud en presencia de Johann, pero su revelacion me dió que pensar y resolví concluir de una vez con el jóven cuya existencia amenazaba hacia veinte años á la casa de Geldberg.

El doctor Mira que guarda un silencio modesto no fué estraño al plan que concebí y me dió en esta ocasion escelentes consejos.

Frantz frecuentaba la mala sociedad y pasaba casi el dia entero en el café: fuí á buscar á una de mis criaturas, llamado Verdier, y le ofrecí una buena recompensa, si podia buscar pendencia al jóven: no le hubiera yo propuesto cosa mas de su agrado, pues Verdier es hombre que se complace en matar

en desafio á alguno de vez en cuando. Conocia á Franzt, por haberle visto en el juego algunas veces: fué al café que le indiqué y logró que el jóven le tirase á la cara un vaso de cerveza..

Era mas de lo que se necesitaba: tomaron cita para el dia siguiente, que es hoy, y como se han batido al salir el sol, hace diez horas cerca de ellas, que el último Bluthaupt ha ido á conocer á sns abuelos.

Al menos asi lo creeis? dijo Rodach.

—Estoy seguro, caballero.

—No podeis desearlo mas que yo... Pero en fin no teneis certeza y los lances de un duelo....

—Ah! esa carta... esa carta.... dijo Reignauld despechado, si la encontrase, pronto os convenceria....

Levantóse y buscó de nuevo en los sitios que ya habia registrado, su mirada se detuvo en una cosa blanca que estaba bajo el zócalo del reloj.

Dió un grito de triunfo y la agarró con avidéz.

Era la carta que arrojada con negligencia habia ido á parar entre el mármol de la chimenea y el reloj.

Reignauld la levantó por cima de su cabeza.

Quinientos luises á que el jóven ha muerto, dijo:

—No apuesto jamás, dijo Rodach, veamos, os suplico lo que hay.

Reignauld bajó la carta y la contempló sonriéndose, abrióla despues pausdamente.

Rodach seguia todos sus movimientos y daba á su fisonomía una espreccion de ávida curiosidad.

CAPITULO IV.

Los amores de José Mira.

M. de Reignauld se divertia con la pretendida impaciencia del baron, y empleaba en abrir

el sobre de la carta de Verdier un tiempo calculado: sonreíase maliciosamente y miraba de cuando en cuando á M. de Rodach con aire de triunfo.

Este último desempeñaba tan bien su papel de curioso, que el doctor temiendo verle perder al fin la paciencia, se creyó obligado á su ayuda.

=Vamos, caballero, dijo, vuestras niñerías no son de este tiempo; se trata de una cosa seria, y el baron os espera.

—Oh! ciertamente me espera, dijo Reignauld sonriendo, bien se vé; pero sin esa maldita cita que me dá prisa no tendria misericordia del señor baron y le haria esperar aun, para enseñarle á no dudar de mi. Pero veamos porque se hace tarde.

Arrojó el sobre y abrió la carta.

Apenas se fijaron sns ojos en las primeras líneas, cuando su orgullosa sonrisa se desvaneció como por encanto. Palideció, frunciéronse sus cejas y las arrugas de su frente hicieron levantar el muelle que sujetaba su peluca.

=Y bien! y bien dijo el doctor espantado por aquellos síntomas de siniestro augurio. ¿Han descubierto algo?

—Parece á lo menos, añadió Rodach, que la carta no contiene todo lo que se esperaba.

Reignauld soltó una blasfemia y con el puño cerrado amenazaba al aire.

—Ah! el pícaro! el pícaro! gritó, miserable,

está en cama con una estocada no sé en dónde, y me pide le socorra; no le daré un maravedí..,.. ah! bandido vergonzoso, ya veremos!....

Su voz era temblorosa, tenia encendido el rostro y arrojaba fuego por los ojos.

—Como! dijo el baron, vuestro espadachin se ha dejado pegar por un chico.

Reignauld apretó la carta entre sus puños, con rabia.

—Quién puede saberlo.... replicó; el tuno me cuenta toda una vovela... Ah! el miserable, quien hubiera creido esto?

—Pero en fin, qué dice? preguntó José Mira.

Reignauld en lugar de responder, lanzó la carta á la chimenea con un gesto violento. El papel mal dirigido dió contra el mármol y vino á caer entre los pies del baron.

Este se bajó con el aire mas natural y la recogió.

—Quereis absolutamente que se queme esta carta? ó me permitis verla?

—Vive Dios! haced lo que os parezca, señor baron.... Ah! el pícaro! el pícaro!

Rodach deslió el arrugado papel, y leyó en alta voz.

«Mi querido señor»

=Mi querido señor, repitió Reignauld rechinando los dientes, y de parte de semejante personage.... habiendo errado el golpe..... Esto es soberbio...

El baron volvió leer.

Mi querido señor.

Creia poder anunciaros una buena noticia esta mañana, pero contaba sin un contratiempo infernal, que me cuesta seguramente mas caro que á vos.

—Mas caro que á mí, dijo Reignauld, habeis visto pillo semejante?

Todas nuestras medidas estaban bien tomadas como sabeis, continuó leyendo M. de Rodach, el jóven en cuestion y yo debíamos encontrarnos á las siete de esta mañana en el bosque de Boloña, fuí el primero como debia, pero en lugar del que esperaba...

—Se burla! gritó Reignauld.

El baron prosiguió; pero en su lugar, hallé á un aleman alto, con el que otras veces he tenido algunas disputas en el juego. Para decir verdad, no tenia gran cosa que reusar á aquel diablo de hombre que sabe bastante de mí para enviarme á donde ya no tengo gana de ir.

—A presidio ! gran pillo, dijo aun Reignauld.

Con todo, prosiguió el baron, cuando me mandó que dejase al jóven tranquilo, me negué claramente. Hizome entonces sacar la espada contra mi voluntad, y me plantó una estocada en el pecho.

Paróse el baron y levantó la cabeza como hombre que medita profundamente.

—Procurad tranquilizaros, caballero, dijo con tono casi severo, necesitamos reflexionar con

madurez. Esto es grave, como conoceis y prueba que el jóven tiene protectores ocultos

=Es verdad, dijo José Mira que tomo un aspecto siniestro.

—Sin duda, sin duda, dijo Reignauld, pero ¿quién sabe si ese pillo de Verdier no me engaña?

—Qué interés tendria en ello? preguntó el baron.

Reignauld abrió la boca para lanzar nuevos anatemas contra su desgraciado *brabo*, pero á medida que se disipaba su cólera, volvia la razon y veia la aventura bajo otro aspecto.

La observacion de M. de Rodach le habia encaminado á nuevas ideas.

—Es verdad, dijo al fin, si Verdier no miente esto nos traerá mas de una tempestad, ¿quién puede ser este defensor misterioso?

El baron indicó con un movimiento que lo ignoraba completamente.

=Veamos el final de la carta, dijo.

Cuando el aleman concluyó de hacerme este regalo; se marchó como habia venido y me dejó acostado de espaldas en el bosque de Boloña.

Me condugeron á mi casa, bien ó mal, pero no tengo un cuarto mi querido M. de Reignauld, y me dirigo á vuestra generosidad.

(El caballero hizo un signo negativo)

Bien sabeis lo que me habeis prometido, seguia diciendo Verdier en su carta; porque al fin por voz he recibido una estocada, y me

debeis una indemnizacion, ademas de que otra vez seré mas dichoso.

Queda entre tanto esperando vuestra visita ó vuestra repuesta, vuesiro humilde servidor.

J. B. VERDIER.
9, calle Pierre Lescot.

El baron hizo pedazos la carta y la arrojó al fuego cuidando de conservar en la mano el pedazo en que estaban las señas de la casa de Verdier.

Hecho esto cruzó los brazos y se recostó en su sillon.

Reignauld estaba enteramente desconcertado: este golpe le heria de improviso en medio de su triunfo: No era hombre de grandes recursos y obraba bajo la inspiracion del momento ó por sugestiones de otro. Entonces no tenia una idea, su espiritu espantado vagaba por todo un porvenir de nuevas luchas y peligros.

El jóven á quien habian creido tan débil tenia protectores desconocidos!....

Preciso era que fuesen poderosos y vigilantes para haber descubierto la trama que amenazaba al último Bluthaupt.

Y si eran poderosos ¿podria creerse que se mantendrian mucho tiempo á la defensiva?

El doctor tenia las mismas ideas, solamente que adelantaba mas y llegaba á una conclusion.

—Es preciso ponernos en guardia; dijo al

cabo de algunos instantes, y sobre todo es preciso no disgutar á ese desgraciado, que podria causarnos graves embarazos.

—Justamente iba á decir lo mismo, añadió el baron de Rodach, si me era permitido hablar como de casa; y diré que es preciso contemplar á ese Verdier y anteponerse á sus exigencias. Nadie sabe lo que puede suceder.

—Yo seria de opinion, dijo el doctor, que M. de Reignauld fuese al momento en casa de Verdier para obtener de él esplicaciones mas circunstanciadas.

Reignauld tenia algo de niño en su carácter.

Que vaya á casa de ese miserable! dijo volviendo á su pueril cólera, bien puede morirse diez veces antes que me tome el trabajo de subir cinco pisos. Me ha engañado indignamente y no quiero volver á oir hablar de él,

—Pero... empezó á decir el doctor.

—Cuanto digais será inútil, no quiero. ¿Quien sabe por otra parte si esa carta será un lazo y si encontraré allí una celada?

—No seria imposible, dijo Rodach; pero he tenido durante mi vida aventuras mas temibles que esa, y si quereis darme la comision iré á ver á Verdier de vuestra parte.

Reignauld se inclinó de mala gana, interin José Mira daba las gracias con el mayor entusiasmo.

=Ahora ya, añadió Rodach, no detengo mas tiempo al caballero, á quien suplico me

escuse si he retardado su cita. No quisiera con todo que nos dejara bajo la penosa impresion de esa carta. Ofrecia hace un momento mi cooperacion á la casa de Geldberg, se la ofresco aun, y sin prometer desde luego que lo conseguiré, puedo darle buenas esperenzas.

— Teneis un medio cualquiera? preguntó vivamente Reignauld.

=Es aun una cosa vaga, respondió Rodach, pero he quitado de en medio obstáculos mayores que ese, y puedo deciros: tened confianza.

Justamente era cuanto apetecia Reignauld, levantóse con la frente serena y apreto la mano del baron.

—Sois nuestra providencia, señor baron, le dijo. Acercándose en seguida al oido añadió:

=Pero os ruego no olvideis que os espero en mi casa dentro de una hora....

Rodach saludó y Reignauld salió.

En el momento en que se cerró la puerta el doctor acercó su sillon y procuro tomar un aire amable: aunque preciso es decir que fué inútilmente. Con todo su fisonomia se manifestó menos siniestra y sus undidos ojos tuvieron como un reflejo de alegria.

Cuando concluyó de acercar su sillon colocándose á la distancia que le pareció conveniente, sacó del bolsillo una caja de tabaco de oro que consideró meditabundo.

Esto duró un segundo; puso en seguida

la caja sobre el mármol de la chimenea y se frotó las manos, abriendo y cerrando al mismo tiempo los ojos.

El baron esperaba.

El doctor tosió, tomó en seguida una pastilla contra el resfriado, y pasó los dedos por sus cejas.

Rodach esperaba mas grave y mas frio que nunca.

—Sí, sí, dijo finalmente el doctor, que parecia oprimido con el peso de una montaña: sí; ciertamente caballero, es positivamente mi opinion.

—Qué? preguntó Rodach.

—Que sois señor baron en este momento la Providencia de la casa de Goldberg. No os ocultaré que cuando llegasteis tuve una sospecha.

=Qué sospecha?

=Una cosa casi sin importancia, porque no os ocultaré, que aun cuando hubiéseis sido lo que yo pensaba, hubiera sin duda aceptado vuestro apoyo de buena voluntad; tanto desprecio á esos miserables que acabais de ver.

—Vuestros asociados?

=Mis asociados! replicó el doctor suspirando; Ah! sí! señor baron.

El obstáculo habia desaparecido: Mira, abundaba en palabras, y lo único qne le detenia ere el escogerlas.

—Pero volveremos á hablar de ellos, continuó; me ocupaba de vos y os decia que en el primer momento os habia tomado por un enviado de nuestros enemigos.... quizá por uno de ellos en persona.... Pero todas mis sospechas se han desvanecido una á una: desde que entrásteis en esta sala os examino con minucioso cuidado; lo que he visto y lo que he adivinado me inspira confianza... Si la casa de Geldberg puede salvarse aun, vos sois el que la salvareis.

Rodach saludó silenciosamente.

—Vuestro interés os conduce naturalmente á hacerlo, prosiguió el doctor, y me alegro de todo corazon de ver al fin entre nosotros á un hombre.

—¿Deberé pensar que teneis motivo de queja, contra esos señores? preguntó el baron.

—Algo mas que eso, respondió don José bajando la voz, los desprecio, los detesto. No os admireis, señor de Rodach, sino he unido mis espresiones en vuestra presencia, quiero que se salve la casa y me parece indispensable que sepais, lo que debeis pensar de los asociados de Geldberg. El anciano Moises, vive, como sabeis, enteramente retirado del mundo: era una cabeza perfectamente organizada para el comercio; pero sabe Dios en lo que se ocupa ahora: es preciso no contar mas con él. Su hijo Abel, es un pobre muchacho orgulloso y débil, miope de

espíritu, flojo y fátuo, porque la casualidad le ha dado cierta reputacion entre los imbéciles de la Bolsa.

=Severo me pareceis, dijo el baron.

—Soy justo: el caballero de Reignauld seria un hombre completo, si la suerte le hubiese dejado en su plaza de aventurero comun; miente con bastante agilidad y logra con su desfachatéz enganar algunas veces: sus modales son una imitacion de los de las personas del gran mundo, y he visto multitud de personas que le juzgaban como el tipo del gran señor. Desgraciadamente se ha hallado al frente de una casa inmensa y su posicion le ha abrumado: el pobre de Reignauld ha perdido la cabeza, se ha creido un gran economista; se esfuerza locamente en ocultar su impotencia, y ha llevado hasta el ridículo las pretensiones de su pueril vanidad. El tiene en gran parte la culpa de que se haya retirado el viejo Moises: se ha metido en mil especulaciones absurdas, cuya idea solo podia caber en su miserable cabeza.

—Sus tentativas han debido desacreditar á la casa, dijo M. de Rodach.

=Dios mio, no precisamente, Reignauld tiene para eso cierta habilidad. Sus especulaciones se ejercen generalmente sobre la miseria, y esta que no sabe defenderse, no tiene ni aun la fuerza de quejarse: seria todo beneficio para un hombre de buena cabeza. Ocu-

paos en tomar á un pobre la mitad de su pan cotidiano, y os llamarán filantrópico. El negocio del Temple, que no es mas sino una terrible usura, puesto que Reignauld con el pretesto de pagar el alquiler de aquellos miserables, les toma una buena parte de sus ganancias, le ha dado una reputacion de caridad muy respetable, lo peligroso es la innumerable multitud de sus empresas y el derecho que tiene de tomar cuanto quiere en nuestra caja para realizarlas. Reignauld es para la casa un peso inútil, una escrecencia odiosa que puede llegar á ser mortal, si no se la estirpa con tiempo.

=Y en vuestra calidad de doctor, preguntó Rodach, ¿tendríais ganas de intentar esa curacion?

=Señor baron, respondió el doctor, tengo proposiciones muy importantes que someteros, y espero que no os arrepentireis de haberme concedido algunos minutos de audiencia. Pero antes me parece indispensable deciros una palabra sobre las tres hijas de M. de Geldberg.... La mas jóven es aun una niña, ignora cuanto pasa en su casa, y sus hermanas no han tenido tiempo para corromperla.

Por primera vez desde que empezó la conversacion, se animaron los ojos de Rodach, y se vió en ellos algun interés.

=La segunda, prosiguió el doctor, sería una escelente muger si tuviese á su hermana ma-

yor: esta está casada con un agente de cambio que era rico; y á quien ella ha arruinado: es hermosa como un ángel, y maliciosa como un diablo. Si pudiera abrirse una cuenta entre ella y la casa, tendríamos millon y medio ó dos millones mas en caja.

=Tenia, pues, una cuarta llave? preguntó el Laron.

=No, pero se servia de la de uno de nosotros.

=Y qué hacia de todo ese dinero?

=Es jugadora, pero generalmente gana y yo la creo muy rica. Debe tener en París un agente que coloca bajo un nombre supuesto las cantidades enormes que toma diariamente.

=Es una muger estraordinaria, de un carácter fuerte, un talento brillante y un corazon insensible, ó al menos sin piedad, dijo el doctor, apoyando la frente en su mano; porque hay en ella un amor profundo que hubiera podido ser una virtud, y que le ha hecho avanzar en la carrera del vicio; es un ser bizarro que ha adivinado el mal, y que habria comprendido el bien; un natural atrevido y rasuelto, que todo lo osa; muger por el capricho desordenado y por la pasion violenta; hombre por la voluntad inflexible; demonio por la astucia fria y la paciencia para engañar.

El rostro del doctor habia perdido aquella

máscara de pedantismo que ordinariamente lo cubria: cerraba en sus labios una amarga y triste sonrisa; sus ojos estaban como soñolientos, y apesar suyo se escapaban sus palabras de lo último de su conciencia.

=La conocí niña, prosiguió lentamente y con voz mas dulce; ¡creo que su alma era entonces hermosa!... La conocí niña, y he podido leer algunas veces en el libro virgen de su pensamiento.... ¿Se conoce lo que son las mugeres?.... Cuando pienso en aquellos dias, dudo de todo.... Durante varios meses permaneció indecisa entre los dos caminos que los hombres han llamado del bien y del mal. ¿Cuál de ellos hubiera escogido, entregada á sí misma? Lo ignoro. Lo que es cierto es que hubo una voz que susurrase á su oido palabras de seduccion... Hubo un hombre que le dijese que la virtud era una mentira, y nada habia en el cielo...: Un hombre, cuya palabra era sarcástica, que dudaba de todo, y se creyó dichoso ahogando los sentimientos generosos, y formando el alma de la jóven á imagen de la suya, gastada y marchita. Este hombre la amaba con una pasion indecible, y la poseyó,...

Detúvose el doctor para tomar aliento, sus ojos se animaron con siniestro brillo.

—Fué un triunfo, delicioso, lleno de embriaguéz, continuó con acento conmovido..... Sara era bella como una perla de Oriente...

Entraba en sus quince años... Jamás hija de Eva poseyó tantas gracias, tantos encantos... El hombre que fué su dueño durante un momento, habia pasado ya hacia tiempo los límites de la juventud y podia ser el padre de su querida... pero este hombre desde los dias de su adolescencia habia sofocado los impulsos de su corazon, entregándose enteramente á trabajos solitarios. Este hombre jamas habia amado, solo conocia las miserias de la pasion y los deseos que atormentan al anacoreta.... Fué el paraiso abierto....

Rodach escuchaba, cruzadas as manos sobre sus rodillas; su postura y su fisonomía indicaban la mas sincera indiferencia. El doctor, por el contrario, estaba sumamente conmovido, lo que formaba un singular contraste.

El portugués ordinariamente tan tranquilo y tan frio, dejaba hablar, la única pasion de su vida en una queja triste y casi poética, pero esta pasaba por su compañero como un vago ruido. No dejaba Rodach ver impaciencia, ni su mirada mostraba la menor señal de interés.

Proseguia el doctor, no le animaban á que lo hiciera, pero dejaba ver su alma como un débil niño incapaz de guardar su secreto.

El, cuya conciencia jamás se habia abierto á un amigo, escogia por confesor á un estraño, casi desconocido y quizá enemigo...

—Aquello duró dos ó tres meses. Pueden

vivirse años solo y triste despues de tan felices dias! ¿señor haron, habeis adivinado quién era ese hombre?

—No, respondió Rodach con aire distraido.

José Mira le miró un instante en silencio; sus undidos ojos, en los que jamás reflejó un sentimiento de piedad, estaban humedecidos.

Era yo, continuó con voz ahogada.

El baron no manifestó sorpresa.

=Lo oís, gritó el doctor fuera de sí, era yo! me puse al lado de la jóven sin desconfianza; pasé largos años educándola segun mis ideas, y por tan penoso trabajo fui dichoso dos meses..., Al cabo de ellos estaba enamorado, mas que enamorado; loco, fui su esclavo, y despues de estos dos meses han pasado quince años!

Los labios de Mira temblaban convulsivamente y sus pálidas mejillas estaban lívidas.

CAPITULO V.

Jueves 8 de febrero á medio dia.

—Caballero, dijo Rodach, creo que nuestras confidenciasd eben circunscribirse al estado en que se halla la casa de Geldberg; y no alcanzo qué relacion pueda tener todo eso con nuestro objeto principal.

Aquella era la única vez en que durante su vida habia presentado su alma el doctor con toda su desnudéz; pero la volvió á cerrar de repente.

Acababa de confesar un crimen odioso, colorándolo con las hermosas tintas y los perfuma-

dos episodios de un primer amor: se habia espansiado en reproducir con su acento los recuerdos de sus hermosos dias, y los ensuenos de su siglo de oro; y se llenó de indignacion al comprender la frialdad é indiferencia de Mr. Rodach.

Recobrando, pues, de un golpe su calma habitual, contestó;

—Lo que os he dicho, caballero, tiene una relacion muy directa con los intereses de la casa de Geldberg: yo estoy muy lejos de tomarme la libertad de ocupar vuestros instantes para que escucheis una relacion que solo tratase de mí. Una sola palabra bastará para hacéroslo comprender todo.=Sara me adeuda algunos millones.

=Tendreis sin duda los comprobantes, no es verdad?

=Nada tengo.

El baron guardó silencio, esperando que el doctor se esplicase mas.

El rostro de este espresaba en aquel instante una desconfianza profunda, pareciendo pesaroso por haberse franqueado hasta aquel punto con Mr. de Rodach, pero ya no era tiempo de volver atrás.

=Señor baron, repuso con tono resentido, ya no poseo toda aquella esperanza que habia hecho nacer en mí vuestra venida. La frialdad con que habeis acogido la relacion que acabo de haceros, me mueve á creer que me

he equivocado respecto á vuestras verdaderas intenciones:.. Sin embargo, marcharé hasta el fin por la senda que vuestra presencia me ha hecho trazar. Yo estoy loco... ya os lo he dicho: mi locura es incurable, porque amo sin tregua á esa mujer que me odia, y que desea mi ruina... Pero toda locura tiene horas de razon. Cuando estoy lejos de ella reflexiono sobre mi estado miserable, y quiero sobreponerme á él sustrayéndome á su yugo: mis ideas de ambicion que ahoga su tiranía, renacen de nuevo mas vivas y enérgicas: quiero recobrar la riqueza que ella me ha arrebatado: quiero reedificar la casa de Geldberg que ella ha arruinado: reedificarla si; pero reedificarla en mi provecho.... en mi provecho y en el vuestro si os place abandonar á mis dos consocios, haciéndoos esclusivamente aliado mio.

Dejamos probado que el baron estaba dispuesto á no conmoverse por nada.

—No me parece eso imposible, señor doctor, contestó con naturalidad; pero dignaos esplicaros enteramente.

El doctor José Mira no conservaba huella alguna de la emocion que le habia dominado no hacia mucho; mas en aquel instante no sentia tampoco la espresion de inmovilidad triste y lúgubre con que le hemos distinguido hasta aqui. Miraba al baron frente á frente, y sus ojos tenian un vivísimo rayo de inteligencia y de voluntad.

Rodach esperaba sereno é impasible, dispuesto á todo.

=La casa de Geldberg nos pertenece, prosiguió el doctor: nos pertenece con tal que nos decidamos á obrar de comun acuerdo: la cita que os he pedido solo tenia el objeto de haceros esta manifestacion.

—Esplicaos, doctor: ya os escucho.

=Habeis llegado de Alemania poseedor de unos créditos contra nosotros por valor de una suma considerable: estais adherido á nosotros por vuestro propio interés, y por él teneis necesidad de ayudarnos y de sostenernos. Pero vuestro interés podria cambiarse en otro distinto y en ese caso Dios sabe lo que seria de Geldberg!

«Os suplico que me escucheis con atencion. Abel solo posee una docena de caballos que cree de la primera raza: Reignauld á pesar de su destreza, y de su anchurosa despreocupacion, no cuenta mas que con deudas: la condesa de Lampion es rica, pero su fortuna no nos corresponde; y en cuanto al viejo Monsés no sé qué os diga. Ha llegado á rodearse de un misterio tan profundo, que yo mismo no he podido penetrarle: esa soledad á que se confina voluntariamente debe ocultar....., Pero qué ocultar?

«Lo cierto es que nadie en la casa sabe mas que yo sobre el particular: sus empleados, y sus hijos participan de la misma ignorancia!

«De todos modos es evidente que la casa no puede contar con él para nada; y la caja de la sociedad esta vacia... Comprendeis?...»

—Algo comprendo... dignaos concluir.

—No me resta mas que añadir que Mad. de Laurens me adeuda una suma inmensa que es fácil recobrar con destreza.

=Y despues?

=Despues de cobrada la suma me hallaré poderoso frente á frente con mis cólegas pobres: vos llegais amenazante, y ocupais un lugar que puede fascinarles; y yo seré dueño absoluto de satisfacer todas vuestras exigencias. Es pues evidente que si nos ligamos ambos, la casa estará á merced de nuestra voluntad.

—Es verdad, dijo Rodach; pero no se encuentra ya á merced de la mia.

—Permitidme, señor baron!... yo puedo poseer fuertes sumas dentro de pocos dias, y si la casa llega á saldar vuestra cuenta, perdereis la única arma que puede venceros; porque, sea dicho entre nosotros, por mas graves que os parezcan los secretos que hayais podido sorprender, hace mucho tiempo que ha pasado su egecucion: el castillo de Blutaupt está lejos de Paris, y seria indispensable presentar irrecusables pruebas.

=Las tengo ya, interrumpió Rodach: en cierto cierto sitio de Paris he ocultado esta mañana un cofrecito que he traido de Alemania, y que contiene lo bastante para haceros subir á todos

tres al cadalso, señores sócios de Geldberg.

El doctor retiró inmediatamente su sillon, y aplicó sobre Rodach su mirada de terror.

El baron no habia mostrado jamás un semblante tan tranquilo.

—Yo no he hablado de eso en presencia de vuestros dos cólegas, repuso Rodach, porque me han rendido parias inmediatamente; las amenazas me han parecido supérfluas tratándose de personas que de antemano se confesaban vencidas... Solo á vos, señor doctor, os digo esto, pero con frialdad, reparadlo bien, y sin intencion de asustaros... La prueba de ello es que os prevengo muy gustoso desde luego, que no estoy muy lejos de aceptar vuestra alianza.

Despejóse algun tanto la frente de José Mira.

—Podrá saberse lo que hay en ese cofrecito? murmuró con un resto de temor.

—Ninguna razon tengo para hacer de ello el menor misterio. Contiene cartas escritas por vos, señor doctor, que datan del castillo de Bluthaupt en 1823 y 1824... En obsequio de la verdad debo decir que esas cartas están redactadas con estremada prudencia; pero todas se hallan esplicadas ampliamente por otras cartas de Van-Praet, del Madgyar, de Mr. de Reignauld, y del mismo Moses Geld, escritas en diversas épocas.

—Y cómo habeis llegado á adquirir todo eso? murmuró el portugués.

—Lo mas sencillamente del mundo. Zacharus Nesmer era vuestro cólega en la sociedad; pero no vuestro amigo. Viviendo dominado incesantemente por la idea de que podriais provocar un dia un conflicto á vuestros compañeros, se ha empleado desde la primera hora de vuestra asociacion, en adquirir armas para sostener la batalla.

—Desde hace mas de veinte años!.... Dijo Mira.

—Desde hace mas de veinte años, doctor!... eso os espanta? No sabeis que las cabezas alemanas tienen marcada y desarrollada estraordinariamente la protuberancia de la paciencia? Si algun dia llegamos á entablar vos y yo una tésis formal, doctor, os presentaré detalles mas satisfactorios sobre el contenido del cofrecillo; pues estoy muy lejos de haberos hecho un inventario completo de él... Ahora nos hallamos en paz, y podemos volver á emprender nuestra negociacion sin que nos preocupe el temor de una guerra que podrá tal vez no ocurrir jamás.

El doctor habia contado al pronto con un éxito fácil y ventajoso para él: despues casi habia desesperado de todo...! tan terrible se le habia presentado la bateria descubierta repentinamente por su adversario! Ahora volvió á cobrar fuerza: por mas poderosas que fuesen las armas de Rodach, dudaba este en servirse de ellas; y era claro que no le con-

venia romper las hostilidades.

Mientras asi reflecsionaba, haciendo interiormente una especie de balance entre sus peligros y esperanzas, Rodach repuso, como si hubiese querido tranquilizarle:

—Establezcamos bien nuestra respectiva situacion: yo poseo fuerzas sobradas para hundiros; pero ¿qué razon podré tener para perjudicaros sin motivo alguno?... Mi interés está manifiesto, quiero recobrar para mi pupilo la herencia de Nesmer: al mismo tiempo creo justo ambicionar por mi parte una escasa fortuna, siquiera.

La frente del doctor volvió á serenarse por completo: el baron descubria su flanco debian entenderse.

—Bien conocereis, continuó Rodach, que yo no he aguardado este momento para comprender el verdadero estado de las cosas: la prueba es que ya he sacado veinte mil francos de mi bolsillo, y que me he puesto completamente á disposicion de la casa. Para mí lo principal es que esta viva, que se robustezca y que tenga con qué pagarme. Ahora me ofreceis vos otra cosa mejor, á saber, una particion entre dos, en lugar de una particion entre cuatro; y antes de aceptar he querido haceros ver que yo puedo muy bien exigir la parte del Leon..

—Y que sin embargo sois generoso no tomando mas que la mitad, interrumpió el doc-

tor. Demasiado lo comprendo señor baron; y con tanta mas facilidad, cuanto que sois vos la persona con quien cuento para conseguir la recuperacion de los capitales que he perdido.

—No os comprendo, dijo Rodach.

—No os he dicho que amo á esa mujer?... murmuró el doctor ¿no os he dicho que la amo con una pasion incurable!... ¿no habeis oido que soy su esclavo, y que una palabra suya basta para hacérmelo olvidar todo!.., Si llego personalmente hasta ella, estoy seguro de ser vencido; solo confio pues en vuestra ayuda.

—Podeis contar con ella desde luego, repuso Rodach, sin vacilar: indicadme los medios de serviros, y os serviré.

El doctor acercó lleno de júbilo su sillon al ver marchar tan perfectamente sus negocios; acarició de nuevo su ancha caja de oro y volvió á comenzar á hacer toda la pantomima que hemos bosquejado al principio de esta entrevista. Aquello era para él una especie de exórdio mudo é insinuante.

Al cabo de algunos segundos, puso ambos codos sobre las rodillas cruzándose las manos: despues volvió á tomar la palabra con voz espresiva y confidencial.

Rodach le escuchó con atencion.

Aquel parlamento duró diez minutos; al cabo de ellos se puso en pie el baron.

=Estamos conformes, dijo: desde que he llegado, no me he comprometido á concurrir en Paris á cita ninguna; y por consiguiente me es indiferente el dia y la hora que me señaleis.

=Es necesario tomar en cuenta los vencimientos, contestó Mira: el dia de pago es el diez.... si os parece bien el dia ocho...

—Está bien.

—A medio dia si lo creeis oportuno.

=Sea á medio dia.

—En ese caso no lo olvideis: el juéves próximo ocho de febrero, á la hora de mediodia os encontrareis en casa de Mad. de Laurens.

—Empeño mi palabra de hacerlo, señor doctor.

=Señor baron, cuento con vos, y os suplico que acepteis mi reconocimiento mas sincero por tamaño servicio.

Mira tendió su mano que fué tocada por la de Rodach.

Separáronse luego: en el momento en que el baron traspasaba el umbral, oyó la voz del médico pue repetia por un esceso de precaucion:

=Juéves, ocho de febrero á mediodia!...

. . . . . .

Erase una especie de divan amueblado con un lujo asiático; aunque privado de ese buen gusto que da precio á todas las cosas.

En él habia muebles magníficos de forma

sumamente estrañas: la alfombra valia todo el oro que pesaba: los cortinajes deslumbraban, los tapices que vestian las paredes se ocultaban casi bajo una profusion de cuadros. Se veian allí algunas pinturas de buenos maestros; y muchas de adocenados pintores compradas á un precio exorbitante. Los billetes de banco no dan el sentimiento al artista, ni ese tacto y esquisita maestría que los grandes señores creen palpar cuando una pintura, cualquiera que sea, les cuesta un dineral. Un terron de azúcar envuelto en una tela de brocado no será nunca mas que un terron de azúcar.

Ademas de los cuadros habia estátuas, vasos del Japon, y toda clase de juguetes de la China.

La chimenea estaba cuajada de aquellos raros efectos: la consola llena: las rinconeras atestadas.

Era uno de esos gabinetes donde no puede entrar una persona que sienta, sin decir: «Esto es un museo en miniatura!... Teneis genio de artista!... Magnífico!.., Divino!.... Arrebatador!... y otras cosas parecidas...

La divinidad de aquel templo era lisa y llanamente el jóven Abel de Geldberg.

En el instante en que nos place levantar una esquina del cortinaje de seda que cae á ondulantes pliegues sobre la puerta de entrada, Abel está sentado en un rincon del

fuego frente al baron de Rodach.

Tenia el jóven un vestido formado de una tela riquisisima, sumamente riquisima y unas babuchas de lo que no es posible haber soñado, siquiera.

En la impotencia en que nos hallamos de pintar con esactitud los primores de su trage, apelamos á la imaginacion de nuestros lectores.

. . . . . .

Hacia un solo minuto que habia sido introducido el baron: Abel acababa de terminar los preliminares cumplidos, y le ofrecia cigarros de la Habana en una petaca.... pero qué petaca, gran Dios!...

El baron aceptó un cigarro sin mirar mucho las lindezas de la petaca.

Señor baron, dijo Abel alargándole lumbre en una copilla fabricada en las márgenes del Nilo: me he tomado la libertad de haceros venir á mi pobre choza, y espero tendreis á bien dispensarme.

El baron de Rodach le devolvió la copilla, y lanzó una bocanada de humo con la mas crasa indiferencia.

Tal vez era el prímer mortal que entraba en aquel santuario sin decir algun disparate mirando los angulos de aquella estancia tan suntuosamente adornados.

Abel le dirigió una rencorosa mirada, porque á pesar de su escaso talento comprendió

que su indignacion no tendria efecto ni valor alguno en ocasion semejante.

==Es mucha vuestra amabilidad señor baron, dijo Goldberg manejando con toda la destreza de un conocedor el mueble abisinio en que se apoyaba su cigarro; os doy repetidas gracias por haberos acordado de mi súplica.

Rodach contestó:

—He venido porque en la posicion en que mutuamente nos hallamos, me pareció que podriais tener que hacerme una declaracion de importancia.

Abel habia improvisado y estudiado de antemano una série de cumplidos y modales caballerescos; empero la frialdad de Mr. de Rodach, cortó toda tentativa prematura.

—Señor baron, contestó: no os habeis equivocado: tengo repentinamente una proposicion que haceros, y deseo vivamente que llegue á agradaros.... Temiendo abusar de vuestra bondad arrebatándoos unos momentos que acaso son preciosos para vos, entraré, si gustais, en la cuestion desde luego.

Rodach aprobó con un gesto cortés, y se arregló cómodamente en su sillon.

—Hace mucho tiempo, repuso Abel, que he creido apercibirme de que el doctor Mira y Mr. de Reignauld, tienen uno ó mas secretos en los cuales no quieren hacerme el honor de iniciarme: hoy, algunas palabras pronunciadas por vos, han cambiado todas mis dudas en certeza.

Yo no os pido revelacion alguna sobre este particular, señor baron; pero creo evidente que hay en lo pasado de Reignauld y de Mira algunos hechos tenebrosos en que de alguna manera está mezclado Mr. de Geldberg mi anciano padre.

—En efecto: hay algo de eso, contestó Rodach.

Abel guardó silencio durante un segundo, en la creencia de que su compañero anadiria algunas palabras mas esplícitas; pero nada habló.

El baron fumaba su cigarro con lentitud de un sectuagenario, y lanzaba hácia el techo bellísimas espirales de humo.

—Con que es un hecho? prosiguió Abel.

Rodach le hizo una leve señal afirmativa: el jóven continuó:

—Pues bien, caballero!... á pesar de que os confieso mi ignorancia de todo, puedo asegurares con osadía..... con orgullo, que mi pobre padre habrá sido un cordero arrastrado al precipicio; pero un culpable jamás!... Yo le conozco bien: su natural es débil y bueno: tambien conozco el carácter de mis consócios; y es inútil hacer comentarios sobre mi opinion que establezco en estas pocas palabras.

«Reignauld es un miserable que no reconoce trabas ni barreras; y ese lúgubre doctor, es otro pícaro que no vale mas que él.»

=Y para eso me habeis citado? preguntó

Rodach separando con el dedo la blanca ceniza de su cigarro.

—Nó, ciertamente, contestó Abel: os he pedido una entrevista porque vuestro interés me pareció hallarse identificado con la casa, y porque deseo poner en vuestras manos un negocio cuyo resultado, hablando comercialmente, es para todos nosotros cuestion de vida ó muerte.

Abel se recogió un instante para recordar las términos que tenia preparados para hacer su discurso: despues continuó:

—Mein-her Fabricius Van-Praet de Amsterdan, posee contra nosotros créditos vencidos por cerca de millon y medio de francos.

=Ah!... dijo Rodach con negligencia.

—Puedo saber mejor que nadie á punto fijo este negocio, puesto que soy el encargado de tratar directamente con la casa Van-Praet. Hace ya varios meses que ese corresponsal, perdida la paciencia, nos está haciendo amenazas sin fin; y si aun no ha usado rigor hácia nosotros, puedo atribuirlo, sin vanagloria, á la diplomacia desplegada por mí en este asunto. Pero todo tiene su término: yo estoy convencido de que el último plazo de quince dias, concedido á mis instancias reiteradas, no se prolongará bajo pretesto alguno.

=Cuándo espira ese plazo? preguntó el baron.

—El sábado prócsimo.

—Habria tiempo de escribirle todavia?

—He escrito ya tanto!... Una nueva carta no serviria para nada absolutamente. Yo no ignoro que los poderes de la casa Van-Praet están dados á un agente de Paris, y que las hostilidades principiarán inmediatamente en caso de no ser realizado el pago en todo el dia del sábado próximo.

El baron separó el cigarro de la boca, y se puso á considerarlo muy atentamente.

—Caballero, dijo por último: acabais de anunciarme una nueva bien funesta; y me parece que yo no puedo remediarla.

=Tal vez!... contestó Abel: tengo motivos para creer que Mein-her Van-Praet no nos habrian tratado tan rigurosamente si no hubiera sido incitado por Yanos Georgy, y el patricio Zachœus Nesmer. Creo que su interés particular no es el de arruinar la casa; y yo pasaria á verle personalmente, si no temiera dejarla abandonada entre las manos de esos hombres que la han colocado ya tan cerca de su ruina.

=Comprendo, dijo Rodach seriamente.

Aquella era la primera frase que pudiera tomarse como animatoria, y el jóven repuso con mas calor.

—Yo no sé porqué os confiaria á vos señor baron, cuanto poseo en el mundo!

—Es mucho honor.

—No tal!... segun dicen todos, estoy dotado de una penetracion sin igual; y con ella

os he juzgado inmediatamente, de una manera altamente ventajosa. Hasta vuestra propia franqueza ruda ha cautivado mis simpatías. Ademas sois noble; y entre nobles puede uno entenderse con mas prontitud é infinitamente mejor... Si esos miserables á quienes veo en la precision de llamar cólegas tuviesen siquiera en sus venas una sola gota de sangre noble...

Rodach tuvo la virtud de no burlarse del necio.

=Yo creo que os equivocais, prorrumpió el baron: el caballero Mr de Reignauld.....

Abel se encojió de hombros con lástima.

—Plebeyo, señor baron, contestó, plebeyo desde los cabellos de su peluca hasta la planta de sus pies!... No os podeis formar una idea de lo que me hace sufrir mi comunicacion con esa gente!... Pero volviendo á nuestros negocios, es preciso confesar que vuestra pasion respecto á nosotros, os dá un aspecto de terrible fortaleza: yo poseo el nombre en que está circunscrito todo el crédito de la casa... Si el negocio Van-Praet concluye con felicidad, miraré la crisis como terminada, y aseguraré que el porvenir nos pertenece. Os hablo con una franqueza completa: dignaos contestarme del mismo modo. ¿Creeis que podríamos eliminar facilmente de la sociedad á esos hombres á quienes despreciamos igualmente, y formar nosotros una asociacion particular?

—Lo creo, respondió Rodach.

El semblante de Abel se despejó.

—Par diez!... esclamó: estoy lleno de júbilo al oiros hablar asi, senor baron; ódio mas de lo que es decible á esos dos seres raquíticos y miserables y si llego á poder llamaros consocio mio esclusivamente, tocaré el colmo del honor y de la felicidad!...

Rodach se inclinó ligeramente.

—Hablo sin rodeos, prosiguió el jóven: para daros una prueba ámplia de la confianza que me inspirais, estoy dispuesto á poner en vuestras manos ese negocio Van-Praet, que forma todo el porvenir de la casa... Consentís en tomarlo á vuestro cargo?

—Desde luego, contestó Rodach: nuestros intereses están identificados; y creo que algunos datos y algunas noticias que han podido llegar á mí por medio de Zachœus Nesmer, mi antiguo amigo, me darán alguna autoridad sobre vuestro corresponsal holandés.

Abel se sonrió procurando hacerlo con la mas pulcra finura.

—Ya habia contado yo con eso, dijo: á pesar de mi ignorancia respecto á todos vuestros secretos, no dejo de hacer mis observaciones particulares y obro en consecuencia.

—Zachœus Nesmer, repuso Rodach seriamente, me ha dicho muy á menudo que el jóven Mr. de Geldberg posee un mérito superior á su edad.

Abel tomó ese aire singular y modesto, á través del cual puede traslucirse bien la agitacion y efervescencia del orgullo.

—Favor que me dispensais, y nada mas, murmuró: pero acabemos de comprendernos si gustais, en el negocio de Van-Praet... Estamos en lúnes y se necesitan dos dias para recibir cartas de Amsterdan; si no os hallais el juéves 8 de febrero por la mañana en casa de Van-Praet, no puede llegar á tiempo la órden de entorpecer las hostilidades.

Rodach replicó:

—Nada hay que me impida estar en casa de Van-Praet el juéves 8 de febrero por la mañana.

=No teneis asunto en Paris?

—Ninguno, acabo de llegar.

Abel se frotó gozoso las manos.

—Qué felicidad!.. dijo, todo sale á las mil maravillas!.... temia que se presentasen obstáculos; pero ahora que me habeis dado vuestra palabra, ya no temo nada. Hace poco que he visto en la cámara del consejo como manejais los negocios, y apostaria la cabeza á que saldreis triunfante de todas vuestras empresas!..

—Asi lo espero, dijo Rodach.

—A vuestra vuelta nos ocuparemos de mis cólegas: durante vuestra ausencia, me encargo de preparar los medios...

Rodach se levantó y arrojó en el fuego el resto de su cigarro.

—Cuento con vuestro tino, dijo este: en cuanto á mi, haré todo lo que esté de mi parte.

—No os olvideis que es necesario que os halleis en Amsterdan el juéves próximo 8 de febrero á mediodia lo mas tardar!...

—Mañana partiré en posta; y me comprometo formalmente á llamar el jueves próximo á la puerta de Van-Praet, antes de que hayan dado las doce del dia.

=Quereis que os acompañe hasta el primer relevo?

—Si no fuera demasiada molestia para vos, aceptaria vuestro reconocimiento.

El jóven pensó:

=De este modo no me quedará duda de que ha partido.

Inmediatamente respondió en alta voz.

=No es molestia, caballero: con ese motivo os daré mi poder ámplio, cumplido y auténtico, manifestándoos de paso todos los pormenores y circunstancias que puedan seros útiles... Con que hasta mañana!...

=Hasta manana, caballerito!...

Ambos se estrecharon la mano con efusion y el baron de Rodach tomó la direccion de la puerta.

Cuando hubo salido, Mr. de Geldberg se frotó las manos con aire triunfante.

—Magnífico, escelente!.... esclamó: he ahi un hombre honrado que se cree sin duda

un diplomático profundo, pertrechado con su aire grave y con su prestada frialdad!.., sin embargo, ha hecho todo cuanto he querido!...

Sus lábios diseñaron una maquiavélica sonrisa; entonces se volvió hácia un espejo para ver si su rostro se asemejaba al maligno y significativo de Mr. de Talleyrand.

. . . . . .

Hacia diez minutos poco mas ó menos que Rodach habia dejado el elegante gabinete del jóven Abel de Geldberg, y se hallaba paseando del brazo con el caballero Mr. de Reignauld, sobre un pequeño terrado que tenia comunicacion con la estancia de este.

Ambos proseguian una conversacion comenzada ya.

—Bien sabia yo que nos entenderíamos, y que no seriais del parecer de ese tontuelo Abel, ni tampoco de ese maldito médico, que parece un traidor de melodrama. Es necesario eliminar á los dos de nuestra compañia. Por otra parte tampoco podeis desconocer la estremada importancia de este paso cerca del Madgyar, Yanos Georgy; pero no basta eso: el tiempo urge y es indispensable tomarlo en cuenta.

—Yo no deseo mas que obrar, replicó el baron.

—En hora buena!... Estoy persuadido de que Yanos y Men-her Van-Praet se han entendido entre sí para atacarnos y destruirnos á un mismo tiempo... Ambos han fijado el

dia diez de este mes como el término del ultimo plazo que nos han dado... Pues bien, evitemos el golpe que me toca de parte de Yanos, y dejemos á ese necio de Abel desenvolverse como pueda de Van-Praet!....

—Me acomoda.

=El no podrá libertarse de las persecuciones del viejo holandés, asi podremos aniquilarle mejor.

—Es tan claro como el dia.

=Pero es preciso no dormirnos, entendeis? Solo contamos con un tiempo justo y perentorio; y para salir bien del atolladero, baron, seria necesario que llegáseis á Lóndres..... Aguardad!...

—Mr. de Reignauld hizo sus cuentas con los dedos, y prosiguió despues:

=El juéves procsimo 8 de febrero á medio dia.

—Perfectamente, dijo Rodach.

—Reflexionadlo bien, repuso Reignauld: no teneis nada que os impida partir?

=Llego de Alemania; á nadie he visto: no he dado cita alguna.

—En ese caso podeis asegurarme...

—Puedo aceptar sériamente el compromiso de encontrarme en Lóndres el juéves proximo 8 de febrero, antes de la hora de mediodia.

CAPITULO VI.

El caballero de Reignauld.

Fuertes razones habian tenido seguramente el doctor José Mira y Abel de Geldberg, para procurar conciliarse el apoyo del baron de Rodach. Mira se sentia débil contra un amor ardiente, tanto mas poderoso, cuanto que se habia reconcentrado senoreando el fondo de su corazon vacío donde estaba apagado todo otro sentimiento: Abel queria permanecer en Paris donde le enclavaban sus bailarinas y ca

ballos en primer lugar; y en segundo el temor de algun golpe preparado en su ausencia por sus dignos sócios.

Abel y el doctor veian por otra parte, que la cosa estaba entre las manos del baron de Rodach. El adelanto que habia hecho de *motu propio*, les daba una alta idea de posicion pecuniaria, y otra idea muy favorable tambien de su carácter franco que seria fácil aprovechar.

De este convencimiento partia la idea de asociarle cada uno á sus intereses; y aquellos ofrecimientos no eran ficticios.

Abel y Mira deseaban muy sinceramente amparar su debilidad bajo el poder de aquel hombre que parecia rico y vigoroso.

Pero ni Abel ni Mira tenian para desearlo motivos tan apremiantes como Mr. de Reignauld.

Hallábase este en la misma situacion que aquellos, pero tenia ademas que arreglar un asunto muy espinoso, del cual se ecsagerab.n los verdaderos peligros.

El descalabro que acababa de sufrir en el desafio de Verdier contra el jóven Frantz, disminuia muchísimo su confianza en si mismo, y dejaba penetrar embarazos de los cuales se habia creido libre.

Estaba enfermo de espíritu, y veia aglomerarse tantos obstáculos en medio de su camino, que le acometia el desaliento.

Necesitaba absolutamente de auxilio.

En aquellos momentos en que su debilidad estaba doblada por el mal resultado de su empresa, le inspiraba tristísimas ideas la realizacion de una entrevista con el Madgyar: aquel viaje á Lóndres le asustaba hasta tal punto, que antes de emprenderlo hubiera considerado cruzado de brazos la ruina de la casa de Geldberg.

Yanos era un hombre terrible. Los veinte años transcurridos no habian variado su natural lidiador: habíase enriquecido, pero no alejado de si su cólera salvaje peculiar: no sabia sostener ni concluir discusion alguna sin ayuda del sable.

Esto le habia dado una terrible reputacion en la ciudad de Lóndres: era el *leon* de los espadachines y camorristas. En una ciudad inglesa donde son apreciadas todo género de escentricidades, se admiraba con estremo á aquel comerciante que habia sostenido cincuenta desafios, sin ser amagado en ninguno de ellos por las garras de la justicia.

El pobre Reignauld hubiera querido sostener mas bien cincuenta litigios judiciales, que presentarse en un solo desafio: asi es, que al ver que aceptaba el baron tan fácilmente sus proposiciones, estaba enagenado de gozo.

Qué éxito, gran Dios!..- el baron de Rodach iba á arrostrar la lidia en su lugar!..... Qué hombre tan escelente era el señor baron!.... y qué á propósito habia venido envuelto en

rudas amenazas, para acabar negociaciones en que se presentaba tan decidido á dispensar gracias y favores!... El pagaba las deudas de la casa: él prometia dinero para aquella gran fiesta de Alemania: él se presentaba como para echar el resto en el atrevido juego de la casa de Geldberg: se proponia reparar algun dia la *torpeza* de Verdier; y en fin, aceptaba una diabólica mision que podia salir bien, pero tenia apariencias nada apetecibles.

Y todo aquello iba á hacerse por recobrar unos créditos los cuales, aun cuando volviese la prosperidad á la casa de Geldberg, se haria lo posible á fin de dejarlos insolventes.

¡Qué hombré tan amable!.... qué hombre tan escelente!... Cuánta razon habia tenido muriéndose el patricio Zachœeus Nesmer!...

Bien es cierto qne aquel baron de Rodach solia mostrarse amenazador algunas veces; y que poseia unas armas que no se podian desdeñar; empero eran armas benignas, puesto que no queria hacer uso de ellas: en vez de descargar golpes, ayudaba á evitarlos... qué corazon el del señor Rodach!...

Reignauld se burlaba de él en el fondo de su alma, y se reia bajo cuerda, todo lo que podia.

=Es evidente, caballero, dijo, que habeis comprendido la parte débil y robusta de vuestra posicion con respecto á nosotros... Cualquiera otro hubiera usado con locura medidas

de rigor, pero vuestro alto juicio os ha mostrado el peligro en que podian estrellarse. Con la marcha que seguis, no solo estais seguro de ser pagado y satisfecho integramente, sino tambien de haceros unos gefes de la casa de Geldberg... Yo tengo la esperanza de que en esta solo haya dos sócios que sereis vos y yo, señor baron.

=Me place ese agüero, repuso Rodach.

Reignaul l lleno de júbilo se decia á si mismo.

—Esto marcha!... señor aleman. . guardad todo lo que os plazca ese aire frio é impasible: á mi no me dá la menor pena: par diez!... sois dueño de estar sério y orgul oso toda la vida; y con tal que me saqueis de mis apuros os daré siempre un voto de gracias!...

Despues añadió en alta voz.

=Bien se puede ir á Lóndres en treinta y seis horas; pero nadie puede contar con el mar. Si quisiérais estar seguro de llegar á tiempo, deberiais partir mañana temprano.

=Nada tengo que hacer en Paris, repuso el baron, si se esceptuan algunos encargos que podré realizar esta misma noche; yo partiré cuando gusteis.

Reignauld le apretó la mano con efusion.

=Es imposible no admiraros, baron!... esclamo: siempre estais dispuesto!... nunca encontrais obstáculos!... Oh! cuando dirijamos ambos los negocios de la casa, qué bien marchará todo!... Yo no solo estoy dispuesto á

ser consocio vuestro, sino vuestro amigo en toda la estension de la palabra.

Reignanld empleó un significativo calor en pronunciar estas palabras.

El baron no pudo menos de sentir un lijero estremecimiento en los músculos de su rostro, siempre frio é impasible. Entonces inclinó sus párpados, aunque no con bastante rapidéz para ocultar un vivo relámpago que enardeció su pupila: una arruga amarga se dibujó bajo su bigote.

Fué obra de un segundo. Mr. Reignauld no tuvo tiempo para apercibirse de ello: lo único que reparó fué el acento desentonado que tomó la voz del baron al contestar.

=Entre sócios, Mr. de Reignauld, es siempre conveniente la amistad..... nada pues se opone á que yo corresponda á la vuestra.

Reignauld, levantó los ojos con desconfianza; hasta tal punto contrastaba el tono del baron con sus pacíficas palabras!..... Casi esperaba encontrar un semblante vuelto hostil, y miradas amenazadoras.

Pero las facciones de Rodach habian vuelto á tomar instántaneamente su fria inmovilidad.

=Antes de separarnos, prosiguió, os suplicaria que me diéseis todos los informes y datos necesarios para realizar el viaje á Lóndres, y todos los papeles que puedan tener relacion con el negocio de que me encargo.

Reignauld entró en su habitacion, y se diri-

gió al escritorio. En el momento en que ponia la llave en la cerradura pareció ser detenido por una reflexion.

—Esto va á ser muy largo, dijo, las cuentas son complicadas: pienso que os he hablado ya ligeramente de un matrimonio que es para mi del mayor interés. Estoy tanto con ella como con su madre en aquellos momentos criticos que preceden á las capitulaciones: hé aqui la hora en que voy diariamente á casa de la vizcondesa de Audemer. ¿Os seria indiferente concederme un instante á la tarde?

—Imposible, dijo Rodach, este viaje improvisado me dá que hacer hasta la noche.

=Eso no importa, si quereis dejarme las señas, iré á vuestra casa tan tarde como gusteis.

El baron dudó un momento antes de responder.

=Señor mio, dijo finalmente, soy un hombre maniático y me gusta cuando viajo ser enteramente libre, asi es que nunca doy las señas de mi casa.

El baron se sonrió maliciosamente haciendo al mismo tiempo una señal de amenaza con la mano.

=Apuesto á que es alguna historia amorosa! No ignoramos aqui, que hay muchas mugeres hermosas en Alemania, y el señor baron no está solo sin duda.

—Os es permitido dar rienda suelta á vuestra imaginacion, caballero.

—Mil veces perdon si he sido indiscreto; pero es necesario con todo que tengais esos documentos antes de vuestra partida.

Reflexionó durante dos ó tres minutos

—Una cosa arreglaria bien estas dificultades, dijo; pero temo aun turbar vuestras costumbres.

=Veamos cuál, dijo Rodach.

—De aqui á Bolona la diligencia va mas pronto que la mala.

=Voy á tomar mi asiento en saliendo de aqui.

—Si no teneis inconveniente, os acompañaré hasta el despacho, y hablaremos por el camino.

Reignauld hacia el mismo cálculo que Abel de Gerldberg, y pnsaba:

—Asi estaré seguro e de que marcha.

Rodach no pretendia libertarse de esta prueba.

—Me conviene perfectamente, respondió; mañana temprano estaré en vuestra casa y saldremos juntos. Ahora os dejo ocupado en vuestros quehaceres y os deseo consigais lo que tanto apeteceis.

Dirigiose á la puerta: Reignauld haciendo los honores de la casa, le acompañó continuando la conversacion empezada y quiso llegar con él hasta la puerta.

Bajaron la escalera principal y atravesaron

las oficinas de las que se disponian á salir los empleados.

En la antecámara no habia mas que una persona sentada en una banqueta de tafilete verde.

Klaus se paseaba de un lado á otro con frac negro.

La persona que esperaba aun á aquella hora tan avanzada, estaba sentada en el rincon mas lejano. Era la pobre madre Reignauld que estaba allí hacia tres horas, inmóvil, silenciosa y procurando que la olvidasen, con el tímido instinto propio de la miseria.

En el momento en que Rodach y el caballero pasaban la puerta de las oficinas, Klaus acababa de repetir á la madre Reignauld por la vigésima vez, que ninguna esperanza debia tener de ver al caballero.

La anciana no respondia y permanecia como abrumada por la desesperacion.

Klaus empezaba á creer que tenia intencion de quedarse á dormir en la antecámara.

La pobre muger habia visto muchas veces durante las largas horas que esperára, abrirse la puerta de las oficinas y aparecer personas desconocidas. A cada prueba decia. «Si el primero que salga no es él, me retiro.

La primera persona pasaba sin mirarla siquiera; no era el caballero Reignauld, y con todo la pobre Reignauld esperaba siempre.

Pareciale que al salir de aquella casa aban-

donaba su última esperanza. Esperábale fuera una vergüenza inevitable y en seguida la agonía entre los muros de una cárcel.

Aun esta vez al abrirse la puerta, levantó los ojos fatigados de llorar, creyó soñar; cuanta sangre le quedaba vino á colorear sus mejillas; levantóse y un grito de alegria se escapó de su pecho.

Reignauld y M. de Rodach volvieron al mismo tiempo la cabeza, vieron á la anciana que les tendia sus temblorosos brazos y parecia fuera de sí.

El rostro de Reignauld se puso morado, detúvose como si una serpiente se hubiera interpuesto en su camino.

Rodach habia reconocido á la anciana por su compañera de antesala, y nada mas; pero cuando volvió la vista al caballero, no pudo ocultársele su turbacion.

¿Quién podia causarla sino la pobre anciana? Rodach la examinó de nuevo con mas atencion.

No podia llegar aun á conocerla á pesar de fatigar para ello á su memoria, pero seguro de haber visto á aquella muger en alguna parte.

Notó su actitud humilde y suplicante, y la profunda emocion de su ajado semblante: decididamente aquella cara le era conocida.

La muger contemplaba al caballero con ojos humedecidos.

Este permanecia inmóvil, con la vista fija en el suelo como si se le presentase la cabeza de Medusa.

Las miradas de Rodach se dirigian del caballero á la muger, y de esta á aquel; asomábase á su imaginacion una idea, pero aun no la comprendia.

Klaus se habia detenido al otro estremo de la antecámara; y hacia grandes esfuerzos para conservar su aire impasible y grave. Miraba desde lejos aquella escena muda con ojos desencajados y se preguntaba, qué podia haber de comun entre el caballero de Reignauld, tan orgulloso, tan rico, tan insolente y aquella desgraciada vieja que un momento antes no se atrevia á dirigirle á él la palabra.

Mad. Rignauld para él, era una mendiga, con su aire humilde y sus viejos vestidos ¿cómo esplicar el efecto estraño que produjo su vista sobre uno de los socios de la poderosa casa de Geldber?

Porque era indudable que no habiendo mas que tres personas, la anciana era la que asi petrificaba al caballero Reignauld.

Por mas que Klaus reflexionaba no se le presentaba ninguna solucion. Habia para él, en aquel suceso, un misterio inesplicable, permanecia inmóvil, con los brazos caidos y los ojos espantados.

A medida que se prolongaban el silencio y

la inmovilidad, el malestar de Reignauld era mas visible: agitábanse convulsivamente sus pálidos labios, y su frente arrugada de pronto cambiaba de color á cada instante.

Apoyábase la anciana con una mano en la pared y con la otra contenia su agitado pecho, débil en demasia para soportar emociones tan grandes como las que sentia su corazon: el peso de su cuerpo plegaba sus rodillas, y las lágrimas formaban dos surcos en sus megillas.

Entreabriéronse finalmente sus labios y murmuró en débil voz un nombre.

El baron de Rodach que estaba con cuidado lo oyó, y todas sus dudas cesaron.

El caballero quiso hacer como que no lo habia oido, pero aumentóse su angustia y varias gotas de sudor frio cayeron por bajo de su peluca.

Sostúvose la anciana durante un segundo: arrancose despues de su pecho un profundo y desgarrador quejido, tembló y cayó como una masa inerte sobre una banqueta..

Rodach se lanzó á su socorro y la sostuvo un rato en sus brazos.

Reignauld no se movió.

Cuando la anciana recobró algunas fuerzas se le acercó al oido Rodach.

—Sois, le dijo muy bajo, Mad. Reignauld?

Ella hizo una seña afimativa.

¡Pobre madre! murmuró el baron cuya

mirada enternecida indicaba la piedad.

—Caballero, dijo él en alta voz volviendo en medio de la antecámara, no os permitiré que me acompañeis mas lejos: teneis ahí á una pobre señora que quiere hablaros en particular. Os dejo con ella.

Levantáronse los párpados de Reignauld para lanzar al baron una penetrante mirada.

Parecia querer adivinar el sentido oculto de sus palabras, pero la cara de M. de Rodach estaba como la hemos visto desde su entrada en la casa, tranquila y séria.

=Conozco á esa buena señora, prosiguió saludando para despedirse, es una tendera del Temple llamada Mad. Reignauld, mas infeliz de lo que puedo deciros, y si mi recomendacion para vos vale algo, os ruego no la despidais sin oirla.

—Ciertamente señor baron, balbuceó Reignauld, que no sabia lo que decia.

El baron estaba ya junto á la puerta, hizo una señal con la cabeza á Klaus, y desapareció.

Llegado al corredor que formaba como una antecámara, permaneció pensativo un instantante escuchando lo que pasaba á su espalda.

=Se habia levantado altiva su frente: runcia las cejas y los contornos de su boca indicaban el mas soberano desden.

Reinaba el silencio en el cuarto de donde acababa de salir; esperó aun algun tiem-

po distraido y preocupado levantó el pestillo de una puerta que estaba inmediata.

Creyó que el vestibulo estaba despues de aquel cuarto y lo atravesó sin mirar los objetos que le rodeaban.

Encontrose con otra puerta, abrió tambien y salió á un corredor estrecho, que creyó comunicaria con el patio.

El corredor le condujo derecho á una puerto de cristales, cubierta anteriormente con cortinas de seda.

Detras de ella, oyó la voz de dos mugeres que hablaban y creyó oir su nombre entre las palabras que pronunciaban.

CAPITULO VII.

¡Pobre Madre!

EL caballero de Reignauld permaneció inmóvil y como atoloudrado despues de la salida de Rodach; las últimas palabras pronunciadas por el baron habian llevado al colono su ansiedad. «Yo conozco á esa muger.» Habia dicho.

¿Era verdad? ¿Podia serlo? Rodach era un personage estraordinario y era preciso temerlo todo de él.

Habian pasado apenas algunas horas desde que puso los pies en la casa de Geldberg; habiasele visto salir por decirlo así, de debajo de la tierra, y ya ejercia sobre

los tres asociados una autoridad casi absoluta.

Todo lo sabia, los sucesos del dia anterior como las cosas pasadas hacia ya muchos años. Habia desenterrado muertos que yacian sepultados mas de veinte años atras.

Pero entre todos los vacios que el caballero de Reignauld hubiera querido dejar en la historia de su vida, uno era el principal; hubiera dado de buena gana dinero y aun quizá otros secretos por ocultar cierto misterio que tenia relacion con la pobre muger hambrienta que estaba allí, postrada bajo el peso de su dolor en un rincon de la antecámara.

Su confesion general, hubiera sido larga y fastidiosa. Habia en la relacion de sus acciones desde la juventud, cosas bastante vergonzosas para enrojecer á un hombre de bronce, pero niguna cosa le hubiese costado tanto trabajo como la confesion de su bajo nacimiento.

Lo que le preocupaba no era la idea de una falta ó un crímen, no habia en su angustia ni remordimiento ni pudor, solo sufrian en el interior de aquella alma corrompida, en el cargullo pueril y la vanidad ajada.

Pero sufria cruelmente y por la primera vez hacia ya muchos años, sentia latir su corazon dentro del pecho.

El baron, aquel hombre que parecia dotado de espíritu profético, ¿habria adivinado el supremo misterio de su conciencia?..

Permanecia en el mismo sitio, embarazado, irresoluto, sin tener valor para hacer frente á la situacion y sin atreverse á huir.

Klaus conocia vagamente lo delicado de su posicion de testigo, en aquella circunstancia, incómoda para su amo, volvia la cabeza con aire espantado, y hubiera dado de buena gana un mes de salario por hallarse trasportado como por mágia á la otra estremidad de Paris.

La anciana tendera del Temple nada veia de todo aquello: fijaba en el caballero Reignauld una mirada en la que se veia á la vez una ternura sin límites y un agudo dolor.

Habíase apercibido de la ausencia del baron, en cuanto se habia dicho.

—Ahora está por fin solo, y quizás se acerque á mí.

Y en el fondo de su angustiado corazon habia renacido una ligera esperanza. Débil, muy débil; pero los viajeros nos han contado con entusiasmo las delicias de una gota de agua, hallada despues de la angustiosa sed que se padece en el desierto...

Para los que han sufrido largo tiempo la esperanza, obra aun en pequeñas dosis: el desgraciado acostumbrado á la oscuridadde

su calabozo, toma la pálida luz del crespúsculo por un brillante sol.

La tendera del Temple esperaba, y las lágrimas se secaban en sus ojos.

Esperó mucho tiempo. Durante aquellos minutos de silencio, un mundo entero de recuerdos se presentaba á su memoria.

Veíase jóven y robusta, conduciendo por la mano un niño rubio que le sonreia. El chico era travieso y parecia inclinado al mal. ¿Pero qué madre cree en esos funestos pronósticos?

Veia al niño crecer y dominar á sus camaradas en sus juegos de la plaza de la Rotonda, veíale partir un dia para el colegio y ¡cuán orgullosa estaba! Era el primer Reignauld que ponia los pies en el colegio!

¿Qué no decian en las tiendas inmediatas á la suya? El pequeño Santiago sabia ya demasiado y no tenia necesidad de aprender mas... pero los celos hacen murmurar.....

Dios mio! cuál se burlaba en aquel tiempo de las maliciosas predicaciones de la envidia! El niño se corregirá, es preciso que la juventud pase..... el que á los doce años es parado, á los treinta es imbécil....

Pasóse la niñéz. Santiago era un jóven lindo, rizábase el pelo y apretábase lo posible el talle; era el *Lion* del Temple. No aprendió gran cosa en el colegio, pero trabó amistad con camaradas mas ricos que él, y el

padre Reignauld hallaba de vez en cuando su *déficit* en la caja.

Llegaron los dias de la desgracia. La pobre madre veia al jóven indócil entrar en la casa paterna despues de la orgia y oponer la insolencia burlona á las reflexiones paternales del anciano Reignauld que tanto le queria.

Creia oir aun los consuelos de sus vecinas que le decian: «No es porque no os advirtieron en tiempo mamá Reignaul! Bien os habiamos dicho que no os faltarian disgustos con ese hijo!...

=¡Cuán vivos se presentaban á su alma estos recuerdos!....

Seguíase el primer golpe dado por el mal hijo al corazon de la madre; la huida de Santiago con todo el metálico de la casa: la enfermedad y la muerte de Reignauld padre y desde entonces la desgracia y siempre la desgracia!...

Y aquel hijo que tan cruelmente la habia maltratado, aquel hijo que habia sido para ella y su familia una maldicion viva, le veia, volvia á presentársele despues de una ausencia de veinte años!

Veinte años de miseria! veinte años de trabajos, que eran obra suya!...

Y su pobre corazon de madre se lanzaba aun hácia él ardientemente; aun le amaba tanto mas quizá, que en los ya lejanos dias

en que era feliz.

El niño se habia hecho hombre y casi anciano, y solo la vista penetrante de una madre pudiera haberle reconocido, pero al través del presente, las madres ven lo pasado.

Bajo aquel abultado talle, la anciana veia el esbelto adolescente, cuyos pasos habia seguido tantas veces con alegre mirada; tras sus facciones arrugadas, veia los sonrosados y los mofletes de sus diez y ocho años.

Era su Santiago, su hijo preferido, el mas querido de todos sus amores!

Pensaba asi, su alma se despertaba rejuvenecida, su larga miseria le parecia un sueño triste y mentiroso.

A los pocos minutos desapareció para ella la realidad: una dulce ilusion la hizo caer en una especie de éstasis.

Juntáronse sus manos, anegáronse sus ojos y sin saberlo dijo con dulzura:

=Santiago! Santiago! pobre hijo mio!....

Eran las primeras palabras que pronunciaba. El caballero se estremeció como con el repentino choque de una descarga eléctrica.

Su vista erró tímida y cautelosa al rededor de la antecámara; fijóse por fin en Klaus que hacia como que nada veia ni oia.

—Idos, dijo con voz ahogada.

Hablaba tan bajo, que Klaus no le comprendió.

Su lívido rostro se puso color de púrpura.

—Me entendeis? añadió cerrando los puños con rabia... Idos... Idos...

Klaus espantado huyó sin atreverse á mirar atrás.

Como si el caballero no hubiese esperado mas que aquel instante se dirigió con penoso paso á la puerta de las oficinas, pero no pudo llegar hasta ella y se vió obligado á dejarse caer sobre una banqueta.

Estaban arrugadas sus cejas y una cólera impotente contractaba su labio superior: como si sus párpados bajos no fuesen suficientes para ocultar sus ojos, puso delante de ellos su mano.

La madre de Reignauld habia envegecido mucho. La edad y la miseria reunidas habian debilitado sus facultades: la emocion demasiado fuerte, produjo un estado de delirio tranquilo y dulce.

Tuvo la mirada inquieta de una madre que sorprende en un hijo querido el primer síntoma del sufrimiento, y una tierna sonrisa erró en sus descoloridos lábios.

—Pobre Santiago!.... murmuró aun.

Y haciendo revivir la ilusion, sus recuerdos de veinte años, no vió en el caballero de Reignauld mas que al jóven del Temple, que ocultaba el rostro en sus manos y á quien era preciso consolar.

Levantóse sin ruido, temblaban sus piernas, pero no lo sentia.

Dejóse ir apoyándose en la pared, por junto á la banqueta y llegó hasta el caballero.

Este daba tormento á su imaginacion, buscando un medio de concluir con una escena que le molestaba, pero no le hallaba.

Impidióle su preocupacion al oir los lentos pasos de la anciana que se acercaba y que se sentó en la banqueta inmediata á él.

Contemplábale ávidamente acercándosele cada vez mas insensiblemente y como si una mano oculta le atrajese Cuando estuvo enteramente junto abriéronse sus brazos para tocarle, pero no se atrevió aun.

Durante dos ó tres segundos permaneció con los brazos estendidos, las manos abiertas á dos pulgadas de distancia de las espaldas de Reignauld, inmóvil, muda, y reteniendo su aliento.

Al cabo su pecho descarnado hizo levantar el husado trage y sus ojos se llenaron de lágrimas.

=Santiago! dijo.... mi querido Santiago... tú sufres.

Reignauld retrocedió espantado.

Sus grandes ojos descencajados espresaban el terror y casi la demencia.

—Mucho tiempo hay que no te he visto tan de cerca, continuó diciendo la anciana, pero bien hubieras podido cambiar aun mas, y con todo yo te hubiera reconocido siempre... mi Santiago!..... mi hijo querido!.... si pu-

dieras saber cuanto te amo!....

Reignauld la miraba deslumbrado, fascinado, pero no respondia.

La anciana pasó la mano sobre su frente.

—Hé olvidado á lo que habia venido, dijo hablando consigo misma. Oh! Santiago! ¡cuán bueno es Dios! pues que me ha permitido volver á verte, está cerca de tí!... y hablarte, hijo mio, como en el tiempo en que me llamabas tu madre.

Miraba á Reignauld, pero diríase que no le veia tal cual lo tenia delante, habia un engañoso velo entre ella y la realidad. El desnaturalizado espanto del caballero, su repugnancia y aquella angustia que habia puesto lívido su rostro, pasaban desapercibidas para la pobre muger, ó al menos la fiebre de su emocion trasformaba todo esto. Lo que veia no era el presente triste, la verdad cruel, sino sus antiguas esperanzas que tomaban una forma, y sus recuerdos que se presentaban.

—Santiago, continuó diciendo la anciana, muchas veces he llegado á la puerta de tu casa. Miraba al patio en el que habia magníficos carruages con brillantes caballos..... Todo aquello es tuyo, hijo?... Miraba á las ventanas en las que habia colgaduras bordadas de terciopelo y seda. En nuestra casa, Santiago, en el cuarto en que tú naciste, jamás ha habido seda ni terciopelo, pero, tú

debes acordarte, nuestras cortinas eran de percal bien blanco. El percal se ha usado, pobre hijo mio! y la arpillera con lo que lo he reemplazado tiene suficientes agugeros para dejar ver nuestra vacía habitacion. Me he dicho siempre á mi misma. «Si Santiago supiese esto vendria á casa de su padre á llorar con nosotros y socorrernos; pero no me atrevia á entrar aqui, temia avergonzarte... Cuando miraba los magníficos vestidos de tus criados, perdia mi valor y me consideraba demasiado miserable para llegarme á ellos.

Reignauld dió un profundo suspiro, estaba sufriendo el mayor tormento.

--Otras veces, prosiguió la anciana, iba á esperarte á la calle. Sé los sitios por donde pasas, y muchas veces tu mirada distraida se ha fijado en mí, que me ocultaba vergonzosa entre la multitud. Parecíame siempre que ibas á reconocerme, mi corazon latia, y mis ojos que tanto han llorado, hallaban aun nuevas lágrimas!

Sonreíase como hacen las personas felices al contar sus desgracias pasadas; parecia que habian concluido sus sufrimientos y que era dichosa al recordar sus miserias.

La fisonomía de Reignauld cambiaba lentamente, desaparecia su turbacion, dando lugar á la impaciencia y á la cólera.

De sus apretados labios no habia salido aun una palabra.

La anciana no quitaba de él sus ojos; y estos no veian quizá en él mas que un hijo amoroso á quien la emocion y el arrepentimiento tenian silencioso.

Hacia treinta anos que sufria: sus facultades, debilitadas y como muertas, renacian con una especie de tranquila demencia, y soñaba despierta.

Durante treinta años sus noches de insomnio, le habian presentado aquella vision dichosa que enjugaba sus lágrimas y le proporcionaba el paraiso en medio del martirio.

Durante treinta años, su insomnio le habia mostrado á su hijo, que era todo sus pensamientos. ¡Habia rogado tanto á Dios! Dios le debia aquella implorada alegría, y se creia feliz.

Pero en medio de su imaginada dicha, presentósele una idea sombría; oscurecióse su frente y bajó sus ojos.

—Oh! Santiago, dijo con enronquecida voz, ¡cuántos dias en treinta años! y ninguno he dejado de pronunciar tu nombre en mis oraciones. Mucho mal nos has hecho, hijo, pero tu padre te perdonó en su lecho de muerte y yo te habia perdonado antes que tu padre. Tus hermanos, tus hermanas, cuanto amábamos ha desaparecido. El nombre de Reignauld está escrito en muchas cruces en el cementerio! Pero si no has venido á compadecernos y consolarnos, mi hijo, no ha sido po

perversidad de corazon..., oh! no.... tú no lo sabias.

Reignauld volvió la cabeza y tomó un aire de resignacion que mostraba al mismo tiempo el colmo del despecho.

—No! no! continuó la anciana, cuya frente se ponia cada vez mas triste, no es esto lo que mas mal me ha hecho. Hay muchos alemanes en el Temple, y yo sabia que tú habiais vivido en Alemania; pasaba mis dias en informarme, en buscar. Y si supieras todo lo que me han dicho, pobre hijo mio.

El caballero fijó su atencion y escuchó con interés. Hacia algun tiempo que buscaba un espediente para salir del paso. No podemos decir si la presencia de su madre le habia dejado libre de toda emocion, pero si la habia, no tenia relacion con ella; la pintura de los sufrimientos de su familia le mortificaba sin enternecerse.

Era insensible; lo que para otros hubiera sido un atroz suplicio, para él no era mas que un castigo ordinario, una teja, como dicen, que le caia sobre la cabeza.

Pero temia y deseaba salir del paso á toda costa. Las últimas palabras de Mad. Reignauld dieron treguas á su imaginacion y escuchó.

=Creí durante mucho tiempo, que eray en lumnias, volvió á continuar la anciana, ocurro aun ahora que te veo, hijo mio'...

Las personas que venian de Alemania me decian que habias ganado tu fortuna por medios criminales... Dios mio! cuántas veces os he ofrecido mi vida para espiar las faltas de mi hijo!... Me decian que habias hecho parte de una asociacion de asesinos, y que tu oro te habia costado sangre!

Temblaron los párpados del caballero y se encogió de hombros.

—No es verdad, no es verdad; gritó la vendedora del Temple, en un impulso de apasionada ternura..... no has manchado el nombre de tu pobre padre, y jamás has robado mas que á nosotros...

Aquella palabra tan punzante no era una reconvencion en boca de Mad. Reignauld porque añadió en seguida.

—No, hijo mio, tú podias tomarnos á nosotros todo lo que quisieras, porque cuanto teniamos era tuyo: han mentido los que te acusaban, y siento las lágrimas que he derramado. ¿No sé ciertamente que estaban celosos de ti? Tú eras mas sábio y mas hermoso que ellos! No podian perdonarte esto, mi pobre Santiago, y venian á decirme que eras un malvado!

Callóse, su imaginacion dió nuevo giro á sus ideas; en lugar de las acusaciones homicidas de que habia hablado al principio, pen-

saba en lo que de su hijo le decian en el Temple.

Reignauld esperaba que se esplicase mas para saber con certeza lo que debia temer.

Pero el cerebro debilitado de la anciana no podia seguir una idea fija.

Reignauld pensaba en el medio de libertarse de ella.

En semejantes ocasiones solo existe uno para salir del paso: la imaginacion mas fértil no podria hallar otro: pero antes de descender á aquella infamia, Reignauld por viciado y miserable que tuviese el corazon, dudaba y reflecsionaba.

Desde que sus ojos se habian alzado poco ha sobre la anciana para comprenderla mejor, y saber lo que de él se hablaba, habia sentido un no se qué en el fondo de su alma... sentia una fibra ligeramente contraida en lo recóndito del corazon.

Aquella pobre muger de marchitas facciones, y de faz dolorida, era su madre. Tal vez no habia pensado en ella dos veces en su vida; pero por viciado y perdido que se halle el sentimiento del hombre, no es posible que vea impunente aquella frente maternal que se inclinó sobre su cuna... aquel rostro amigo que vió sonreir el primero: aquella mirada tierna que contestó á su primitiva mirada.

Reignauld sintió como un vago recuerdo de su niñéz, su helada naturaleza se conmovió. Llegó á pronunciar dentro de sí mismo esa palabra *madre*, de la cual se acuerda el hombre aun despues de haber olvidado el nombre de Dios.

Le ocurrió la idea de hacer alguna caridad en obsequio de aquella desgraciada mujer, cuya vejéz habia hecho él tan dolorosa. ¿Qué le importaba un puñado de oro mas ó menos? Reignauld estaba bastante conmovido, y era capaz de arrojar á su madre una veintena de luises!...

Si su madre hubiera querido alejarse al instante y prometido no volver nunca, aun hubiera sido capaz de sacrificar mayor suma.

Poco duró aquella desusada ternura: aquel pensamiento murió al nacer: algunos minutos despues, el *noble caballero*, se hubiera admirado con sinceridad de haberle concebido.

Entre tanto la vieja tendera sentia surgir las ideas en su cerebro, y se esforzaba en volver á anudar el hilo de su truncado discurso.

—Ah!... eso es!... murmuró como si hubiera conseguido su objeto: estaba diciéndote que tus criados me amedrentran, y que no me habia atrevido hasta ahora á traspa-

sar el umbral de tu puerta; pero yo ignoro qué razon me ha dado fuerzas para llegar hasta aqui. Dios mio!... soy tan vieja!... mi memoria se oscurece entre tinieblas densas!... Yo sabia la razon hace poco; pero ahora la he olvidado!...

Sus miradas vagaron un instante por el espacio; despues su reanimada frente se cubrió de una palidéz mortal.

—Santiago!... Oh! .. Santiago!... dijo repentinamente con el acento desgarrador del que implora misericordia: ya lo recuerdo!... Hijo de mi alma!... Quieren llevarme á la cárcel!.:. á la càrcel... Oh!... este suceso causaria la muerte de tu madre!... una muerte horrible!... Si, si: ya recuerdo: he venido á pedirte que salves la vida de tu madre!

No se contrajo un solo músculo del rostro de Reignauld.

La anciana se deslizó á lo largo de la banqueta á fin de acercarse á él todavia mas: tenia los ojos preñados de lágrimas; pero sonreia llena de felicidad!... Hasta tal punto su ilusion le acercaba la esperanza!...

CAPITULO VIII.

Dos hermanas.

Reignauld se habia ido retirando por grados hasta tocar en la pared sobre la cual estaba reclinado.

Comenzaba á sombrear el dia, y su oscuridad creciente robustecia la ilusion de la anciana Reignauld. Aquella no tenia á la verdad necesidad de ayuda: á la luz del sol

hubiera estado tan fascinada como entonces la desdichada tendera.

La pobre madre era el juguete de un verdadero sueño: para despertarla seria necesario el golpe de una maza de bronce.

Reignauld apurado hasta en sus últimas trincheras hubiera dado sin duda aquel golpe rudo que debia producir para su madre una terrible realidad; mas habia guardado silencio durante tan largo espacio y vacilaba en tomar la palabra.

Bien deseaba hacer mal: pero en frente del enemigo era cobarde siempre.

—La desgracia me ha impelido hasta aqui, Santiago: he venido á pedirte favor : pero aunque me hallo en tal estado de decrepitud y de miseria, Dios me es testigo de que no se funda en mí sola la razon porque te imploro..... Han muerto todas tus hermanas y todos tus hermanos tambien; solo queda conmigo la pobre Victoria, viuda de mi buen José, y Victoria tiene dos hijos... Oh Santiago!... hoy no tienen pan, mi desgracia está pesando sobre ellos... Hijo mio!... sé su salvador!... yo moriré feliz!...

La madre habia adelantado poco á poco hasta tocar à su hijo.

—Escucha!... repuso con una sonrisa: ahora que recuerdo ya estoy libre de todo pe-

ligro... nada temo: tú sin saberlo era quien me perseguia tan cruelmente, Santiago... tú, pobre hijo mio, representado por el tabernero de la Giraf a! .. Pero este ignoraba que eras mi hijo ¿qué mucho que no hubiera tenido compasion de mi!. . Hoy es el dia en que irán los corchetes á prenderme para conducirme á la cárcel; pero tú, Santiago mio, puedes evitarlo pronunciando una palabra, y la pronunciarás!... Qué alegria!... Qué afortunada soy al serte deudora de mis últimos dias de descanso!...

Reignauld continuaba haciendo esfuerzos impotentes por incrustarse mas y mas en la pared.

En aquel momento de profunda emocion la anciana abrió en sus brazos y quiso estrechar á su hijo contra su corazon.

Santiago Reignauld se enderezó sobre sus piernas como si le hubieran tocado un vigoroso resorte: quedóse en pie frio como un mármol á algunos pasos de la pobre madre, y evitó por este medio sus caricias y su amoroso contacto.

—Señora, le dijo por fin en voz baja, pero sin aparente confusion: no os comprendo: ignoro lo que quereis decir: yo no os conozco.

Mad. Reignauld no entendió al pronto el

sentido de aquellas palabras; hasta tal punto dominaba su espíritu, su vana y quimérica ilusion!

—Es su voz!... murmuró juntando las manos en el mayor delirio: no me habiais hablado aun, Santiago? Oh!... cuán bien reconozco tu voz!... como se agita mi corazon!... Gracias Dios mio!... He oido la voz de mi hijo!. . Gracias.... gracias.....

Reignauld descargó en el suelo un golpe de impaciencia: á pesar de su perversidad inmensa, sentia latir su corazon: este le henchia de cólera: queria ser infame.

—Repito que no os conozco, esclamó: me oís bien?... No os conozco: yo soy el caballero de Reignauld natural de Viena: todo cuanto acabais de decir es una demencia ó una impostora!

La anciana permaneció muda durante algunos segundos: hacia desesperados esfuerzos por permanecer ciega y no comprender; pero su agonia fué mas vigorosa que su voluntad.

—Demencia.... repitió lentamente: impostura!... Dios mio!... Dios mio!.. Ah!... vos me habiais ya inspirado este temor... y no he querido escucharos!. . No os he querido comprender! Impostura!... Mi hijo reniega de su madre que llega á implorarle la vida!....

Reignauld no pudo menos de sentir un es-

tremecimiento que circuló por todo su cuerpo: era como la vibracion de aquellas palabras de anatema!... era como la maldicion misteriosa que comenzaba á apoderarse de él! Empero continuó frio y obstinado en su cobarde crueldad.

Mad. Reignauld temblaba: su oprimido pecho exhalaba desgarradores quejidos.

La desventurada anciana tenia aun esperanza.

Dejóse caer de rodillas.

—Escucha! dijo con voz perceptible apenas: Dios te está oyendo!.... arrepiéntete.... Dios tendrá misericordia!.. Hijo mio, por compasion hácia tí... arrepiéntete!....

Reignauld no contestó: la anciana fué arrastrándose hácia él sollozando.

El *noble caballero* retrocedia al paso que avanzaba su madre: despues de dos instantes llegó á tomar la puerta de las oficinas.

Puso la mano en el picaporte; pero dudó antes de abrir.

—Hijo mio!... hijo mio!... murmuró la pobre madre en un supremo quejido.

Reignauld habia fruncido las cejas, todas sus facciones estaban contractadás convulsivamente...

Se realizaria algun combate dentro de su alma?

Al cabo de un segundo acudió á conmover sus lábios una sonrisa insípida y cruel.

—No os conozco, repitió por tercera vez.

Entonces la puerta abierta con violencia volvió á cerrarse despues de haberle franqueado el paso.

Mad. Reignauld estaba sola.

Levantóse enérgicamente, llegó á la puerta de salida con seguro paso; y atravesó sin vacilar por la primer antecàmara y por el patio.

Pero aquel vigor ficticio se desvaneció repentinamente al llegar á la calle, y cayó como exánime contra uno de los guardacantones fijos en la puerta de la casa.

Abrióse su boca lívida: no fué para maldecir.

—Dios mio!... murmuró exhalando el resto de su fuerza: castigadme... y compadeceos de él...

. . . . . .

Habia en la casa de Geldberg un hermoso y grande jardin cuyas paredes daban á la calle de Astorg, y al estrecho pasage de la calle de Anjou, el tercer lado confinaba con otros jardines.

En la parte que habia un invernáculo magnífico y al lado de este un kiosko del que hemos hablado antes y que en otro tiempo

sirvió para ocultar las faltas de una linda duquesa. La otra parte del invernáculo daba á la casa ó al menos confinaba con uno de los dos pabellones de la espalda.

El piso bajo del pabellon servia de gabinete á Lia de Geldberg, quien los frios dias del invierno se paseaba en el templado invernáculo, lleno de las flores que mas amaba.

El del segundo formaba un salon encantador en el que comunmente estaban las dos hijas del viejo Moisés cuando se hallaban en casa.

Los asociados de Geldberg, M. de Laurens y aun el viejo judio, venian á buscarlas en él, pocos momentos antes de comer y de alli salian para la mesa.

M. y Mad. de Laurens, la condesa de Lampion, el doctor y Reignauld, rara vez faltaban á la comida de la familia: era esta una de las mil costumbres patriarcales, que daban desde lejos tan buena idea de la casa de Geldberg.

En frente del kiosko, de célebre memoria, que daba al pasage de Anjou, elevábase otro falso por causa de conservar la simetría.

Era casi imposible verlo desde la casa porque el jardin de Geldberg no era uno de esos parados adornos de césped á los que

dan sombra cinco ó seis acacias y que los parisienses llaman sitios *deliciosos*: uno de esos agugeros enfermizos en que palidecen las lilas, se marchita la rosa y la viña no produce; uno de esos paraisos protegidos contra los rayos del sol por cinco ó seis pisos, en los que todo escasea menos las hormigas y las arañas.

Era un buen jardin con anchas calles y hermosos árboles, que podia compararse á un parque.

Estaban reunidas en el pabellon de la derecha M. Mad. de Laurens y la condesa Ester: esta en traje de mañana recostada negligentemente en una otomana, calentaba sus pies y levantaba el brazo de vez en cuando para aspirar el delicioso perfume en un ramillete de violetas de Parma; estaba pálida y á sus lánguidos ojos le rodeaban grandes ojeras azuladas, el placer de una noche de locura habia dejado trazas visibles en su hermoso rostro. Sara por el contrario, tan serena como de costumbre, parecia haber pasado la noche en un tranquilo sueño.

Para cualquiera que estuviese iniciado en los deliciosos misterios del baile Favart y del café inglès, esto hubiera sido un milagro. El cansancio habia sido el mismo; habian participado igualmente de la orgia, y ambas se

habian divertido locamente, no reculando ante ningun esfuerzo y curándose el cansancio del baile con el Champagne y el desayuno.

La una era fuerte, en su talle aventajaba el vigor á la perfeccion y sus formas anunciaban la juventud mas robusta.

La otra era débil, y toda su persona presentaba un modelo de gracia, pero débil, parecia incapaz del menor esfuerzo, que un soplo debia derribarla, un esceso concluir con ella.

Y la mas fuerte era la que sucumbia. La pequeña se veia mas dispuesta, mas viva que antes: su talle no habia perdido nada en elasticidad, sus ojos brillaban, su tez estaba tersa y su fisonomía espresaba la dicha mas completa.

Hay naturalezas que pasan al través de los placeres como la Salamandra por entre las llamas; los goces los vivifican y acuden á respirar el aire de la orgia nocturna, como el enfermo en los dias de primavera la brisa de los campos en flor.

Ester habia llegado la primera, veíase aun junto á ella encima de la chimenea, un libro abierto, que habia intentado recorrer.

Era una novela, un estudio sobre las mugeres, una de esas muchas obras que se ponen sobre la mesa y no se leen.

La pequeña tenia un lente de teatro que no era para ella un mueble enteramente inútil: dos ó tres veces desde su llegada se habia levantado para mirar con él por las ventanas del pabellon de la izquierda donde estaba su jóven hermana Lia.

En aquel instante habia vuelto á ocupar su sitio junto á la chimenea, y ella era la que hablaba.

—Sois enteramente una niña, Ester, decia con tono de desprecio, de todo teneis miedo, y con buenas ganas de gozar de la vida, permaneceis en un rincon como una monja.

—El baile de ayer es una prueba, murmuró la condesa sonriéndose.

La pequeña se encogió de hombros.

—Hé aqui una gran cosa, el baile de ayer... se diria que habeis levantado una montaña.

—No sè lo que hecho, respondió Ester, cuya cara se oscureció de repente, pero estoy cierta que he cometido una imprudencia... Si él me hubiese conocido, Sara!

Esta se echó á reir.

—Dios mio! mucho trabajo me costará educaros, hermana mia, dijo: teneis miedo de vuestra sombra, y os parece que todas las miradas se fijan en vos desde que abandonais el rincon de la chimenea. Sois viuda y na-

die tiene derecho de pediros cuenta de vuestras acciones. Qué hariais si estuviéseis en mi caso?

—Eso es segun, respondió la condesa.

—Ciertamente se entiende, que no amariais á vuestro marido.

—Si me caso con Julian, le amaré, hermana mia.

—Algun tiempo, no digo que no; pero por eso mismo debeis divertiros antes.

—Pero por qué... si debo ser dichosa?

—Ay!... querida mia, la dicha es tan fastidiosa.... Amarse, decirselo, mirarse, tener siempre delante el mismo objeto, no desear jamas nada, y hallar la felicidad fija... No sé, pero me parece que esa vida me mataria de repente.

—Ester se sonrió aun.

—De qué modo lo compones todo Sara, solo amas la fruta prohibida, y como buena hermana quisiérais dividirla conmigo.

—Es la verdad, respondió, tú eres hermosa mi pobre Ester: eres jóven y te fastidias... Quisiera que cobrases gusto á la vida porque te amo... Quisiera darte la mitad de mis placeres, y hacerte tan dichosa que me digeses algun dia... Gracias Pequeña, nada conocia, tú eres la que me has enseñado lo que es la vida.

Su voz era insinuante y su mirada tentadora tenia mas olocuencia aun que sus palabras.

Ester habia tenido mucho tiempo la virtud negativa de las mujeres perezosas: en lo mas íntimo de su corazon era mas bien buena que mala; lo que generalmente atrae á las mujeres tenia poca fuerza para ella, porque su misma indolencia era una salvaguardia y una égida. Con todo, el fuego de la juventud estaba en ella oculto pero no apagado: habia tras de aquella negligencia, una sensualidad robusta: una vez quebrantada la cubierta aparecia la llama; lanzábase ardiente á los placeres entregándose á la voluptuosidad de frenesi.

Sara era la que hasta entonces se habia encargado de quebrantar la cubierta, y cuanto de malo habia hecho Ester en su vida, podia con razon atribuirsele.

La propaganda es una necesidad de toda alma corrompida. Sara, bella y graciosa pecadora, queria inocular en el pecado á cuanto la rodeaba; gozaba en arrastrar á los demás en su caida, su dicha era estender á su alrededor su perversidad contagiosa y hacer prosélitos en la religion del mal.

Sara habia sucumbido desde la infancia: en sus primeros años un aliento impuro mar-

chitó su corazon adolescente: habíanle enseñado á negar á Dios y burlarse de la voz de su conciencia. Era atea como su maestro el doctor Mira, é impía y friamente atrevida como él era tambien.

Pero era muger, y en el mal como en el bien la muger avanza mas que el hombre. Sara habia dejado atrás á su maestro.

Sobre aquellos á quien generalmente se ama mas, era sobre los que ejercia su imperio malhadado. La hemos visto con su marido, y la vemos ahora con Esther, su compañera desde la niñéz: la vemos despues con Lia, la mas jóven de sus hermanas, cuya alma pura y fuerte habia rechazado su envenenado influjo.

Burlábase de todo, Frantz, el desgraciado jóven que por casualidad la vió un dia, y se dejó seducir por su admirable belleza; no le merecia mas compasion que su marido. Habíase entretenido durante algunas semanas con suspiros tiernos, seguidos de temeridades atolondradas: habia jugado con aquel amor nuevo, lleno de ardiente ignorancia y de cándida pasion: habíase sentado en seguida junto al confiado jóven que tenia un pié en el borde del abismo. Llegó la saciedad, y en lugar de detener á Frantz, se alegró.... Se alegró, aun antes de saber que Frantz poseia el secreto que podia perderla.

Y si el pié del jóven no hubiese resbala-

do demasiado pronto sobre el borde del precipicio, su blanca mano hubiera ayudado de buena gana á darle la muerte...

Pero ahora que Frantz sabia su vida misteriosa y su verdadero nombre, era una guerra declarada y le aborrecia de muerte: y si por casualidad la espada de Verdier no cumpiia con su deber, Frantz tenia de ora mas un enemigo mortal, mas encarnizado que los asesinos de Bluthaupt, y sobre todo mas peligroso.

Mas entonces Sara no pensaba en Frantz, al que creia bien muerto.

Estaba de buen humor; la cena de la víspera, sazonada á la vez por el peligro que corria su amante, y por la posicion en que se encontraba Esther con Julian, le daba dulces recuerdos.

Hacia mucho tiempo que no se habia divertido tanto.

Por otra parte Mr. de Laurens estaba peor, y aquella noche toda de placer para Sara le habia sido á él tan sensible como un año entero de sufrimientos.

Sara estaba de buen humor.

Nada sin embargo se traslucia de cuanto pasaba en su interior: al verla se la juzgaria viva, espiritual, fina, llena al mismo tiempo de gracia dotada de todas las buenas cualidades. Apenas podria sospecharse tenia algo de coqueta, y aun hablamos aqui de esa co-

queteria decente que si es un defecto á veces, otras muchas es una virtud y siempre un adorno.

—En cuanto á peligros, dijo, no conozco el miedo, cuando se teme se está ya medio perdida, pero ¿por qué temer? En nuestra posicion la sospecha es casi imposible. ¿Quién podria pensar que la condesa Esther, por egemplo?...

Detúvose sonriendo.

=Eso es lo que nos salva, continuó. Figúrate á una griseta comprometida con un obrero... este encuentra en el baile á una que le parece su amada... fuera de máscara!... Esas buenas gentes no gastan cumplimientos; pero hé aqui al vizconde Julian d'Audemer que se pasea contigo durante tres horas, que embroma, una y...

Esther palideció con este recuerdo.

=Que no te conoce! gritó Sara, con acento de triunfo: esto equivale á una demostracion en regla: la muger de un hombre acomodado, está menos espuesta que la griseta, menos que ella la muger de un notario, menos aun que esta una señora, pero ¡una gran señora! Bah! está segura.

—No siempre puede llevarse una careta y un dominó, empezó á decir Esther...

Sara se encogió de hombros y dijo.

=Vaya una razon! una careta y un dominó no ocultan mas que á las personas ordi-

narias.,... Por mi parte no conozco mejor disfraz que la prudencia sostenida por un bolsillo siempre lleno ¿me han descubierto jamás á mí?

=Y Frantz?

—Ha muerto.

—Otros quizá?

=Jamás, querida mia; tanto que me he visto obligada á alabarme de ello en presencia de mi marido para escitar una sospecha que yo queria tuviese.

Esther la miró asombrada.

—Compadécele, dijo Sara, soltando la carcajada. Hace diez años que es el marido mas dichoso de Paris. Esto es público y notorio. Y si él hubiera querido...

El acento de Sara cambió de repente, interrumpióse en medio de su empezada frase, y su mirada brillante hacia un momento se convirtió en pensativa.

Si hubiera sido posible leer las impresiones del corazon en aquella fisonomia que tan fácilmente tomaba todas las actitudes, se hubiera creido ver un movimiento inesperado de sensibilidad profunda.

Un nombre llegó á sus lábios pero no lo pronunció.

A veces en el interior de los corazones mas viciados, subsiste un sentimiento, como esas bellas columnas que permanecen aisladas entre las ruinas de un templo y señalan el sitio

en que se adoraba á Dios.

En el alma mas corrompida hay un lugar cuidadosamente guardado contra la infamia.

—Pero no lo ha querido! continuó con tono breve y seco; no podeis saber, hermana mia, lo que hay entre M. Laurens y yo.

Volvió de repente á recobrar su alegría.

—Y ademas, quien sabe? Quereis ser vizcondesa? pues ¿por qué no tendré yo deseos de ser marquesa?

—Mi marido ha muerto, dijo Esther.

—Todos somos mortales, respondió Sara, pero ¿sabeis, hermana mia, que no es esta una conversacion de lunes de carnaval? Queria hablaros solamente de diversiones, y caemos en los lutos. Dejemos un á lado á M. Laurens, y sus gritos de enfermo: os he llevado al baile de máscaras, ¿os habeis divertido?

—Oh! sí, respondió Esther muy bajo.

—Pues bien, tengo otra cosa que aun os divertirá mas. ¿Quereis que os lleve á mi casa de juego?

Esther bajó la cabeza y no respondió.

De todas las impresiones, la vergüenza es la que mas falsamente se aplica de buena voluntad. Segun las circunstancias nos abochornamos del bien como del mal. En compra de un ladron famoso, habrá hombre que se avergüence de no haber robado nunca.

En los presidios cuando un facineroso de fama cuenta sus proezas, se humillan é incli-

nan la cabeza los presidiarios de poco mas ó menos: aquellos hombres no han cometido bastantes crímenes para haber adquirido el derecho de levantar orgullosos la cabeza.

Esther con respecto á su hermana se hallaba en este caso.

Proponíale que se asociára á una falta, y la idea de rehusar le hacia abochornarse.

Sara esperó su respuesta durante algun tiempo é interin Esther con los ojos bajos y la duda pintada en el rostro continuaba reflecsionando: Sara la contemplaba disimuladamente.

No repetia su pregunta: su pupila brillante y medio oculta por sus largas pestañas negras lanzaba vivas y socarronas miradas.

Está al acecho, segura de su triunfo: en su sonrisa habia un sarcasmo victorioso y cruel.

Levantóse de repente y se dirigió á la ventana que daba al otro pabellon. Viendo que la condesa vacilaba. Sara conoció que su triunfo era seguro y no quiso comprometerlo por darse demasiada prisa.

Paróse en los cristales y miró con el lente al pabellon de la izquierda.

Esther viendo que no hablaba volvió la cabeza y le dijo:

—Qué cosa tan interesante hay en el jardin que asi os ocupa?

Sara parecia absorta en su contemplacion.

—Estais aun espiando á Lia? dijo Esther vol-

viendo sin saberlo á la conversacion que queria evitar. Apuesto á que la pobre muchacha no piensa en las locuras que nos ocupan....

Mad. de Laurens bajó el lente, hizo una señal con la mano señalando con aire sério á la ventana de Lia y dijo apoyándose fuertemente en cada sílaba.

—Y yo apuesto que piensa en algo peor.

CAPITULO IX.

Una lágrima y una sonrisa.

En las últimas palabras de Mad. de Laurens habia una acusacion formal contra su hermana menor; Esther la interrogó por medio de una mirada y viendo que Sara guardaba su silencio, se levantó y se dirijió á la ventana.

En aquel instante su curiosidad pudo mas que su pereza.

—Qué habeis visto? preguntó.

—Nada de nuevo, respondió Sara; nuestro pequeño ángel lee cartas de amor: nada mas.

Y alargó su lente á Esther que lo fijó sobre la ventana del pabellon; y vio lo siguiente.

Lia estada sentada junto á una mesa cubierta de papeles, ceñia su talle un peinador blanco sobre el que caian sueltos sus hermosos cabellos negros, apoyaba la frente en una mano y el codo sobre la mesa.

El contorno de sus facciones tenia una espresion de sufrimiento, y el dia iluminaba completamente su rostro: sus ojos estaban fijos en una carta abierta, su palidéz era estremada.

Estaba inmóvil y sin el movimiento periódico de su pecho que hacia mover débilmente la finísima tela de su vestido se la hubiera creido el ensueño de un poeta, esculpido en mármol de Paros.

—¡Qué linda es! murmuró Esther.

Sara frunció las cejas.

—Tiene diez y ocho años, replicó.

Esther no conoció los amargos celos que habia en aquella respuesta, y volvió el lente á Sara.

—¿Y qué os hace creer que son cartas de amor? preguntó.

—No he dicho que creia, respondió Sara, me gusta saberlo todo y me informo. Aquellas cartas son de un hombre; hay muchas y yo he leido dos.

—De veras?

—Dios mio! Y ambas á dos decian lo bastante para darme ganas de conocer el resto: eran cortas, casi insignificantes y sin firma.

—Entonces ignorais el nombre?

—Hasta ahora sí, contestó Sara, pero lo sabré, yo os lo aseguro: ni quiero mal á esa niña; es nuestra hermana y debemos amarla, esto es evidente... pero no puedo olvidar que ha recibido con frialdad nuestras caricias y que nuestras primeras insinuaciones han quedado sin respuesta.

—Creo os engañais, Sara: al contrario los primeros dias, Lia parecia dichosa al hablarnos y vernos; despues es cuando se ha presentado esa frialdad.

Sara no suponia á su hermana capáz de llevar tan léjos su espíritu observador.

—Qué importa, dijo, que esa frialdad haya sido ántes ó despues? Lo cierto es que existe: ¿en un año ó cerca de él, que Lia está en Paris, podeis citar una ocasion en que voluntariamente se haya unido con nosotras?

=Es tímida, dijo Esther.

—No nos quiere, replicó Sara.

=Sí, pero apenas nos conoce; se ha criado lèjos de nosotras, y su reserva es hija sin duda de la educacion que le han dado.... Nuestra tia Raquel se ha convertido al cristianismo y su casa es casi un convento. Lia á su lado ha debido adquirir maneras frias y austeras.

=Hipocresía! murmuró Sara; huye de nosotras, lo primero porque no tenemos el don de agradarle, y lo segundo, porque sin duda tiene de que ocuparse. Está sola en esta casa, es tan libre ó mas que una casada. ¿Quién sabe

si se limita á escribir largas misivas y suspirar como tórtola solitaria separada de su amante?

—Teneis motivos para suponer?...

—Dios mio! no: hablo solamente de lo que sé, tanto mas cuanto que estas cosas me bastan para no conceder una confianza ilimitada á las reliquias de nuestra santita. Ayer tarde he ido á casa de la Batailleur.

—Ah! esclamó Esther con lijera repugnancia, mezclada con mucha curiosidad.

La repugnancia provenia de que el nombre de Mad. Batailleur, de quien hablaba Sara, era una viva transicion que haria recaer la conversacion sobre la casa de juego; esta idea amedrentaba á Esther, pero escitaba en ella al mismo tiempo un vivo deseo de verla.

La curiosidad tenia varias causas. Esther sabia confusamente que entre Mad, Batailleur y su hermana, mediaban una porcion de secretos de toda clase. No tenia habilidad bastante para adivinar lo que Sara queria ocultar, pero esta no siempre era discreta y muchas veces para persuadir, medio se confiaba.

Mad. Batailleur era el *factotum* de Sara y no se podia señalar el límite de sus servicios, tan elásticos como los de los criados de comedia: era capáz de todo y ante nada retrocedia.

Para Esther, que no la conocia, aquella mujer tomaba á lo léjos una fisonomía romancesca y casi fantástica.

Su nombre era siempre como el prólogo de algun cuento orijinal, y Esther se la representaba como posoyendo los recursos fabulosos que los poetas atribuyen á los criados de su invencion.

Ahora bien, el jiro de la conversacion indicaba que Mad Batailleur y Lia iban á entrar en escena, ver juntas á la mujer envejecida en la intriga, práctica en toda clase de engaños y á la jóven ingénua, era curioso! Esther esperaba.

—Fuí á casa de la Batailleur, continuó Sara, para un asunto de bolsa... tengo muchas acciones á su nombre... Adivinad á quien he encontrado en su tienda!

A Lia? murmuró Esther.

—Querida mia, todo lo adivinais, dijo Sara, finjiendo un despecho infantil, era en efecto Lia; Lia nuestro ángel puro, que venia á buscar una carta de su amante.

—¿Con que es la Batailleur la que?...

—Hé aquí lo que no habrás adivinado quizás. Lia no ha sido nuestra amiga mas que unos quince dias, pero en ellos he tenido tiempo para hacer algunas cosillas, sin saber de lo que me prodrian servir despues; la hice conocer á esa buena Batailleur, que es tan callada y complaciente.... la conduje allí con pretesto de escojer encajes, y no dejé de elojiarle todas las escelentes cualidades que distinguen á la Batailleur. Nuestro ángel me escuchaba con suma atencion y parece que no

perdió una palabra de mi discurso, pues que volvió sola al Temple al dia siguiente.

—¿Al dia siguiente?

—Si.... supo hallar la tienda de la Batailleur, y enrojeciendo de un modo virjinal y encantador, contóle no sé que relacion capáz de hacer dormir á un Argos... un primo perseguido por la familia, de quien se compadecia.. qué se yo, querida mia!

—Pues yo jamás hubiera creido... murmuró la condesa.

—Preciso es creer siempre.... En fin, puso en manos de la Batailleur, que es la mujer en este mundo mas incapáz de rehusar, un bolsillo bien provisto, rogándola que recibiese de vez en cuando las cartas que la dirijieran.

Esto no ofrecia ninguna dificultad... Solamente cuando llegó la primera carta sellada en Francfort-sur-Mein, la Batailleur me dijo algunas palabras sonriéndose... ¿Por quién se interesará cualquiera sino por sus hermanas? Mi curiosidad fué estremada.

La Batailleur quiso hacer la discreta como era justo, pero su suerte está en mi mano. Gracias á mi tiene 20 ó 30 mil escudos inscritos en el gran libro, y con mi dinero sostiene la casa de juego de la calle de Prouvaires.

—¿Con que sois vos quien tiene esa inmensa casa de juego?

—Loca, dijo Sara, pues no te lo habia dicho aun! ¿Has podido creer, hermana mia, que

yo tenia secretos para ti? Es ella, ó mejor dicho, soy yo en su nombre.

La admiracion mas viva se dejó ver en el rostro de Esther.

—Oh! ya verás, continuó Sara, pronto te lo esplicaré y conocerás que nada hay que temer; en el interés de la Batailleur está dejarse conducir veinte veces presa ántes que descubrir mi secreto... pero volviendo á nuestra conversacion, tardé dos ó tres meses en vencer su resistencia, y cuando al fin me enseñó una carta del galan misterioso, dió la casualidad que las dos amorosas tórtolas no estaban tan atrasadas y que era insignificante, y espero otra..

—Han concluido quizá, dijo Esther.

Sara sonrio maliciosamente.

=Quizá por una parte, replicó, el galan no parece que se dá mucha prisa..pero por la otra..

No concluyó y senaló con el dedo la ventana del pabellon.

Esther tomó el lente.

Un rayo del sol de invierno que pasaba por entre las deshojadas ramas de los árboles del jardin, daba oblicuamente en la ventana del pabellon de la izquierda y caia de lleno sobre la linda cara de Lia.

Distinguíase, como si estuvieran junto á ella la palidéz de sus mejillas: en sus largas y hermosas pestañas, brillaba, suspendida con los rayos del sol, una lágrima.

—Llora! dijo Esther.

—Llora! respondió Sara con burlesca compasion, pobre ángel inmaculado! Hé ahí lo que le ha enseñado nuestra piadosa tia Raquel, convertida al cristianismo, y cuya casa parece un convento!...

Esther no pudo contener la sonrisa.

Las lágrimas suspendidas poco antes en las pestañas de la pobre Lia, corrian ya por sus descoloridas mejillas.....

.....

.....

La carta que leia tenia muchas señales de haber llorado sobre ella.

«La desgracia que ha caido sobre mí, decia, me ha encontrado fuerte, porque mi conciencia está tranquila. La obra por la cual la justicia de los hombres pesa hoy sobre mi, ha mas de veinte años que ha empezado, y espero que Dios me permitirá acabarla antes de morir.

«Pero cuando pienso en vos. Lia, mi pobre niña, estoy triste y siento como un remordimiento. A veces vuestro recuerdo trae el consuelo á mi soledad: os veo tan bella, tan amable! leo en lo íntimo de vuestro corazon tan puro, y vuestra imájen me devuelve la alegría.... pero otras veces pensando en vos, mi alma se llena de amargura.

«Oh! por qué os he hallado al través de mi camino. Lia! Por qué os he amado, yo cuyo corazon jamás habia latido al nombre de una mujer! Por qué me habeis amado!

«Sois casi una niña; dentro de pocos años seré un viejo. Nada teniais que hacer en el mundo mas sino ser dichosa y á amar á Dios: yo camino desde los primeros dias de mi juventud, encorbado bajo el peso de un misterioso deber. No podeis darme vuestra alegria, Lia, mi querido amor: yo os he dado ya mi tristeza.

«Cuán bella era vuestra virjinal sonrisa! Cómo me sentia rejuvenecer al veros dichosa y libre, correr por las verdes sendas de las montanas Wiersbourg!

«Ahora hay lágrimas en las páginas de vuestras cartas. Habeis salvado la vida del pobre proscrito, Lia, y en pago de vuestro beneficio el proscrito ha cambiado vuestra alegria en tristeza.

«No puedo decir. Mas hubiera valido mi muerte, porque no vivo por mi solo, es preciso que mi mision se cumpla. Pero mas hubiera valido mil veces el cautiverio que llegó despues....

«Yo sufriria mas, pero seriais mas dichosa. Preciso es olvidarme, Lia! Lia! yo os lo ruego! preciso es que os figureis que he muerto y no penseis mas en mi. Escuchad! mi mano está tenida de sangre! ¿Qué puede haber de comun entre el matador y el ángel?

«Verdad es, he matado! El destino me arrastra y Dios ha puesto en mi mano la espada de su justicia; ah! no me ameis, os lo ruego! Necesito para cumplir mi deber, una fuerza in-

vencible y una firme voluntad.... No me ameis porque me siento debilitar cuando pienso que podria ser dichoso.»

Lia leia al través de sus lágrimas, y su alma estaba llena de terror. Temblaba á aquellas palabras de muerte y de venganza, pero su corazon no condenaba.

El que habia escrito aquellas líneas era su Dios. La sola idea de que podia equivocarse le hubiera parecido una blasfemia, le amaba con amor sin límites, fuerte y jóven como ella, con un amor que parecia un culto.

Dejó el papel en la mesa entre otras veinte cartas esparcidas sobre ella. Las unas eran del mismo carácter de letra que la que acabamos de ver, las otras borradores no concluidos, de otras que la jóven habia escrito, pero que no habia enviado.

No se atrevia á decirlo todo al que amaba. Era tan desgraciado! procuraba enviarle la alegria, y cuando su corazon dictaba á su pluma palabras demasiado tristes, arrojaba la carta empezada y procuraba ponerse alegre.

Su mano erró algunos minutos entre los papeles esparcidos, y se detuvo en una carta, leida mucho mas frecuentemente que las demas y que queria volver á leer aun.

Era como un remedio que queria aplicar á la viva llaga de su corazon.

«Os he dicho que no me ameis, Lia? decia la carta, oh! no me creais!... procuro engañar-

me á mí mismo. ¿Qué seria de mí sin vuestro amor? El solo me dá fuerzas para combatir mi desesperacion.

«Los que me conocian antes, decian que mi alma era robusta y que nada bastaria á doblegar mi voluntad de hierro; tenian razon, era inflexible y sé bien que podria morir como en uno de los dias de mi fuerza sin quejarme.

«Pero ¿qué es la muerte? lo que es preciso es saber vivir: es saber guardar sus fuerzas para la hora del combate, es sufrir y no ser débil, ocultar su ardor en el fondo del alma, para que salga mas vigoroso en el dia de la libertad!

«En esto consiste el valor. Mas de una vez se han cerrado ya sobre mí las puertas de una cárcel, era mas jóven, mas fuerte quizá, al ménos yo no perdí la esperanza. Las horas de mi cautiverio las pasé preparando mi libertad y combinando el plan de batalla que debia hacer que al fin pusiese el pié sobre el cuello de mis enemigos.

«Y no tuve momento de duda: mi mano estaba firme, mis pensamientos claros. el camino trazado ante mi, y cuando me creian encadenado, ya marchaba.

«Se ha enfriado mi sangre? Soy mas débil ó menos valeroso? No lo sé, pero á veces durante la lenta soledad de mis noches, mi corazon se oprime, y un negro velo se estiende para mi sobre el porvenir.

«El objeto que persigo no es una débil venganza: cuando era joven y dichoso, arriesgué mas de una vez mi vida por la libertad de Alemania: mi padre que era un santo hombre y un caballero murio por su causa.

«Eramos tres hermanos que seguíamos su misma marcha, y como nos habia recomendado dar nuestra sangre á la pátria, por todas partes íbamos buscando el martirio y desafiando á los Seides de los reyes.

«En aquel tiempo, Lia, los hombres á quien combato hoy no habian asesinado mas que á mi padre, hoy han muerto á mi hermana, una jóven como vos, Lia, y á la que amaba casi tanto como á vos.

«Son dos grandes crímenes. ¿Es verdad? Pues bien, si solo se tratase de mi venganza me contendria; perdonarlos, no podria, pero encomendaria á Dios justo el cuidado del castigo.....»

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Lia lloraba, y continuando su lectura reia á veces: su cara manifestaba alegria.

—Mira, Sara, se rie, dijo Esther que empezaba á tomar gusto al espionaje, me parece que está alegre.

—Se rie como una bienaventurada.=Sin duda yo no he visto lo mas interesante de la correspondencia.

—Mira cual besa el papel! continuó Esther.

Sara le arrebató el lente y miró con avidéz.

=Es delirio... y muy pronto vamos á verla sentarse á la mesa, fria y reservada como una santa... Aun cuando tuviese que gastar mil luises yo veré esa correspondencia, ángel mio, añadió arrugando la frente, y leeré de la primer palabra á la última.

CAPITULO X.

La Tentadora.

Lia ignoraba que habia ojos que espiaban su contemplacion solitaria. Su corazon estaba con el ausente, embebida en su amor, olvidaba el resto del mundo. Mad. de Laurens, en efecto habia tenido desgracia; si hubiera roto el sello de la carta de que acabamos de hablar en lugar de las otras dos insignificantes, hubiera sin gran trabajo adivinado el nombre del amante misterioso.

Aquella carta era la que Lia mas amaba:

en ella se veia aun mucha tristeza; pero habia tanto amor.

En las otras la pasion combatida, parecia temer mostrarse. Era un hombre fuerte y novicio en suspirar, que temblaba bajo el yugo y que se indignaba de su debilidad.

En esta, por el contrario, se apoyaba sobre su amor y se aplaudia por amar. Llamaba á la ternura que le inspirára Lia como á un talisman protector: el remordimiento que venia á detener sus espansiones, se callaba en aquella ocasion. Esperaba, hablaba de porvenir y Lia era dichosa porque de ella nacia aquella esperanza.

Cuando sus ojos concluyeron de devorar el último renglon de la carta, la llevó á sus lábios é imprimió en sus medios borrados caractéres un beso de reconocimiento: no dejaron de verlo sus dos hermanas mayores que continuaban espiándola.

La carta permaneció pegada á sus lábios durante algunos segundos; en seguida dejó caer lánguidamente la mano.

Ya no se sonreía.

—¡Dios mio! dijo. ¿No me ama ya? ¡Hace mas de tres meses que recibí esta carta que tan dichosa me hizo! las dos siguientes eran cortas y nada decian, habia frialdad en aquellas frases escritas de priesa y con distraccion y la fecha de la última tiene ya seis semanas, ¡cuarenta y dos dias sin escribirme!

Tembló ligeramente.

=¡Sufre tanto! continuó, ¡si su desgracia demasiado pesada habrá concluido por abrumarle!... si estará enfermo!... si estará....

No concluyó: pero una palidéz mayor aun cubrió su rostro é inclino dolorosamente la cabeza sobre su pecho.

Sus ojos estaban enjutos y sus lábios blancos se movian recitando una oracion.

Ester y Sara que la miraban de lejos, creian que se habia dormido enmedio de sus sueños de amor.

Despues de algunos minutos de un silencio inmóvil, levantóse de repente.

=No, no, dijo, y un rayo de esperanza brillaba en sus hermosos ojos. Dios no puede hacerme tan desgraciada! Mañana volveré á casa de aquella muger... Mañana encontraré una carta. Oh! cuántas gracias os daré de rodillas, Señor! Virgen santa yo os bendeciré! Una carta y una palaLra que me diga: no te he olvidado!

En medio de la mesa habia una caja pequeña que se cerraba con llave, cuyo uso evidente era el de encerrar todos aquellos papeles, entonces dispersos

Lia la arrimó hácia ella, la abrió y colocó una á una todas aquellas cartas, volviéndolas á doblar al encerrarlas, y leyendo al mismo tiempo de cada una una frase que le recordaba el contenido entero.

Sabíalas de memoria, como que su pasatiempo favorito era el leerlas continuamente.

Con las de su amante, encerró tambien los borradores que habia escrito. Aquellas líneas trazadas por su mano hablaban de él como las que venian de Francfort y las queria por lo mismo.

La caja estaba casi llena y solo quedaban sobre la mesa dos ó tres papeles ajados por el tacto.

Lía cogió uno para ponerlo en su sitio, y su vista distraida se fijó en las primeras líneas.

En lugar de doblarle le conservó abierto en la mano. Era un borrador que habia escrito hacia mucho tiempo, un mes despues de su llegada á Paris.

Habíale guardado porque su contenido hubiera aumentado los padecimientos de aquel á quien queria consolar.

Involuntariamente empezó á leer aquellas páginas ya olvidadas, que hablaban de tristezas lejanas.

«No sé donde estais, decia, no he recibido noticias vuestras desde mi salida de Alemania.

Otto, vos que me habiais ofrecido amarme siempre, no pensais ya en mí? Qué es de vos? Qué haceis? Dios mio! cuánto quisiera saber y cuánto sufro lejos de los sitios que habitais!

Dirijo mi carta al bueno de Gottlieb, el al-

deano de Esselbach que os daba hospitalidad ¿recibireis mi carta?

Estoy en Paris en casa de mi padre á quien apenas conozco, con mis hermanas á quienes no habia visto desde su niñéz. Vivimos en una casa magnífica y estoy rodeada de un lujo que me era desconocido.

Todo es bello en casa de mi padre, nada falta, ni el verdor ni aun el canto de los pájaros.

Desde el pabellon en que os escribo veo grandes árboles, cuyas movibles ramas vienen á acariciar mis ventanas... y lloro algunas veces al mirarlos, Otto, por que me recuerdan otros árboles que crecen libres en la montaña y bajo cuya sombra hemos descansado los dos.

Cuán dichoso parecíais con tenerme á vuestro lado! Dios mio! yo creia que aquel amor duraria siempre! ¿Me habré engañado?

Veo á mi padre todas las tardes, es bueno para conmigo y creo que me ama, yo le respeto con lo íntimo de mi corazon.

Tengo un hermano, que á mi llegada caló sobre mí el lente, me besa la mano como á una estraña y me dice que soy linda. No sé si me ama.

Tengo dos hermanas. Si supiérais cuán bellas son, Otto! Una vez me han llevado al baile y las he visto rodeadas de respetos y adoraciones. Todo el mundo está á sus pies: cuando

llevan sus espaldas descubiertas y la frente ceñidas de diamantes, yo misma no puedo mirarlas sin deslumbrarme.

Mi padre, mi hermano y mis dos hermanas son judíos; hasta ahora no han puesto impedimento al cumplimiento de mis deberes de cristiana; pero esta diferiencia de culto, entristece á mi anciano padre: dos ó tres veces me ha hablado de ello con dulzura y no he sabido qué responderle.

Mi hermano y mi hermana la segunda no se ocupan de esto.

La mayor rie y se burlan cuando hablan de religion.

Soy libre, nadie me toma cuenta de mi conducta; me dicen que soy dichosa y gozo de la vida. Todos los placeres están á mi disposicion, no sé que hacer del dinero que me dán, con todo estoy muy triste, Otto, y cada dia echo mas de menos, la modesta casa de mi pobre tia Raquel. Sufro no viendo su rostro sereno y tranquilo: siento en mi cuarto sobre el hermoso paisage de la montaña, el aire puro, el horizonte vasto y la campana amiga de la capilla inmediata, que me despertaba al amanecer...

Siento... ¿pero por qué engañarme, Otto? Sois vos solo el que estais en el fondo de mi corazon; vos, mi único recuerdo: vos lo que siento, y no todas esas cosas que vuestra presencia me hacia gratas.

Amaria á Paris si estuviérais en él, y si no os hallase en las cercanias de casa de mi tia estaria triste allí como en otra parte.

Otto, jamás habeis querido decirme el nombre de vuestra familia; ignorais el mio, y aun cuando hayamos cambiado nuestra palabra, somos estraños el uno al otro. Esto me amedrenta; hay dias en que quisiera confiarme á vos, á pesar vuestro; me parece que seria un lazo, y... deseo tanto creer en nuestra union... pero otras veces dudo, y me aplaudo de nuestra mútua reserva.

Soy una jóven loca: me he arrojado en vuestros brazos, y para atraerme á vos ha bastado una señal. Esto es mal. Dicen que mi familia es noble y poderosa; vale mas que no sepais el nombre de la pobre insensata que se ha hecho vuestra esclava. Si Dios hiciese caer sobre mí su mas terrible castigo, si llegáseis á no amarme, al menos mi imprudencia permaneceria en secreto para el mundo, y no tendria que sufrir ni las burlas, ni la piedad.

La última vez que os ví fué en los grandes bosques que rodean el antiguo castillo de los margraves de Thor. Habia venido de Essebach á caballo, y nos paseamos ambos en los senderos de la montaña hablando de la próxima ausencia.

Me prometíais volver dentro de un mes; pero una cosa interior me decia que nuestra se-

paracion se prolongaria mucho mas. Llegamos.. sin pensarlo... hasta el pié de las murallas de la antigua fortaleza.

Son ruinas desmanteladas, y las grandes salas en que se ostentaba el poder de los señores, no tienen hoy mas techumbre que el cielo: la alta torre que permanece sola, intacta en lo mas alto de la montaña, parece un rey jigante en pié sobre los escalones de su trono.

Me acuerdo que mirásteis mucho tiempo en silencio aquellos robustos restos de una antigua gloria. Pintábase en vuestra frente la melancolía, y creí ver una lágrima suspendida en vuestros párpados.

No era yo quien causaba aquella emocion Otto; aquel dolor no era tampoco un precursor de la ausencia. Sé muy bien que en vuestro corazon la primer plaza no me pertenece:

Y no me quejo! y ruego á Dios ardientemente que me conserve la segunda.....

Me gusta no deteneros en vuestro camino: el objeto que os proponeis debe ser noble y justo como vos mismo; marchad! oh! marchad siempre sin pensar en la pobre jóven que os ama; su mayor desdicha seria ser un obstáculo en vuestro camino!

Al mirar las ruinas de Thor pronunciásteis algunas palabras que fueron para mí un rayo de luz. Adiviné por primera vez que

érais el servidor de una raza caida y que un gran amor reclamaba vuestra vida.

Me habeis dicho muchas veces.= No me pertenezco. En aquel momento os comprendí.....

Otto, no soy celosa por lo que dais á otros. Amo al que amais y seria feliz consagrándole mi vida. Trabajad y combatid, mis votos os siguen; pero si algun dia llegáseis á ser vencedor, pensad en mi y volved.

Volved, sobre todo si Dios no os dá la victoria.

Hace dos dias que están escritos estos renglones y no he cerrado aun mi carta, porque dudo al enviaros palabras de tristezas.

Continuo sin embargo, y cuando veo escrito vuestro nombre, me parece que estais presente, que escuchais mis quejas y que vuestra voz amada me consuela.

Mas de una cosa tengo que deciros, Otto; creo que seré desgraciada en esta casa: hace dos dias que se han despertado mis temores y no tengo nadie á quien confiarme.

Será quizá una niñeria. Ordinariamente las cosas misteriosas se hacen de noche, y el miedo aguarda las tinieblas...

Yo, es en medio del dia, cuando oigo aquí ruidos estraños: no puedo esplicarlos y me espantan.

Casi todo el dia lo paso en un pabellon del que os hé hablado ya y que dá al jardin de casa.

De este se pasa á un invernáculo que ocupa todo el jardin á lo largo.

Todos los dias á eso de las ocho y media de la mañana oigo unos pasos tardos, pero discretos, que parece bajan los escalones de una invisible escalera situada junto á mí.

Hay momentos en que me vuelvo persuadida de que los pasos suenan en mi mismo cuarto.

Abrese una puerta, algunos pies bajo el suelo del pabellon.... y no creais que estos ruidos son un sueño, son claros y distintos, y los hé oido veinte veces á la misma hora. Los pasos continúan su marcha por bajo de mí. Cuando permanezco en mi cuarto, pronto dejan de oirse; pero en cuatro ó cinco ocasiones he abierto la puerta del invernáculo y los hé seguido.

Oyeseles á todo lo largo del jardin hasta el fin del invernáculo, que termina en un kiosco en el que nadie entra nunca.

Llegado allí, el caminante subterráneo abre otra puerta y el ruido cesa enteramente.

Por las tardes á las cinco se renueva la misma escena, pero en sentido contrario.

Los pasos vienen del jardin, pasan bajo el pabellon y suben lentamente la escalera que bajaron por la mañana.

He preguntado al jardinero si la casa tenia cueva por aquella parte y se ha echado á reir.

He preguntado á mi camarera, que me ha mirado como se mira á las personas atacadas de locura.

Sin embargo no es una ilusion, algo de estraordinario sucede en casa ignorándolo todos.

La soledad dá miedos supersticiosos, y yo estoy siempre sola. Vivo en este pabellon porque nadie viene á perturbarme, pero no me atreveria á pasar en él la noche y he hecho poner mi cama en otra parte de la casa.

Soy una pobre jóven! Mi razon está enferma! héme aqui como aquel tirano de melodrama que oia andar por la pared. No era de esto de lo que yo queria hablaros, Otto, y si tuviese junto á mí una persona amiga, estos miedos de niña pasarian.

He encontrado aquí á una jóven de mi edad á quien podria amar; es casi tan hermosa como mis hermanas, y su linda cara anuncia la bondad de su alma: se llama Dionisia: desde la primer vez que la ví me sentí atraida hácia ella y hubiera querido ya llamarla mi amiga.

Pero parece que no quiere á mis hermanas, y Sara me ha encargado mucho que desconfie de ella.

He tardado cuanto hé podido en hablaros de mi hermana, y con todo de ella es de quien queria principalmente hablaros.

Desde mi llegada, mi otra hermana se ha manifestado conmigo indiferente y fria. Sara por el contrario, ha finjido desde el principio un vivo afecto. Ha puesto una especie de coqueteria en ganar mi confianza; y al princi-

pio la juzgué buena y verdaderamente cariñosa.

Para atraerse mis confianzas, me hizo primero las suyas. ¡Y con qué maña! Pecadillos al principio, menos que eso, muchachadas de una gran señora que se baja hasta conducirse como una de la clase media...

Llevome, acusándose bien alto, á casa de una mujer, Batailleurs tendera en el Temple, que le vendia varias frioleras.

Cuando vió que aquella carabana no me espantaba, dió un paso adelante y sondeó el terreno con mas atrevimiento.

Prodigó grandes alabanzas á la Batailleur, que ejercia mil oficios dudosos, pero cuya discrecion es de toda prueba. Con este motivo, Otto, os diré que he vuelto á ver á esta mujer, yo sola, y qué le he pagado por recibir vuestras cartas.

Vive calle de Verttois núm. 9. Ojalá halle yo pronto una carta vuestra con ese sobre!...

Comprendia mal lo que me decia mi hermana mayor, y como me hablaba sonriendo yo tambien me sonreia sin responderle.

¿Cómo deciros esto, Otto, á vos tan noble, tan altivo?

Sara que tiene casi doble edad que yo, y que hubiera debido servirme de madre, queria perderme. Bajo aquel afecto finjido, habia una especie de odio, cuyos motivos no puedo adivinar. No sé si ella es culpable, pero es cierto que queria que yo lo fuese.

Habióme de placeres desconocidos y misteriosos goces. Su pérfida elocuencia me mostró mil imájenes seductoras.

Hallé en mi cuarto libros, qué se yo!..... bastante os hé dicho.... tengo la vergüenza en la frente y mi pulso tiembla.». . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

El dia empezaba á declinar, el fresco de la tarde habia levantado una niebla que se pegaba á los cristales del cuarto de Lia. Esther y Sara que ya no podian ver nada, se habian vuelto á sentar la una frente á la otra junto á la chimenea.

—Y qué teneis que temer, querida, decia Mad. de Laurens; todo está previsto; mas segura estareis allí que bajo vuestro traje de máscaras de ayer.

Pensais que me he tomado yo tanto trabajo ¿para nada? Si he dado fondos á la Bataille ur y si he comanditado la casa, por decirlo asi, es porque queria ser duena absoluta..... Vereis con qué arte está todo dispuesto. Junto al banquero hay una especie de palco con celosias que los parroquianos llaman *el confesonario de la princesa*. Están convencidos de que detrás de la celosia, cubierta ademas con una cortina de muselina, se halla una persona de alta importancia, que vá allí para satisfacer á escondidas su pasion por el juego. Piensan

aun que la poderosa señora podria en caso de sorpresa paralizar la accion de la policía.

Esther se sonrió.

—Hace algunos dias, continuó Sara, la Batailleur há hecho circular entre ellos otra version... Las cortinas del palco no ocultan á una princesa, sino á un personaje político, indígena ó estranjero; un embajador, un ministro quizá... Admitiendo esta última hipótesis, querida mia, veis bien que nada tenemos que temer por parte del gobierno.

—Y sois vos la que estais en el palco? interrumpió Esther.

—No siempre; el palco es una precaucion reservada para los casos peligrosos, un asilo. Como ejerzo un derecho soberano sobre la admision de los jugadores, sé antes que entren en la sala, si hay peligro de que me conozcan, puedo escojer entre el palco y uno de los sillones que están junto á la mesa. Cuando escojo el sillon, es porque nada hay que temer; pero por esceso de precaucion, doy un aire exótico á mi traje, confió mi cabeza á la Batailleur, que ha hallado el medio de hacerme una fisonomía de recambio.

—Es, pues, muy lista la Batailleur?

—Querida mia, es una fé. Sentada una vez á la mesa empiezan las sensaciones violentas. Esther, hace diez años que juego y jamas he sentido un segundo de cansancio ó fastidio. Juzga si el amor vale otro tanto...! Y ademas

lo uno no quita lo otro.... escucha; el banquero pronuncia su formula; oyese un ruido metálico que conmueve todos los nervios; no sé lo que sucede en la sangre, el pulso late con mas violencia: el tapiz verde desaparece bajo una cubierta de oro: por todas partes lo hay: onzas de España, soberanos ingleses, ducados, luises, ¿qué se yo? Oro venido de Lóndres, de Viena, de Madrid, oro de S. Petersburgo, oro de Constantinopla! Mézclanse las cartas... todos aquellos hombres esperan.. habló la suerte, jugué, gané, todo el oro que cubria la mesa está amontonado delante de mi.!

El pecho de Sara latia con violencia, su voz vibraba baja y penetrante.

Esther tenia los ojos bajos, cuando los levantó un rayo brillaba en su pupila.

Sara reprimió un movimiento de triunfo.

—Tú eres jugadora, murmuró... vendrás...

Esther no respondió aun.

—Vendrás, repitió Sara, te digo que es un placer supremo, placer que dura y no cansa.

Hizo rodar su sillon, y acercándose á su hermana, le dijo con voz mas dulce y persuasiva.

—Hay allí tambien otra cosa ademas del juego: junto á la mesa los unos son aventureros, los otros caballeros. Vienen de todas partes como el oro que traen. Hé visto alii ingleses rubios y blancos como mujeres, italianos con miradas de fuego, alemanes sérios y pensativos,

rusos atletas que de un puñetazo hubieran destrozado la mesa.

Sara sonrió aun mas y bajó aun la voz hasta no ser percibida apenas mas que de su hermana.

El pecho de Esther tembló; subiósele la sangre á la cabeza; la sonrisa de Sara era tranquila y serena....

=Ah! dijo Esther: ¡Hermana mia! ¡Hermana mia!

=Querida mia, dijo Sara, hemos venido aquí para fingir?

=En el mundo, empezó á decir la condesa..

—En el mundo! gritó Sara impaciente, y vos venís á hablarme de peligros!.. pues allí está el verdadero peligro, hermana mia! en el mundo todo secreto traspira á fuerza de paciencia y de trabajo: yo me he labrado una reputacion que resplandece en vos y que sosteneis.... pero creedme Esther, bastaria un soplo para mancharla, la menor intriga la mataria, y cada vez que mirais á un hombre tengo miedo.

Esther alzó los ojos curiosa y sorprendida.

—Tengo miedo, porque estais en un salon, prosiguió Sara; porque todos los ojos se fijan en nosotras; porque hay allí cien mujeres que están celosas y que esperan la ocasion de perdernos!....

Detúvose y miró cara á cara á su hermana.

=Quereis ser una santa? le preguntó bruscamente.

—Ciertamente..... balbuceó la condesa á quien la pregunta cojia desprevenida.

—Lo querrias, pobre querida mia, dijo Sara, pero no lo puedes. Eres jóven, fuerte, tu corazon habla, tus sentidos se ajitan..... Pues bien, yo te digo que el mundo es un anzuelo en el que irás á caer con los ojos abiertos. El dinero domina al mundo pero no ha podido destruir aun todas las preocupaciones. Si perteneciésemos á una familia histórica, si nuestros abuelos hubiesen muerto en Bouvines ó Fontenoy, no te hablaria así; pero la falta que se disimula á la duquesa, perderia para siempre á la hija del judío.

—Soy condesa, quiso decir Esther.

=Condesa Lampion; querida mia... Créeme, en nuestra posicion es preciso tener dos cuerdas en su arco, dos caminos en la vida. El uno que se sigue á cara descubierta y con la cabeza erguida; el otro en que se camina á hurtadillas y cuando ninguna mirada os espia. El uno en que se es fria, severa y rijida sobre la virtud; el otro en que se hace lo que se quiere.

=Comprendo lo que quieres decir, respondió Esther pero...

=Pero qué? fuera del mundo se deja una correr sola y disfrazada, ¡cuánta seguridad! las personas qne encontrais ignoran vuestro

nombre, se las vé de paso y en seguida desaparecen.

=Pero se las puede volver á encontrar....

Se niega. La naturaleza nos ha dotado con la mayor sangre fria, y sin duda es para que hágamos uso de ella. Se niega: y si el mundo jamás nos ha encontrado en falta, está por nosotras; esas acusaciones que llegan de fuera es como si no existiesen: no cree el mundo en cosas que ignora, tiene por inverosímiles é imposibles, esas costumbres que no son las suyas.

—Pero, dijo Esther que estaba ya medio vencida, el mundo puede creer en esas acusaciones....

—Aun admitiéndolo, es cierto que no arriesgais mas por una vida llena de placeres, que por varios instantes de alegria mezcladas con miedo, por varios minutos llenos de espanto, proporcionados al acaso y cuyo placer se parece al tormento: porque bien sabeis que no hay grados en los castigos del mundo, una falta venial se castiga como un crimen, pero estamos raciocinando en falso y creo que discutimos un imposible.

=Con todo, dijo Esther, si Franz hubiera podido hablar...

—Aun Franz, dijo Mad. de Laurens con un movimiento de cólera, ¿de qué peso hubiera sido su palabra en comparacion de la mia? Y ademas, todo esto es una escepcion: obré

como una loca y merecia ser castigada. Franz habia sido empleado de la casa de Geldberg. hubiera debido saberlo. Le ví un dia en la casa de juego y ciertamente no corria ningun peligro, puesto que las cortinas evitaban que me viese, pero me gustó y no me acuerdo haber tenido un capricho mas vivo y fuerte en toda mi vida. Perdí la prudencia, yo fui quien dió los primeros pasos y por órden mia Batailleur le introdujo en el confesonario de la princesa.

Sara dijo esto sin abochornarse: Esther no se escandalizó.

Hé aqui vuestro único argumento. Frantz y siempre Frantz... los hechos se han encargado de responderos, yo os juro, querida hermana que Frantz nunca levantará su voz contra mí.

Una criada entró en aquel momento con una carta en la mano.

—De parte del señor doctor, dijo.

Sara tomó la carta y la criada se retiró.

Abrióla con manifiesta repugnancia.

=Cómo me fatiga este hombre, dijo.

Miró el contenido. Una palidéz repentina cubrió su cara y una contraccion violenta arrugó la linea delicada de sus cejas.

La carta decia.

Señora:

Segun vuestro deseo, os doy cuenta de prisa del resultado de nuestro duelo; el jóven F...

ha salido sano y salvo: V.... está herido.

Sara permaneció un momento como petrificada. Habia en ella una rabia oculta y profunda: sus ojos se abrasaban.

=No han podido, pensó, sus dientes apretados, apenas permitian pasar su aliento.... le han dejado vivir!... Veo bien que será preciso que yo tome parte...

Su mirada fija en el suelo tenia una espresion amenazadora y terrible, igual á la que le hemos visto, cuando miraba á su marido de rodillas aniquilado por sus padecimientos.

CAPITULO XI.

Tres nombres.

Duró un segundo aquella situacion: apenas tuvo tiempo Esther para observar la rabia comprimida de su hermana.

Sara rasgó la carta en menudos trozos, y la arrojó al fuego.

Antes que hubiese acabado de arder el último papel, habia vuelto ya á adquirir su encantadora sonrisa.

Era fuerte: era siempre dueña de sí misma. Sabia dominar toda pasion cualquiera que fue-

se su vigor y su violencia, y comprimir y ahogar toda angustia. Su rostro era una careta obediente. En el primer momento que siguió á la lectura de la esquela no habia podido menos de dar cabida á la cólera, porque aquella noticia la habia cogido de improviso: hasta aquel instante no habia soñado siquiera en la posibilidad de semejante resultado.

En la misma mañana habia visto partir á Frantz en direccion del sitio del combate: su adversario era un perdona vidas.... casi un maestro de armas; y el adolescente no sabia coger una espada.

Hacia tres ó cuatro horas que se hallaba despierta, y durante este tiempo pensaba en Frantz considerándole cadáver: una vez dominada por una incontrastable piedad, habia sentido surgir en su mente un pensamiento de lástima hácia aquel pobre jóven tan bello, tan osado y alegre á quien no hacia mucho tiempo habia tenido entre sus brazos pálido de amor!.... Se habia enternecido!.... Al tiempo de despertar habia sacudido melancólicamente su encantadora cabeza al son de dos bostezos diciendo:

=Es lástima!....

Empero en ciertas circunstancias un poco de pena no escluye un verdadero gozo, Sara se consideraba libre de un peso enorme: Frantz era dueño de su secreto: era el único que lo sabia y lo habia llevado á la huesa!

Ya no habia que temer la fatalidad de las consecuencias de su indiscrecion.

Ahora, cuán diverso era su estado!... Aquella tumba habia sido abierta demasiado pronto; el jóven no estaba muerto: contra toda esperanza habia evitado caer en el lazo tendido á través de su camino. La amenaza estaba suspendida sobre la cabeza de Mad. de Laurens... amenaza terrible, porque Frantz sabia muchas cosas!

El ser mas valiente retrocede al sentir la fria espada que atraviesa su pecho: todo cuanto puede pedirse al valor es que vuelva á hacer incorporar á un hombre inmediatamente despues de haber sido herido.

Puede considerarse á Mad. de Laurens como una especie de heroina: hizo mas: el golpe que acababa de recibir, no le impidió mostrar su sonrisa.

Arrastrar á otro por el precipicio en que se despeñaba era una necesidad de su naturaleza: ella no razonó sin duda en aquel primer instante de despecho; pero cierto instinto la gritó que no era conveniente publicar la nueva anunciada por Mira: Esther vacilaba aun y no debia ponerla al corriente de una circunstancia que la hiciese dudar mas.

La condesa era una mujer de débil espíritu, desprovista de principios protectores, y arrastrada por el elemento sensual que la dominaba. Sara queria hacerla peor aun:

pretendia amoldarla á su imágen: le parecia que la caida de su hermana haria menos estrepitosa su propia caida, imaginaba que la vergüenza que tenia que sufrir en un caso, solo llegaria á tocarla á medias.

Creemos que no es prudente procurar esplicar los sentimientos dominantes en esos genios escepcionales que asustan y rechazan la virtud: Mad. de Laurens tal vez no se hacia las reflexiones que dejamos apuntadas: tal vez abogaba la causa del mal por gusto ó por necesidad; tal vez se dedicaba á perjudicar con el celo que inspiraba el infierno, asi como otros se dedican á hacer bien, á socorrer la miseria y á orar.

Nada la contenia: en el mismo instante en que era acometida de improviso de una manera tan ruda no cejó un ápice del propósito comenzado.

—Es una carta del doctor, murmuró, removiendo con el pie las cenizas del último fragmento del papel: yo le habia hecho cierto encargo que no ha sabido desempeñar.

Tomó una de las manos de la condesa, y la acarició entre las suyas: luego continuó:

—Como será la vez primera que te presentes en mi casa de juego, tomaremos ciertas precauciones... la misma Batailleur no sabrá una palabra por ahora: nos escurriremos dentro del confesonario, y no sa drémos de alli. Tú podras ver desde el asiento cual se le-

vantan todas aquellas cabezas curiosas al sentir el ruido que hagamos tras de las cortinas; y podrás oir los gritos reunidos de cien bocas esclamando con entusiasmo prudente..... «Es la princesa! .. es la princesa!...» Hay un inglés que ha ofrecido quinientas guineas á la Batailleur tan solo por el placer de levantar un instante uno de los estremos del cortinaje!...

Interrumpióse Sara, y dijo despues á su hermana con bajo acento.

—Vendrás?

—Sara!.., susurró Esther: eres un diablillo!... una tentadora á quien no es fácil resistir!...

Mad. de Laurens abrazó riendo á la condesa.

—Vendrás!... repitió: como te haces rogar!.. Cuando yo pienso que antes de un mes no encontrarás palabras con que encarecer tu agradecimiento!... conque cuento contigo esta noche?...

—Imposible! contestó Esther.

=Por qué?

—Tengo cierta ocupacion.

=Alguna cita?

=Tal vez.

=Eso es muy respetable.... Pero no podria saber...

=Imposible! tambien!

Inclináronse á medias los párpados de la favorita: miró á la condesa á través de la sedosa franja de sus pestañas, y murmuró:

=Pobre Esther!... padeces la monomanía del misterio, pero yo adivino...

La condesa meneó la cabeza.

—Apuesto á que se trata del baron de Rodach, prosiguió Sara cuya mirada se habia hecho mas penetrante.

Esther no contestó inmediatamente: su rostro tomó una espresion de desconfianza.

=Veo, dijo despues de algunos instantes con cierta ironía, que os ocupais mucho del baron de Rodach, hermana mia!...

=Eso consiste en que observo que vos pensais mucho en él, mi querida condesa!

Al paso que Mad. de Laurens pronunciaba estas plabras con tono ligero y risueño, volvió la cabeza hácia la puerta de cristal que servia de salida al pabellon, la cual se comunicaba á un corredor que conducia á las oficinas.

—Qué es eso? preguntó Esther.

—He creido oir un rumor de pasos, contestó Mad. de Laurens.

Ambas prestaron atencion, pero nada se oia.

=Me habré equivocado, repuso Sara al cabo de algunos segundos. Mas la hora adelanta: esos caballeros van á venir!... Conque estábais diciendo que no pensais en el baron de Rodach... ¿quereis indicarme con eso que no le amais, ó que es el objeto constante de vuestro deseo.

=Qué locura!...

—Cuidado con hacer tan fogosas protestas,

porque en ese caso creeré lo contrario!..... Y verdaderamente nada tendria de particular que la amáseis, puesto que el baron de Rodach es uno de los mas apuestos caballeros que he visto en mi vida.

=Con qué fuego hablais de él!... dijo la condesa cuyos lábios se contrageron repentinamente.

=Oh!..... yo soy franca, repuso Sara, os confieso sencillamente que he delirado por él....

=Ah!... esclamó la condesa.

=Por él he hecho á Alemania mi último viaje... y por él no he puesto los pies durante un mes entero en ninguna casa de juego!...

=Y le amais todavia?

—No, repuso Sara con el acento mas sincero.

Esther la miró durante algunos instantes: despues soltó una carcajada.

—Pues bien, esclamó: quiero imitar vuestra franqueza, Sara: si he hecho aquel viaje á Suiza ha sido solo por el baron... soy tan feliz como vos: yo creo que le amo como antes.

=Y eso qué importa?

=Como Julian ha vuelto....

—Bah!... prorrumpió Mad. de Laurens: considerad que el vizconde es vuestro esposo, y os dejarán tranquila todos vuestros escrupulos.

Aquellas cínicas palabras fueron pronunciados con una voz almivarada y suave, y acentuadas con ese tono esquisito, casi puro, que

suelen emplear las gentes de buen tono en las conversaciones picantes.

Cualquiera que hubiese visto desde lejos aquellas preciosas mujeres con la tranquilidad en la frente y la sonrisa en los lábios, hubiera creido que hablaban de algun traje que las habia de engalanar en la noche proxima.

—No sé como espresaros lo que siento, repuso Esther: Julian es de mi gusto; pero por otra parte yo no puedo ahogar esa idea caprichosa que me arrastra constantemente hácia el baron de Rodach... Es una desgracia que este solo piense en beber y en jugar...

—Cómo!... interrumpió Sara: yo no le he visto tocar un naipe jamás!

=Tal vez se habrá ocultado de vos.

—Siempre le he encontrado sobrio en demasia... lo que me ha parecido es un intrépido don Juan Tenorio!...

=De ningun modo!... prorurumpió Esther.

—Un duelista... un corredor de aventuras!...

—Os juro que no le hubiera hecho perder una hora de sueño la mujer mas hermosa del mundo!...

=Yo os lo dibujo tal cual me ha parecido en Hombourg, querida mia.

=Y yo esactamente segun lo he conocido en Baden y en Suiza... Habrá dos barones de Rodach?...

—Quién sabe!... El vuestro era el mismo

que ha estado anoche con nosotras en el baile?

=El mismo.

=Pues tambien el mismo.

Sara miró el reló: eran las cinco menos cuarto. Se puso en pie, y estampó un beso en la frente de su hermana.

=Puesto que era tambien tu amante, querida condesa, no creas que imagino ser tu rival. Yo quiero verte feliz: goza pues libremente de su amor!...

Su mano bella y delicada acariciaba los cabellos de Esther.

—Quiero que seas feliz, repitió; á tu pesar yo haré que pruebes todos los goces!... Esta noche, despues de comer, volveremos á hablar de nuestros negocios... ¿entiendes?... Ahora es necesario que arregle un poco mi tocado, porque he venido aqui al levantarme de la cama, y me parece que huelo á café inglés desde una legua.

Dichas estas palabras volvió á besar á Esther, como si la amase apasionadamente, y su graciosa planta se dirigió hácia la puerta de cristales.

Salió en el momento que se volvia á cerrar la puerta: Esther que acababa de estenderse con mas indolencia en su sillon, oyó un grito ahogado lanzado en el corredor.

Incorporose sorprendida, y puso ambas manos sobre los brazos del sillon para levantarse y salir á observar lo que pasaba. Pero no

habiéndose oido otro ruido, tornó á dejarse caer en su asiento vencida por la pereza, y cerró los ojos procurando conciliar un ligero sueño.

La reciente conversacion habia llevado los pensamientos de Esther hácia el baron de Rodach, y la imágen del hermoso aleman, llegó á ocupar sus ideas...

El grito que acababa de oir habia sido lanzado por la misma Sara, la cual al otro estremo de la puerta de cristales se habia encontrado frente á frente con un hombre.

La noche estendia con rapidéz su oscuro manto: pero la luz postrera que penetraba por un balcon próximo, aclaraba el rostro del estrangero: la favorita habia reconocido en él inmediatamente al señor baron de Rodach.

—*Aivert*!... esclamó asustada.

Y su temor y agitacion no era fingida, porque aquella muger que lo osaba todo, tenia empeño en pasar por virtuosa ante los ojos del vulgo, y sobre todo ante los de su anciano padre. La mansion de Geldberg era considerada por ella como un santuario, en cuyo umbral dejaba abandonada al entrar toda su audácia.

El baron de Rodach la habia reconocido por la dama que habia encontrado la víspera por la tarde frente al mercado del Temple.

Hallábase allí desde hacia pocos minutos, pues segun hemos visto en otro capítulo

la casualidad se habia encargado de dirigir sus pasos.

Al tiempo de llegar cerca de la puerta de cristales percibió su nombre, y prestó atencion involuntariamente antes de retroceder.

El rumor de la conversacion habia llegado confuso hasta sus oidos; pero no le habia sido imposible comprender el sentido de las cortadas frases.

Rodach se ocupaba en buscar su ruta para salir á la calle, cuando Mad. de Laurens apareció bruscamente en el umbral de aquella puerta.

—No era posible esquivar su vista.

—Qué haceis aqui Aibert? repuso Sara en voz baja y ligera.

—Me habeis dicho que os viniese á buscar, contestó el baron, y os obedezco.

—Qué imprudencia!.... Yo os habia citado en mi casa calle de Provence, y no en este palacio que peternece á mi padre.

—Y no os alegrais al verme? preguntó el baron contemplando á la judía con curiosidad...

—Oh!... mucho, mi Aibert, contestó: muchisimo... no sabeis cuanto os amo!... Me considero feliz con vuestra venida... pero tengo miedo... si viniese alguien!...

—Habeis evitado peligros mas grandes que el en que nos encontramos, mi bella Sara, repuso friamente el baron.

La favorita alzó los ojos hasta su rostro, y le consideró atentamente durante algunos segundos.

—Qué mudado estais, Aibert!.. dijo despues: anoche conservábais aun vuestra mirada y apostura alegre y fanfarrona, y aquella sonrisa que me place tanto; pero hoy me pareceis grave... vuestra voz es mas fria... casi distinta de la que he oido tantas veces!

En el momento en que Rodach abria la boca para contestar se oyó cierto ruido en la antecámara del corredor.

La hermosa Sara palideció.

—Aibert!... murmuró: dominada por una agitacion violentísima, oh!.. no permanezcais aqui por mas tiempo!... os lo suplico con todo mi corazon: va á llegar alguno, y quisiera morir antes que tuviesen que advertir alguna falta en mí cuando estoy en la casa de mi padre!...

—Haré lo que gusteis, contestó Rodach.

Mad. de Laurens volvió á todos lados sus miradas penetrantes y llenas de confusion. Solo habia dos puertas en el corredor: la primera era aquella por donde habia entrado Rodach: la segunda era la de cristales por la cual se penetraba en el pabellon.

A través de aquella se percibian voces que se acercaban al parecer.

Sara vaciló durante un segundo: despues colocó su mano sobre el pestillo de la puerta de cristales.

—La caridad comienza por uno mismo, pensó la judía: no tengo que vacilar: si debe acusarse á alguna, mas vale que sea á ella que á mí...

—Entrad aquí, esclamó dirijiéndose á Rodach: en esa pieza hay una persona á quien conoceis: cuento mañana con vuestra visita..... Adios....

Entreabrió la puerta de cristales, estrechó la mano de Rodach, y le empujó hácia el pabellon. Despues huyó tan breve como una gacela.

. . . . . .

La condesa Esther continuaba tendida en su sillon: sus párpados estaban inclinados: hallábase meditabunda y soñolienta.

Al ruido que hizo la puerta, alzó lentamente su mirada; entreabrió su boca muda: y se frotó los ojos como si se hubiese resistido á creer lo que estaba viendo.

—*Goetz*!... prorumpió: al fin estais aquí!..., por qué no habeis esperado á la noche?

El primer movimiento de Rodach fué la sorpresa y la indecision: cualquiera que hubiese visto su fisonomía, hubiera imajinado que tan léjos estaba de conocer á la hermosa dama, como aquel aposento en que se encontraba inesperadamente.

Sin embargo abanzó hacia la chimenea con la cabeza erguida, y con desembarazado continente.

Las miradas de la condesa traducian una mezcla de temor y de satisfaccion.

=Imprudente! prosiguió Esther dirijiéndole sus reproches risueños: siempre habeis de ser temerario!.... Oh!... Goetz!... Goetz!... conque no os correjireis nunca!...

Rodach que habia llegado á su lado, se inclinó cortesmente, y le besó la mano.

La condesa le examinó con mas atencion.

—Pero qué aire tan grave traeis hoy!..... esclamó: os habreis enmendado por ventura desde ayer, mi adorado y hermoso Goetz?...

Hay tiempo para todo, señora, respondió el baron: la edad avanza...

La condesa prorrumpió en una estrepitosa carcajada.

—Hablais con tanta seriedad!.... repuso; pero por qué no me llamais Esther? Cualquiera al oiros sabiendo nuestro amor, diria que estais enfadado conmigo'...

La bella se puso en pie, y apoyó su brazo cariñosamente en el del baron.

=No veis cuanto os amo!. . murmuró con tiernísimo acento: vuestra presencia en este sitio es un verdadero peligro para mi, y sin embargo no pienso en regañaros!... creo que hoy estais mas hermoso que nunca!..... Pero por qué os habeis olvidado de la hora de nuestra cita?-., cuál es la idea que os ha impelido á llegar á buscarme hasta aqui?...

—El deseo de veros mas pronto, balbuceó Rodach al acaso.

Esther estrechó su brazo con efusion.

—Oh!.. Goetz!... murmuró, con que tanto me amais?..

Despues añadió con penetrado acento.

=La desgracia es que una ignora siempre si estais embriagado ó no!..

Rodach se inclinó sonriendo.

=No os enfadeis por eso, mi Goetz, repuso la condesa: bien sabeis que os amo tal cual sois... pero apostaria á que habeis pasado la mañana jugando y bebiendo.

—Cuando se espera la noche con impaciencia, contestó el baron en tono galante, forzoso es buscar un medio para matar las horas.

Esther le miró sorprendida.

=Aun cuando hablais como un templario, murmuró, siempre conservais vuestro aire noble y gentil!... siempre conservais vuestro agudo talento!... Pero Goetz, creedme; es necesario que no os corrijais tanto: creo que os amo mas con vuestros vicios!..

Levantóse la condesa sobre las puntas de los pies, y elevó su hermosa frente hasta cerca de los lábios de Rodach: este depositó en ella de muy buena gana un ardiente beso.

Vibraron las cinco en el reloj del pabellon.

Esther se estremeció y soltó precipitadamente el brazo del baron.

=Dios mio!... esclamó: me haceis tan loca

como vos!... Al veros he olvidado el sitio en que nos encontramos!.. Yo solo pensaba en el placer!.. Es preciso que os retireis, Goetz.., nos volverémos á ver esta noche.

=El caso es, dijo Rodach, que he llegado hasta aquí sin conocer esta parte de la casa, é ignoro si encontraré la salida.

Esther señaló con el dedo la puerta de cristales; pero su brazo volvió á caer con desaliento, y la palabra se detuvo sobre sus lábios antes de ser pronunciada.

—Por ahí, dijo por último, vais á encontrar al caballero Reinhold y al doctor...

Su mirada se volvió hacia otra puerta.

Por aquí, repuso, es el camino de Abel, de Lia y de mi padre....

Su semblante espresaba en aquel instante una inquietud séria y creciente.

=Y es imposible que permanezcais aquí!.. prosiguió hiriendo el suelo con impaciencia con su leve planta. Dios mio!... Dios mio!... qué es lo que deberémos hacer!... ¿por qué habreis venido!...

Luego apoyó la cabeza entre las manos y se puso á reflecsionar. De repente se incorporó asustada.

=Escuchad;.. murmuró.

En efecto, se oia un ruido sordo que avanzaba hacia la puerta por donde habia entrado la sirvienta con el mensaje del doctor.

Esther presentaba el oido con avidéz; su

confusion formaba un estraño contraste con la perfecta calma que se dibujaba en el semblante del señor baron de Rodach.

—Es mi padre!... dijo por fin juntando las manos con desesperacion: reconozco su paso!.. Goetz, Goetz!... sed prudente siquiera una vez en vuestra vida!... Mi padre me cree pura, y yo me moriria de vergüenza si él llegase á saber...

Interrumpióse para volver á escuchar: los pasos estaban muy cercanos.

Habia desaparecido toda su indolencia habitual: bastóla un salto para llegar hasta la puerta de cristales.

—Buscad un pretesto en vuestra imajinacion, murmuró rápidamente: decid que os habeis estraviado al dirijiros á las oficinas... decid en fin cualquiera cosa.. disculparos como queraís!. Pero cuidado!... haced que mi padre no sospeche nada!,..

No concluyó sus advertencias: jiró el pestillo de cristal de la puerta del pasillo, y desapareció la condesa.

. . . . . .

El baron de Rodach de pie en medio del pabellon, miraba con ojo frio la puerta por la cual debia presentarse Mosés Geld.

La madera esculpida jiró suavemente sobre sus goznes, rechazando poco á poco las magníficas colgaduras que ocultaban su parte superior.

Empero en vez del arrugado semblante del viejo judío, fué el rostro angelical de una virgen el que apareció sobre el umbral.

Generalmente toda la familia de Geldberg se hallaba ya reunida en hora semejante en aquel salon: dominaba en este la oscuridad, y la jóven parecia sorprendida al pronto por no ver mas que un hombre en semejante sitio. Despues por un movimiento involuntario trataba de retirarse al comprender que era un forastero el que estaba allí.

Pero al llevar sus ojos hácia el rostro de aquel hombre lanzó un grito débil y convulsivo.

Permaneció indecisa al lado de la puerta, con las piernas temblorosas, la mejilla pálida, y el seno ajitado con violencia.

Rodach parecia mas sorprendido y mas ajitado que ella todavía. No hubiérais podido reconocer en él al personaje que habeis contemplado hace poco. La calma fria de su semblante habia sido remplazada por una emocion profunda que en vano trataba de contener.

—Lia! murmuró en voz muy baja.

Como si la hermosa vírgen no hubiese esperado mas que á aquella señal, lanzóse hacia el baron, y estendió ambos brazos al rededor de su cuello.

Reia y lloraba aun mismo tiempo.

=Lia!... pobre niña!... balbuceó Rodach estrechándola con pasion contra su ajitado pecho.

No habia transcurrido un segundo cuando la jóven murmuraba entre lágrimas de gozo: Otto!... Otto!... Dios mio!... Oh!... cuán dichosa soy!!.....

CAPITULO XII.

El proscripto.

Lia de Geldberg no tenia aun diez y ocho años, y hacia once que habia perdido á su madre.

La esposa de Mosés Geld era aquella hermosa Rut á quien hemos visto en otro tiempo

rodeada de sus preciosos niños enmedio del salon misterioso de la *Indengasse*: ella habia muerto á poco de haber dejado la Alemania.

Era una criatura dulce y escelente que no habia querido introducirse jamás en los tenebrosos tráficos de su esposo: la rápida fortuna de Moses Geld léjos de deslumbrarla la habia inspirado un terror pánico: echaba de ménos la oscura tranquilidad de los primeros años de su matrimonio; y solo estremeciéndose pensaba algunas veces en el desconocido orígen de aquel oro que brillaba en derredor suyo con tanta profusion.

Mosés no la habia participado jamás su secreto, pero muy á menudo se ensombraba su faz al llegar la noche, y muy á menudo tambien dejaba escapar entre cortadas y terribles frases en medio de su ajitado sueño.

Mas de una vez se habia despertado Rut sobresaltada al escuchar sus gritos: ella le habia contemplado con los ojos entreabiertos, la mejilla lívida, y las sienes bañadas de sudor: entónces luchaba con las angustias de un sueño, y su contractada boca murmuraba:

—Señor!... Señor!.... Solo por mis pobres hijos, solo por ellos he obrado como sabeis!....

Rut le despertaba con suavidad, y no le preguntaba nada absolutamente.

Todo lo queria ignorar; pero sufria porque su espíritu adivinaba á pesar suyo hechos que erizaban sus cabellos.

Aquel sufrimiento íntimo, aislado y circunscrito que no podia tener confidente, ni consolacion alguna, minaba lentamente su vida.

Los goces del lujo prodigados en su derredor, nada tenian que pudiesen embriagarla ó aturdir su pena: aquel fausto la horrorizaba sobremanera: aquella magnificencia tan ostentosamente desplegada, conducia á su imajinacion un problema fatal que ella no podia resolver.

—De donde vienen todas estas riquezas? se preguntaba de continuo.

Alejábase del mundo todo lo posible, abandonaba los placeres á sus dos hijas mayores, y se empleaban en la educacion de Lia.

Su pena estaba reconcentrada en sí misma, como dejamos dicho: Mosés Géld la encontraba siempre risueña y serena: el anciano esposo llegaba á descansar y á consolarse al lado de la bella, porque estaba muy lejos de ser feliz.

Ademas de aquel sordo sufrimiento que le oprimia sin cesar, y que era semejante á un rudo y cruel remordimiento, tenia otros desvelos y disgustos el antiguo prestamista. Habia depositado en sus hijos todo su amor: por ellos habia trabajado sin cesar noche y dia: por ellos habia amontonado florin sobre florin al formar su primitivo capital: por ellos habia cerrado su corazon á toda piedad y á todo sentimiento humanitario; y de este modo á

fuerza de su implacable usura habia conseguido cambiar en oro sus harapos de miserable.

Sus sueños eran una verdad: si algun crimen desgarraba su conciencia, aquel crimen habia sido cometido por cariño á sus hijos!... Pero ay!... cómo le habian premiado? Desde mucho tiempo veia á su hijo é hija mayor ligados secretamente con sus socios que eran sus enemigos!...

Ellos querian alejarle de los negocios, y arrebatarle la direccion de la casa: bien lo sabia!...

Habia oido el pretesto del descanso que reclamaba su abanzada edad, presentado para convencerle de que estaba en el caso de abdicar las riendas del gobierno de la casa, pero hacia cincuenta años que Mosés Geld vivia entre la astucia y el engaño, y habia aprendido á descubrir la falsedad y la mentira á travéz de tan lisonjeras palabras.

Sin embargo, su espiritu hecho pusilánime por la ancianidad, empleaba todo el resto de su vigor para rechazar la certeza de su desgracia. Rodeábase voluntariamente de ilusiones, y espansiaba su alma en aquellas alegrias quiméricas que encontraba su vida privada, de la cual hemos presentado una débil muestra en algunos de los capitulos anteriores.

El amoroso anciano se asia fuertemente con ambas manos á aquella hermosa apariencia; y cuando sangraba su ulcerado corazon se

gritaba á sí mismo en alta voz:

=Mis votos están cumplidos: he hecho rica; feliz, poderosa á mi familia: ella me ama y soy el padre mas dichoso de la tierra!.....

A veces conseguia cegarse hasta el estremo de sonreir candorosamente ante aquella felicidad ilusoria. En estos momentos era verdaderamente feliz.

El anciano representaba su papel en aquella comedia de familia: los mentirosos respetos y vanos holocaustos con que le rodeaban, le adormian como el elixir soporífero del ópio.

Pero su sueño era cruel. Es indispensable una virtud sincera, y una lealtad que sirva de base á esos recónditos goces de la vida privada: la mentirosa copia que el vicio suele proyectar modelando aquellas virtudes, destroza el corazon... Corroe amargamente las entrañas.

Estended sobre el fango un tapiz de terciopelo: aun cuando podais hacerlo fabricar mas duro y compacto que una tabla, el fango llegará á empaparlo y á llenarlo con su inmundicia.

Y una vez impregnado el terciopelo, el fango parecerá mas hediondo entre el hermoso brillo de la seda!....

Mosés Geld habia soñado en un imposible: habia querido fundar sobre la usura y el crimen un porvenir que solo pertenece al hombre justo y probo cuya conciencia está tranquila.

Comenzaba ya su castigo: huia de él la esperanza: habia vendido el alma y no recibia su precio.

En aquellas horas de terrible amargura en que la dicha esperada se cubria con un reloz donde se presentaba la realidad como un sarcasmo impío, volvia los ojos hácia su esposa... dirigia sus plantas hácia Rut, la dulce muger que le habia amado cuando era pobre y desvalido. Rut le acogia con el cariño mas tierno, procuraba inspirarle aliento, y presentaba ante sus lábios la frente límpida y tersa de la tierna Lia, ángel bello cuya sonrisa no era al menos una mentira...

Mosés Geld volvia á hallar á su lado el perdido descanso: se sentia como absuelto delante de aquella inocencia purísima, y tornaba á ser vivificado con la esperanza.

Pero un dia la desgraciada Rut se acostó sobre su lecho y no volvió á levantarse mas!...

Cuando se sintió próxima á partir hácia Dios, alejó á Lia de su lado, que no habia abandonado un instante su cabezera, é hizo llamar á Mosés Geld.

=Voy á morir, dijo con el acento sereno que parte del corazon del justo. Hubiera querido permanecer con vos para consolaros y sosteneros, porque no se me oculta que sufris; pero os ofrezco no olvidaros, Mosés, en la otra vida: yo pediré por vos, por vos que me habeis amado tanto...

Lágrimas abundantes y amargas corrian por las mejillas pálidas del viejo israelita: Rut continuó inspirada, y casi mas hermosa en los últimos momentos.

=Escuchadme Mosés: vos que nada me habeis negado durante mi vida, ¿querreis concederme una gracia en este supremo instante en que vamos á separarnos para siempre?....

Mosés Geld, que no podia articular palabra, hizo con la cabeza una señal afirmativa.

La voz de la agonizante se debilitaba de segundo en segundo.

—Mi hermana Raquel Muller, que vive cerca de Esselbach, prosiguió la moribunda, amaba tiernamente á Lia, durante la primera época de su vida: yo quisiera que vuestra querida hija estuviese lejos de esta casa, y que se confiase su educacion á mi hermana Raquel.

=Y porqué? murmuró Mosés.

Rut no contestó: la pobre madre tenia miedo á Sara su hija mayor, cuya índole perversa habia descubierto; y no queria dirigir acusaciones en la hora suprema de la muerte.

Mosés Geld vaciló.

=Dios me es testigo, dijo por último, de que yo nada quisiera negaros, mi idolotrada esposa; pero Raquel es cristiana y .

Mas vale adorar y servir al Dios de los cristianos que al espíritu diabólico del mal, contestó Rut con voz apenas inteligible. Mosés!... esposo mio!... os lo suplico con todo el aliento

que me resta!.... no desatendais mi súplica postrera!...

El judio contestó resignado.

—Os lo prometo : Lia será confiada á los cuidados de nuestra hermana Raquel...

—Deseo que viva á su lado hasta la edad en que la muger aprende á conducirse por sí misma, interrumpió Rut : juradme que Lia no volverá á Paris antes de cumplir diez y siete años. .

—Os lo juro por el nombre del Dios de Jacob!...

Rut tomó las manos de su esposo , y las colocó sobre su corazon que latia con violencia. Carecia de acento y de palabras, pero sus ojos espresaban su íntimo reconocimiento.

Al cabo de algunos minutos cesó el latido de su corazon bajo la mano del israelita: sus ojos estaban medio cerrados: su boca permanecia entreabierta, y parecia hallarse poseida de un sueño tranquilo.

Estaba muerta.

Lia partió para Alemania.

Poco tiempo despues del fallecimiento de Rut, Mosés de Geldberg que se habia resistido hasta entonces con tenacidad á los deseos de su familia entera, cedió de repente, y se retiró de los negocios.

Permaneció durante algunos meses triste, melancólico, taciturno y agobiado bajo el peso de su ociosidad. Despues llegó un dia en que

volvió á casa por la tarde con la sonrisa en los labios, no obstante haber salido de ella por la mañana dominado de su recondita pena.

Aquel anciano decrépito encorvado é inmovil, volvia á recobrar de repente su energía: incorporábase al contacto de un secreto resorte: resucitaba por decirlo asi.

Al dia siguiente no se le vió aparecer durante la hora de almozar: habia comenzado su vida de misteriosa soledad.

Desde entonces la puerta de su habitacion se cerró regularmente todas las mananas á las ocho y media, para no abrirse ya hasta la cinco de la tarde.

Y nadie, á pesar del buen deseo de cada uno de los individuos de que constaba su familia, nadie pudo saber jamas en qué se ocupaba el anciano todos los dias á hora semejante, y en tan largo espacio de tiempo.

Queria estar solo, y se le dejaba....

Lia entretanto crecia desarrollándose sus gracias lejos de Paris: habia tomado la creencia religiosa de su tia Raquel á quien amaba como á una madre.

Raquel viuda de un cristiano llamado Muller, poseedora de una mediana fortuna habitaba una bonita casa de campo situada al otro estremo de Esselbach. Era sencilla y buena como Rut; Lia la inspiraba un afecto completamente maternal.

Su capacidad era limitada, y no sabia lo necesario para educar á una jóven mas allá de los

años de su niñéz; Lia, pues, fué abandonada á sí misma desde muy temprano; empero su naturaleza recta, fuerte é inteligente no hubo menester ayuda para estenderse en el camino del bien.

Raquel Muller llevaba una vida retirada: solo veia á algunos amigos de su difunto esposo, al cura católico de la aldea, y á los pobres de quienes se habia constituido apoyo. Lia estaba muy lejos de quejarse de aquella soledad, y cuando su tia la preguntaba si queria ir á Esselbach para disfrutar su parte en las diverciones inocentes de las jóvenes de su edad, parecia sinceramente sorprendida de que pudiese suponérsela algun pesar ó algun deseo.

¿No tenia por ventura en casa de su tia todo cuanto necesitaba? ¿Qué la importaban aquellas jóvenes y aquellos mozos á quienes no conocia? Era una especie de Virgen salvage: su instinto la alejaba de la multitud.

Amaba los bosques sombrios, el llano y las praderas; y su felicidad consistia en recorrer á caballo todos los ignorados senderos.

Cuando se encontraba muy lejos de la aldea; cuando se habia desviado del camino á su placer, suspendia su marcha apoyando y descasando su vista con deleite sobre el desconocido paisage que se estendia delante de sí: ataba á un árbol su caballo, y abria un libro:—muy á menudo era ya de noche cuando su tia inquieta la veia volver.

Lia meditaba durante sus largos paseos, pero, sus sueños no tenian contacto alguno con la melancolia romancesca que las jóvenes suelen construir en su mente enamorada, á traves de sus recuerdos: sus pensamientos eran risueños y dulces; alegrábase con la florida naturaleza: las gentes sencillas y honradas que la encontraban por casualidad, sentian latir el corazon al verla tan bella y feliz.

Si aquellas pertenecian á las clases laboriosas y acomodadas, las devolvia cordialmente sus *buenos dias* en premio de sus respetuosos saludos; si eran pobres estaba pronta su bolsa, y se derramaba sobre las manos de los infelices: sus dones no parecian una limosna.

Conociásela en la circunferencia de varias leguas; cuando se oia de lejos el breve trote de su caballo inspiraba el gozo y la alegria en todo corazon: el padre y la madre allegaban con sus hijuelos al umbral de su cabaña para verla pasar; y cuando se divisaba su talle esbelto, ligeramente oprimido en su chaqueta-amazona de oscuro terciopelo, se agitaban las manos, y se arrojaban al aire los sombreros en señal de la franca y gozosa bien venida con que la recibian todos los corazones de aquellos sencillos habitantes.

Lia Muller (asi la llamaban) era la favorita y el encanto de todos: su nombre pronuncia-

do al acaso hacia nacer en el fondo del alma ideas de dulzura, de gracia y de belleza: los niños la amaban como á la inocencia que llegaba á sonreir en sus juegos, las madres la deseaban por hija; y aun cuando fuese muy jóven todavia, mas de un hermoso mancebo de Esselbach se despertaba suspirando por haberla visto pasar la tarde anterior...

Pero los hermosos mancebos suspiraban en vano: no flotaba ninguna imájen amada entre los sueños de Lia.

Aun no habia cumplido quince años.

Sin embargo, cierta noche volvió á casa de Raquel con una nubecilla estendida sobre su frente: los dias siguientes hubiera sido en vano querer encontrar en su faz la acostumbrada alegria. Su corazon latia, por la primera vez conservaba un recuerdo en el fondo de su alma.

Habia partido una mañana muy temprano para hacer un largo viaje á traves de los campos: los naturales límites de su ordinaria carrera habian sido traspasados por el galope de su corcel: era mediodia, hallábase al pié de una montaña sobre la cual se elevaba un viejo castillo tan basto y dilatado como una ciudad entera.

Sus alrededores estaban cubiertos de gigantescas ruinas y de espesos y dilatados bosques.

Parése Lia admirada: durante mucho tiempo contempló el antiguo trono feudal, cuyas almenadas torres destacaban sus recortes sobre el azul de un hermoso cielo de verano.

No recordaba haber visto jamás un paisage tan noble y orgulloso: todo cuanto le rodeaba hablaba de grandeza y de poder. Delante de ella se dibujaban los despojos de un camino cubierto de malezas, mostrando aun sus bordes formados por enormes piedras, hasta tocar la monstruosa puerta del castillo: todavia podian percibirse los restos del puente levadizo.

Un aldeano pasaba á la sazon.

—Cómo se llama este castillo? le preguntó la jóven.

—En otro tiempo era el Schloos de Bluthaupt, contestó el aldeano.

Aquel nombre hirió como un recuerdo vago el oido de Lia; creyó que lo habia oido pronunciar en su infancia.

Pero Lia habia dejado á Paris siendo muy niña: por otra parte ninguna de las personas que solian rodearla, ni aun su escelente tia Raquel Muller, conocia los negocios de la casa de Geldberg.

Y tiene ahora otro nombre? repuso Lia.

El aldeano hizo una señal afirmativa inclinando la frente con ligereza.

—Cómo se llama en la actualidad? volvió á preguntar la jóven.

Lanzó el aldeano sobre las viejas torres una mirada melancólica: despues las saludó quitándose el sombrero, y se alejó sin contestar.

Parecia que repugnaba á su boca pronunciar el nombre odiado que reemplazaba el de Bluthaupt...

Lia dió vuelta á la montaña á fin de buscar un camino prácticable para su caballo.

Al acercarse al pie de las murallas, vió un hombre apoyado contra uno de los árboles que flanqueaban la calzada, el cual miraba el castillo con tristeza sombría. Aquel hombre mostraba su talle envuelto entre los diversos pliegues de una capa: su brazo sostenia en derredor la brida de un caballo el cual mordia la yerba que nacia cerca de sus pies.

Lia no se atrevió á trastornar la meditacion de aquel hombre solitario.

Durante algunos minutos admiró la altiva grandeza del viejo castillo: despues emprendió su vuelta por el lado opuesto de la montaña.

Entonces habia olvidado ya al hombre del caballo.

Cuando se hallaba á dos ó tres centenares de pasos de aquel sitio, distinguió en el ve-

cino bosque el galope de varios corceles. Un instante despues pasó á su lado, rápido como un torbellino, un peloton compuesto de siete ú ocho soldados de la caballeria prusiana. Su asustado corcel comenzó á dar cabriolas: ella procuró en vano detenerle, y fué conducida á través de las malezas que cubrian la parte occidental del monte.

Antes de perderse entre los árboles volvió los ojos hácia atrás; y vió que los soldados prusianos se dirigian con las carabinas apresstadas hácia la calzada de Bluthaupt.

El estrangero que acababa de apercibirles saltó de un brinco sobre su caballo, y partió inmediatamente á todo escape.

Lia no pudo ver mas.

La carrera continuaba todavia rápida y desordenada: su caballo cuya boca se habia hecho insensible á la presion del freno, avanzaba en linea recta sin reconocer obstáculos, y redoblando por instantes su velocidad. El bosque fué atravesado en algunos segundos.

Hallóse entonces en un paisage plantado de cuando en cuando por árboles raquíticos, á cuya conclusion se estendia hasta lontananza una doble fila de altisimos y robustos robles.

El caballo corria recto hácia ellos, asustado y desbocado enteramente.

Sobre el paisage habia dos ó tres aldeanos que lanzaban al verla estrepitosos gritos de terror.

Lia no estaba asustada: permanecia firme en su silla, y esperaba con la mayor tranquilidad á que se rindiese su corcel.

Hallábase á punto de alcanzar la robusta doble linea de los árboles, cuando el estrangero que acababa de huir de los soldados prusianos salió del bosque de repente, y llegó casi al mismo punto donde ella se encontraba.

Aquel estrangero habia tomado la delantera á los que le perseguian, y se oia á lo lejos el ruido del galope de los caballos.

Lia y el estrangero tocaron á un mismo tiempo el estremo de la simétrica arboleda, pero su direccion no era igual. La jóven seguia la linea trazada por los robles: el fugitivo iba á atravesarla en ángulo recto.

—Parad!... Deteneos!... gritó el estrangero al pasar.

Lia ignoraba cual era el peligro que la amenazaba, empero cierto instinto la obligó á hacer un nuevo esfuerzo para detener su caballo.

Fué en vano.

El estrangero que habia pasado ya, retrocedió, saltó la yerba y se lanzó delante de Lia.

El caballo de esta avanzaba sobre él á todo galope: la jóven hizo un gesto de terror: el estrangero se mantuvo firme como un poste de hierro.

En el momento en que iba á ser atropellado por el caballo, asió resueltamente su brida; pero se hizo pedazos entre sus dedos. Aquel choque obligó á perder los estribos á la jóven, y calló sobre la yerba. El caballo por el contrario lanzó un salto postrero hácia su frente, y desapareció entre las maleza enlazadas y espesas que ocultaban el inmenso borde del precipicio llamado infierno de Bluthaupt.

. . . . . .

Lia permaneció muda de terror, recostada sobre la misma orilla del precipicio. Entonces salian del bosque los soldados prusianos. El estrangero, breve como un relámpago, volvió á ocupar su silla y desapareció ..

La hija de Mosés Geld tomó otro caballo en el inmediato caserio y volvió á casa de Mad. Muller. Durante el camino empleó su pensamiento de un modo diferente del que acostumbraba.

Habia perdido toda su alegría de niña. Sus ideas no se apoyaban sobre el terrible peligro evitado milagrosamente; porque su alma era tan fuerte y vigorosa como la de un hom-

bre: el pensamiento de la muerte no hubiera podido colocar sobre su bello rostro aquella subita melancolía. Si se inclinaban sus ojos agoviados por las ideas, era porque veia ante ellos incesantemente el rostro noble y varonil de su libertador.

Le veia vuelta la espalda hacia el abismo: el espacio se abria bajo sus pies, y sin embargo permanecia firme, confiado en su vigor intrépido, dispuesto á soportar el choque de un caballo enfurecido y desbocado!.. No pestañeaba: sus ojos negros estaban completamente abiertos y centellantes: incorporábase firme, potente y colosal como la estátua del valor.

El galope de la caballería prusiana se distinguia mas próximo cada vez; pero él no se movia: estaba tranquilo y orgulloso entre dos peligros espantosos...

La hija del judío veia una especie de aureola de fuego al rededor de la noble frente del estranjero: era cosa hecha: aquella imájen sublime se habia grabado en el fondo del corazon de Lia, para no borrarse jamas....

Pasó un año. Lia no era ya una niña: amaba la soledad con cariño creciente, porque entretenia la soledad con sus recuerdos.

Ya no se la veia apenas sonreir: cuando se arrodillaba piadosa ante el altar de la rústica iglesia de Esselbach llegaba tal vez una lágrima á humedecer sus ojos.

Entónces oraba por *él*: por *él* cuyo nombre

ignoraba: por *él* que era desde hacia un año su único pensamiento.

Lia le llamaba, y le ofrecia su vida entera.

A un cuarto de legua de la Aldea, y cerca de la casa de Raquel, habia una pobre cabaña habitada por un hombre llamado Gottlieb, que se habia establecido desde hacia pocos años en aquellas cercanías.

Aquel buen hombre habia ocupado en otro tiempo, segun decian, un cargo de consideracion en el castillo de los antiguos condes de Binthaupt.

Era pobre: Lia habia socorrido muchas veces á su mujer enferma, y á sus niños medio desnudos.

Un dia en que entraba la jóven en la cabaña de Gottlieb, echó de ver que un hombre esquivaba sus miradas huyendo por una puerta opuesta.

Al primer golpe de vista habia reconocido á su libertador.

Preguntó con vivísimas instancias, y nadie quiso contestar: sus interrogativas palabras inspiraron desconfianza y la aseguraron que se habia equivocado, y que nadie habia salido por aquella puerta.

Lia solo habia visto una vez el rostro de su salvador, pero habia pensado en él todos los dias y á todas las horas desde hacia un año; sabia, pues, que no se equivocaba.

En un pais en que no se agitan disensio-

nes políticas, un hombre á quien persiguen soldados, solo puede ser un malhechor; pero en Alemania donde reina una especie de conspiracion permanente, la primera idea que resalta al ver una circunstancia parecida, es la de la proscripcion política.

=¿Y cómo podia ser criminal aquel estrangero tan bueno, tan hermoso; tan noble y tan valiente? Semejante pensamiento no apareció siquiera en la mente de la joven: veia que se ocultaba; luego era un proscripto. Le amenazaba un peligro; era preciso velar por su libertad.

Lia se hizo centinela de su salvador, sin saber o nadie veló... veló sin descanso, y su libertador tuvo que adeudarla á su turno la posesion de su libertad, sino la de su vida.

Una mañana entró sobresaltada en casa de Gottlieb.

=Van á venir, esclamó: el que ocultais no tendrá tiempo para salvarse!... No me digais que no ocultais á nadie, prorrumpió cerrando la boca al aldeano con un gesto imperioso: yo sé que está en vuestra casa; y quiero libertarle... Vengo de Esselbach, y he oido hablar de él á los soldados, diciendo que sabian donde podian cogerle... Van á venir por varios puntos á la vez: en el momento en que os hablo, no es tiempo ya de huir por ninguna direccion!....

Gottlieb y su muger permanecian admirados.

En vano procuraban hallar respuesta en su imaginacion, cuando se abrió una puerta y apareció el estrangero teniendo en la mano envainada una larga espada.

—Os he oido señorita, dijo al salir, y vengo á daros gracias por vuestro aviso. ¿Quereis decirme cuantos son los que intentan ap derarse de mi?

Lia sacudió con desconfianza su bellísima cabeza, mirando tristemente la espada.

—Bien sé que sois valiente, murmuró; pero es grande el número de vuestros enemigos!...

—Podré preguntaros.... ¿prosiguió el estrangero.

=La razon que me impele á salvaros? interrumpió Lia con viveza: yo os debo la vida...

El rostro del proscripto no espresó mas sentimiento que el de la sorpresa.

Lia inclinó los ojos: sus párpados fueron humedecidos por una lágrima.

—No me conoce!... pensó: no me habia visto siquiera!...

=Oid!... repuso despertando de repente á la idea del peligro: no puedo esplicároslo ahora; pero, os juro que os digo verdad!... yo estaria muerta si no fuese por voz!... El tiempo vuela: los soldados están próximos á llegar!... venid! voy a salvaros!...

Miraba el estrangero con admiracion el bello rostro de la jóven.

=A donde quereis llevarle? preguntó Go-

Ithieb con rostro de desconfianza.

=A mi casa!... contesto Lia.

=A vuestro aposento!!... esclamaron á un mismo tiempo marido y muger.

Lia se adelantó hasta el proscripto y le tomó por la mano.

—Venid!... le dijo con resolucion.

Sus labios estaban agitados por una sonrisa bella y pura como su alma.

FIN DEL TOMO IV.